

263
AR

SERAFIN J. GARCIA
PRIMEROS ENCUENTROS

arca

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
VERGARA

4012

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
VERGARA

SERAFIN J. GARCIA



PRIMEROS ENCUENTROS

**Jorge Amado - Felisberto Hernández -
Nicolás Guillén - Pablo Neruda -
José Bergamín - Rafael Alberti -
Graciliano Ramos - Julio E. Suárez
("Peloduro") - Pedro Leandro Ipuche -
Romildo Riso - Yamandú Rodríguez -
Juan José Morosoli - Fernán Silva
Valdés - Alberto Zum Felde y otros.**

arca

**BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
AL LECTOR ERGARA**

Si a mí se me hubiera ocurrido - senectud mediante, o tal vez mejor chochera - escribir mis memorias, hubiera surgido de ese propósito el libro más aburrido y soporífero que imaginarse pueda. Porque yo, como lo he repetido muchas veces, soy un hombre sin historia, titular de una ya larga vida tan común como anodina. Creo que el más opaco y rutinario de mis conciudadanos, puesto en el caso de hacerlo, tendría cosas de mayor interés para contar. Y lo digo porque no me avergüenza difundir esta verdad. Mi tiempo ha transcurrido sin aventuras que importen, sin hechos destacables en lo que atañe al plano existencial. Un periodista me denominó cierta vez "el viajero inmóvil", y considero exacta tal denominación. Apenas si he traspuesto doce o quince veces, y por muy breves períodos, mi estrecho entorno geográfico, para visitar Argentina, Paraguay y Brasil. No fui nunca más lejos. Si otros viajes realicé en el personalísimo ámbito de mi mundo interior. Dije, literariamente, lo que entendí un deber ineludible decir acerca del marginado pago en que pasé la infancia, y sobre todo de la tan pobre y desamparada gente con la cual conviví entonces. El resto de mis días se deslizó en la mediocridad de la vida oficinesca, amarrado a pequeños empleos públicos. Si algo los alegró y sostuvo fueron los hondos afectos familiares y amicales, y las siempre renovadas esperanzas acerca del intento de comunicación humana que motivaba mis libros. No tuve actuación política de ninguna especie, aunque no haya faltado quien me la atribuyera, basándose con ligereza en el sentido social, polémico y reivindicativo, de mis obras literarias. Coincidí con hombres de diversas tendencias ideológicas en la adhesión a causas que estimé justas y humanas: la de la República Popular Española y la antinazi - fascista, particularmente. Pero me mantuve "orejano", con ese esen-

© Copyright by Editorial Arca S.R.L.
Andes 1118, teléfono 90 03 18, Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

Comisión del Papel - Edición al
amparo del Art. 79 de la ley No. 13.349

cial sentido individualista de la libertad, propio del criollo que siempre he sido y soy.

No se alarmen, pues, mis lectores hipotéticos, ya que este libro, aunque testimonial por su carácter, no es de memorias. Y apenas si pretende evocar encuentros iniciales —o únicos— que tuve con una veintena de personas, algunas importantes para el arte y la cultura, otras acaso sólo para mí. Son también, aunque personales, recuerdos que pueden dar una idea aproximada acerca de hombres y etapas de la vida nacional en ya alejados decenios. Y que además —perdón por tan venial pecado de vanidad— no hubiera querido que se murieran conmigo.

S. J. G.

CON JORGE AMADO

Promediaba una fría mañana de mayo de 1941. Mientras mi esposa arreglaba el dormitorio yo procuraba ordenar mis libros y papeles en la otra habitación del apartamentito —muy modesto, por cierto—, que acabábamos de estrenar en la calle Santiago Gadea, próximo al edificio en construcción del Hospital de Clínicas.

Sonó de pronto el timbre de la puerta de entrada y Blanca fue a atender despreocupadamente, suponiendo que se trataría del panadero o algún otro de nuestros escasos proveedores. Pero retornó al instante con indisimuladas muestras de azoro y nerviosismo.

—Es el escritor Jorge Amado— me comunicó—. Dice que quiere hablar contigo. ¡Y tan luego ahora, que estamos con todo tan revuelto aquí!

Mi sorpresa no fue menor que la de ella, ya que jamás hubiera imaginado esa visita. No conocía, por supuesto, al novelista bahiano, ni tampoco había intercambiado correspondencia con él. Estaba enterado, sí, del éxito que obtuviera por entonces con "*Cacao*" y "*Jubiabá*", dos de sus primeras obras que había leído pocos meses antes, pues era a la sazón un ávido frecuentador de toda la literatura sudamericana. Pero nada más. Ni la menor información poseía acerca de su persona. ¿Qué circunstancias o motivos, pues, lo llevarían hasta mi casa?

—Tenemos que recibirlo de cualquier manera, ¿no te parece? —respondí a mi esposa—. No corresponde otra actitud.

Pero ya ella, sin escucharme, había salido en busca del visitante. Y poco después me hallé en presencia de un hombre muy joven aún, que no tendría más de veintiocho o treinta años, y cuyo rostro moreno, de grandes ojos pardos y pequeño bigote, revelaba a las claras su ascendencia árabe.

Tras las frases de presentación y los cumplidos de rigor —por suerte mi mujer y yo conocíamos bien el portugués y no tuvimos dificultad para entenderlo—, pude saber las causas que lo indujeron a buscar mi dirección y a ir a verme. Me dijo que no conocía absolutamente a nadie en Montevideo, adonde acababa de llegar de paso, pues pensaba continuar viaje hasta Buenos Aires, aunque su meta final era México. Había estado preso varias veces en Brasil por motivos políticos y tenía serias dificultades para editar allí sus obras. Como consecuencia de ello, su situación económica era muy precaria. Para costear los gastos que demandaría la aventura emprendida, aspiraba a dar conferencias, hacer periodismo radial y escrito, y si era posible publicar algún libro aquí o en la Argentina. Pero a todo esto, ¿por qué vino en busca mía? Imagino que ya con impaciencia se lo estarán preguntando los presuntos lectores de estas páginas conmemorativas. Pues ahí va la explicación. En un reportaje que me hiciera algún tiempo antes Carlos A. Passos para la revista “Mundo Uruguayo” —de la que durante tantos años fui colaborador—, se me pidió opinión sobre la literatura latinoamericana de la época. Y entre otros muchos escritores yo destacué a Jorge Amado, que se perfilaba como uno de los más importantes, no solo en su país sino en el continente entero, y mencioné los ya citados libros —que acababa de leer—, como testimonio fehaciente de lo dicho. El vio por azar el reportaje, y considerando que por lo menos había alguien en el Uruguay que conocía su obra, trató de comunicarse con ese alguien a fin de que lo orientara y lo pusiera, si era posible, en contacto con las fuentes de trabajo que necesitaba, para continuar después el proyectado viaje hacia México.

Recuerdo que conversamos largamente esa mañana. Me habló con entusiasmo de varios de sus colegas brasileños, entre los que destacó muy especialmente a Graciliano Ramos, Rachel de Queiroz, Jorge de Lima, Erico Verissimo y Oswald de Andrade. Del primero me aseguró que era “o

melhor romancista do Brasil”, opinión que compartí plenamente luego que hube leído “Angustia”, “San Bernardo” y “Vidas Secas”, tres de las principales obras del escritor nordestino, y que sigo manteniendo todavía, sin dejar de reconocer los valores de otros novelistas de aquel país surgidos con posterioridad, y sin olvidar tampoco los resonantes triunfos que logró el propio Jorge Amado con sus más recientes producciones del género, incluyendo las famosas “*Gabriela clavo y canela*” y “*Doña Flor y sus dos maridos*”.

Mientras fumaba con verdadera avidez, encendiendo un cigarrillo tras otro, hasta desbordar de colillas mi único cenicerero, el inesperado visitante me fue enterando del tema y desarrollo de las tres o cuatro obras que simultáneamente tenía en preparación, de sus proyectos para el futuro inmediato, de su peculiar manera de trabajar. Me dijo, entre otras cosas, que andaba siempre con su máquina de escribir portátil al alcance de la mano, y que la utilizaba en cualquier lugar y a cualquier hora, a fin de no dejar escapar ninguna idea o plan que considerara dignos de ser aprovechados. No se servía jamás de borradores, ya que ello implicaba a su juicio una pérdida inútil de tiempo. Escribía directamente y corregía una sola vez, si lo estimaba indispensable, allí sobre la misma máquina. De ahí —acoto yo— el desaliño y los altibajos formales de su prosa. “*A mí el estilo literario no me importa en absoluto —afirmó—. Creo que lo que realmente interesa son las ideas que se sustentan, los hechos que se narran, la aventura humana de los personajes y su relación con el medio donde viven y actúan. Yo tengo una concepción romántica del mundo pero como escritor soy un empecinado realista, con más sentido común que fantasía y sueño*”. Este fue, mas o menos, el contenido de sus palabras en aquel nuestro primer encuentro. Y recuerdo que las finalizó diciendo: “*Tal vez a usted le parezca contradictorio lo que hablo. Pero si lo analiza a fondo verá que no lo es*”. “*Puede ser*” —le contesté—. Y mientras tanto pensaba en las palabras de Unamuno: “*Si me contradigo es porque es-*

toy vivo. Porque soy un hombre de carne y hueso y no un concepto".

Ignoro si Jorge Amado —a quien no veo desde hace cuarenta años— ha modificado su posición respecto a la literatura. Pero sus últimas obras me inducen a pensar que no.

Volviendo a la inicial entrevista aquí evocada, diré que a lo largo de su transcurso demostró poseer una virtud muy poco común entre las gentes de letras. No usó ironías ni sarcasmos, ni formuló juicios peyorativos acerca de ninguno de sus colegas. Ni siquiera de aquellos que ideológicamente estaban en las antípodas con relación a él. Y señalo este hecho por considerarlo de entera justicia.

Antes de despedirse, el escritor bahiano me reveló el verdadero motivo de su visita. Quería que yo lo vinculara al ambiente intelectual montevideano. Y sobre todo, que lo conectara con quienes estuvieran en condiciones de proporcionarle trabajo, es decir actividad literaria remunerada que le permitiera *"ir tirando"*, valga la expresión popular. Por cierto que a mí me resultaba difícilísimo complacerlo, puesto que nunca estuve muy vinculado a quienes pueden brindar o negar apoyo económico a los escritores. Le prometí que haría lo que pudiera, aunque adelantándole que podría muy poco. Y tras de pensar mucho en el asunto, lo puse en contacto al día siguiente con Julio E. Suárez (*"Peloduro"*), de quien yo era muy amigo, y que se desempeñaba como Secretario de Redacción de la revista *"Mundo Uruguayo"*, a la cual antes me refiriera. También con Vicente Basso Maglio, muy influyente en una de nuestras principales radios. Y por último se lo presenté a Antonio Zamora, Director General de la Editorial Claridad de Buenos Aires, que tenía una sucursal aquí y que por tal motivo se hallaba entre nosotros. Se le hicieron reportajes en la revista y la radio, se le contrató alguna de sus obras próximas para la editorial mencionada, y se le fue vinculando a distintas instituciones culturales de la época. El círculo de sus relaciones íbase ensanchando vertiginosamente. Y al cabo de algunas semanas

se había metido a Montevideo en un puño, como suele decirse vulgarmente. La estadía de paso en nuestro país se prolongó por más de un año. Y cuando desde aquí marchó hacia Buenos Aires, ancló también allí por largo tiempo, aprovechando las mayores posibilidades económicas que aquel medio le ofrecía, para continuar después su periplo por el ancho mundo, entonces más ajeno aún que ahora para los intelectuales y artistas latinoamericanos.

Durante su estadía en la gran urbe porteña lo ví algunas veces más. Y siempre que nos encontramos se mostró muy agradecido por *"la gauchada"* —le gustaba esta expresión tan nuestra y la repetía a menudo— que según él yo le hiciera cuando estuvo entre nosotros. Sendos años anduvo después por diferentes países. Y tras ese extenso peregrinaje cumplido con variada fortuna retornó a su tierra, a su Bahía natal. La última vez que fui a San Pablo y a Río de Janeiro —hace de ello alrededor de una década—, comprobé personalmente que se había convertido en el escritor más popular del Brasil. Las vidrieras de las principales librerías de ambas ciudades estaban atestadas de libros suyos y de anuncios de los próximos. Y no faltó quien me asegurara que vivía fastuosamente en la más distinguida zona de San Salvador, pero sin olvidar al pueblo que le diera la sustancia con que amasó su fama. También se me dijo que se habían aquietado mucho sus juveniles bríos ideológicos. No sé si todo eso será cierto. Pero no me extrañaría que lo fuera. He conocido muchos casos así. El tiempo suele cobrar a los hombres un tan duro como implacable tributo. Falibles somos y lo seremos siempre. Pero eso no importa. Sólo quise recordar a mis contemporáneos aún vivos —y a los integrantes de las generaciones subsiguientes que puedan interesarse por esta clase de testimonios—, la forma en que ocurrió mi primer encuentro con el gran escritor brasileño Jorge Amado.

CON NICOLAS GUILLEN

Fue durante el invierno de 1946. El ya famoso poeta cubano autor de "*Sóngoro Cosongo*" había emprendido una extensa gira por los países del sur del continente sudamericano. Y luego de una larga permanencia en Buenos Aires se vino a Montevideo, ciudad incluida también en su vasto itinerario. Mientras estuvo entre nosotros dio varias conferencias sobre diversos aspectos de la poesía del nuevo mundo —preferentemente la negra, por supuesto—, brindando a través de ellas una acabada demostración de su dominio del tema, como asimismo de su extraordinaria forma de recitar los versos, con un estilo muy particular y una magnífica voz, profunda y grave, que aún me parece oír resonar y expandirse por todos los ámbitos de los salones donde disertaba, sorbiéndose las jotas y cautivando a todos los oyentes.

Pero vayamos ya al relato de mi inicial encuentro con el poeta cubano, que es en realidad el verdadero motivo de esta remembranza.

Era una tardecita muy fría y brumosa de fines del invierno, creo que allá por los últimos días del mes de agosto. Yo estaba en mi despacho de la Biblioteca Nacional, donde se me había encargado poco antes de la dirección del Centro Bibliográfico, cuando hizo irrupción allí José María González Larriera, que era compañero mío de oficina. Lo acompañaba un hombre de mediana estatura, y también mediana edad. Su contextura física revelaba salud y fortaleza, y sus facciones de rasgos firmes y enérgicos, como así también el color algo amulatado de su piel, eran los de un típico ejemplar de mestizo caribeño.

—Le traigo una sorpresa muy grata, Serafín— me dijo con su habitual desenfado el "*petiso*" González, como llamábamos todos a mi compañero—. Este es un hombre del que usted y yo hemos hablado muchas veces, y que seguramente le gustará conocer.

Miré con atención al visitante, que sonreía en silencio, mostrando los grandes y blancos dientes que llenaban su ancha boca de pulposos labios, y como ya estaba enterado de la llegada al Uruguay del rítmico versificador de "*El Son Entero*", no vacilé en decirle extendiéndole la mano:

—Bienvenido, Guillén. Está en su casa.

Entonces la muda sonrisa se trocó en estentórea carcajada. Y sin más preámbulos me abrazó como si se tratara de un antiguo amigo.

No me extrañó en lo más mínimo aquella franca actitud. Porque a decir verdad él y yo nos conocíamos desde hacía largo tiempo, aunque recién ahora nos viéramos la cara por primera vez. En lo que a mí respecta, lo había venido leyendo con creciente interés desde que, un tanto al azar, llegó a mis manos un ejemplar de "*Sóngoro Cosongo*". Recuerdo perfectamente que aparte del sentido popular y humano de la obra —tan coincidente con mi modo personal de entender la misión de todo escritor y poeta dentro de la sociedad que integra—, me apasionaban su musicalidad, su ritmo avasallante, su prestancia expresiva. Tanto me atrajo la poesía guilleniana que hasta le envié al autor un libro mío —"Tacuruses"—, cosa que no acostumbraba ni acostumbró a hacer con nadie a quien no conozca, por famoso que sea. Como no recibí entonces ni siquiera ese corriente acuse de recibo que se hace por cortesía, pensé que la encomienda se habría extraviado —no tenía por lo demás mucha certeza de que la dirección obtenida fuese exacta—, o que él no hubiera dado a mi obra la menor importancia.

Pero he aquí que al encontrarnos por primera vez, y tras las aclaraciones del caso, me aseguró que "Tacuruses" había andado de mano en mano, no solo entre sus colegas afines sino entre la propia gente del pueblo, que a pesar de las dificultades opuestas por el lenguaje dialectal gauchesco, pudo compenetrarse a fondo del mensaje solidario y del afán de justicia que alentaba en aquellos versos. No puedo reproducir aquí textualmente sus palabras, huelga decirlo, pero re-

cuerdo perfectamente que fue ése el sentido de las mismas. Para finalizar las expresiones vertidas sobre la obra —que ciertamente me alegraron muchísimo—, concluyó diciéndome más o menos lo siguiente:

—Créame compañero, que no hubo en mi tierra guajiro, ni negro, ni mulato, que no vibrara de emoción al escuchar esos poemas tan llenos de sustancia humana. Y le juro que más de uno lagrimeó al escuchar su “Piona” o aplaudió entusiasmado las altivas estrofas de “Orejano”.

Después, cambiando de tema, se refirió al que, naturalmente, más le importaba entre todos, y que era el de la poesía negra, a la que consagrara sus mejores afanes de creador, elevándola a una categoría estética muy superior a la alcanzada hasta entonces, sin que por ello se resintieran en lo más mínimo la cadencia rítmica, la transparente claridad expresiva y el hondo calor humano de que debe estar siempre investido ese género, dados su origen y su meta esencialmente populares.

Fue en extremo parco al responder a mis preguntas sobre su propia obra, asegurándome que no era partidario de la autocrítica. En cambio me habló mucho de sus colegas en tal modalidad, demostrando un amplísimo conocimiento de cuanto se había realizado a nivel mundial en dicha rama de la actividad poética. Fueron francos y nobles sus juicios acerca de Ballagas, Palés Matos y el uruguayo Pereda Valdés, así como de otros autores cuya labor consideraba de menor entidad. No tuvo para nadie alusiones irónicas ni despectivas. Porque en su espíritu llano, abierto y generoso como sus versos, no cabían ni la pedantería, ni la suficiencia, ni mucho menos ese aire de infalibilidad y esos desplantes tan comunes en quienes se marean con el triunfo.

Conversamos además sobre los grandes poetas españoles y americanos de todos los tiempos. De unos y otros poseía también una información muy vasta, y sus opiniones me parecieron en general muy certeras y agudas. Tuvo algunos reparos para los “puristas” de la lengua madre —así recuerdo

que los denominó—, y especialmente para los “Góngoras” modernos, que se extasiaban oyéndose a sí mismos, y vivían obsesionados por una incesante decantación de su estilo, lo que los hacía olvidarse del apasionante rebullir de la vida que los circundaba. Elogió con fervor a García Lorca, porque había sido capaz de lograr una indisoluble fusión de ambas cosas en el mágico y rutilante crisol de sus romances. Habló con viva emoción del gran Miguel Hernández, ejemplo irrefutable según él —y compartido en absoluto por mí—, de cómo puede existir una perfecta simbiosis entre el hombre y el poeta. “Parecía escribir con su propia sangre y sobre sus propios huesos”— dijo, recordando sin duda una de las más sentidas páginas del autor de la famosa “Elegía”. Cuando se refirió a Neruda fue un poco más ambiguo. Y sin dejar de reconocer la importancia de su obra— de “una pujante fuerza incontrolada de la naturaleza”, o algo parecido, la catalogó—, creí advertirle con respecto al chileno ciertas reticencias en el orden personal. Era evidente que desde el punto de vista humano no se avenían muy bien. El tiempo —y las palabras indirectas del propio Neruda en sus “Memorias”, cuando alude a “Jorge Guillén, el español, el bueno” — habrían de confirmarme la presunción de entonces. Y también Nicolás mismo al decirme: “Pablo tiene hilos flojos en las costuras de su traje de hombre”.

Por lo menos dos horas duró nuestra entrevista. Y antes de marcharse, el grato visitante me obsequió— “como retribución por “Tacuruses”—, un flamante ejemplar de la edición de “El Son Entero” que acababan de publicarle en Buenos Aires.

Nos encontramos varias veces más mientras estuvo aquí. Hasta saboreamos juntos sendos tragos de un magnífico ron de Jamaica, que le regalara un compatriota suyo, y a cuyo portentoso influjo hasta el más frío invierno se convertía en verano. Y demás está decir que me hice presente en todas sus conferencias. En la última de ellas —partía al día siguiente, creo que para Chile —nos despedimos con un fuerte abrazo,

ya de amigos. Pero a pesar de los treinta y tantos años transcurridos desde entonces, nunca más lo volví a ver. Aunque a la distancia continué leyéndolo, no ya tan solo con interés poético, sino también afectivo.

CON RAFAEL ALBERTI

Sabido es que cuando Franco se apoderó de España —nazi— fascismo mediante—, los grandes poetas que habían defendido a la República tomaron el camino del exilio —aquellos, por supuesto, que lograron salvarse del asesinato o la cárcel—, diseminándose por distintos países de la América de habla castellana, que los acogieron con afecto y hasta con lógico orgullo. A excepción de algunos pocos que por diversas razones prefirieron irse a Francia —entre ellos el gran Antonio Machado, cuyo penoso viaje interrumpió la muerte—, la rutilante pléyade de creadores hispánicos de entonces buscó refugio, repetimos, entre los pueblos del Nuevo Continente. Argentina y México, sobre todo, brindaron generosamente asilo y trabajo al mayor número de ellos. Y así fue como vino a radicarse en Buenos Aires, junto a su esposa María Teresa León y a otros muchos compañeros de destierro, Rafael Alberti, el magnífico autor de “Marinero en Tierra” que estaba a la sazón en la plenitud de su fuerza creativa.

Desde la capital argentina se trasladó por primera vez a Montevideo poco tiempo más tarde. Promediaba el año 1940 cuando, salvo alguna traición de mi memoria en que no creo, la Universidad Popular Central lo invitó a dar algunas conferencias en su salón de actos.

Quizás muy pocos uruguayos recuerden hoy aquellos quijotescos institutos docentes instalados en distintas zonas montevidéanas, y que bajo la denominación genérica de universidades populares surgieron con el fin de impartir gratuitamente cultura y enseñanza, sobre todo a la gente de menores recursos económicos. No resultó muy extenso el lapso durante el cual dichos institutos cumplieron la actividad proyectada, puesto que fueron combatidas por razones de índole política, acusándoseles de inmiscuirse en los asuntos de una disciplina mental que no les incumbía. Por mi parte,

confieso que ignoro el alcance de sus realizaciones en el campo de la docencia. Pero me atrevo a afirmar que en el de la cultura su labor fue fructífera, y además llevada a cabo con diáfana claridad, sin trasfondos ideológicos ni proselitismos de ninguna especie. Conferencistas de las más diversas tendencias sociológicas y políticas desfilaron por ellos, estudiando la obra de artistas y escritores igualmente dispares en su posición frente a los problemas del mundo.

A la Universidad Popular Central, repito, vino a disertar Alberti allá por el invierno de 1940. Aún me parece oírlo recitar sus poemas sonoros y vibrantes, con aquella poderosa voz y aquella estupenda dicción que lo caracterizaban. Y también me parece ver, mientras el *"toro verde de España"* se corporizaba en las encendidas estrofas de una de sus más vitales páginas, aquella inconfundible estampa de tenor italiano que nuestro inolvidable Julio E. Suárez (*"Peloduro"*), con su agudeza habitual, supo advertir de inmediato en el poeta, y que éste y María Teresa— sobre todo ella— admitieron y celebraron con indisimulados accesos de risa.

Recuerdo asimismo las atentas incursiones de Alberti en la literatura española clásica y moderna, incursiones en las que demostró un conocimiento cabal de la materia abordada y que años más tarde volvería a realizar, aunque de una manera mucho más extensa, en el Paraninfo de la Universidad de la República.

Pero vayamos a mi primer —y único— encuentro personal con el poeta andaluz. Cierta tarde llegó a mi casa de la calle Dr. Manuel Quintela el periodista Danilo Trelles, que por entonces la frecuentaba a menudo, y me dijo que había concertado una entrevista con Alberti en el hotel Gloria, de Pocitos, donde se hospedaba, pues quería que yo lo conociera.

Confieso que nunca he sido propenso a acercarme a los escritores que como tales me gustan, por temor a que como personas me defrauden. Pero ya que se me proporcionaba ex profeso la ocasión de conocer a tan grato visitante, no vacilé

en aceptar la invitación. Y alrededor de una hora más tarde me encontré frente a frente con *"el dueño del toro verde"*, como también le llamara *"Peloduro"*, queriendo significar así que España entera le pertenecía por derecho del espíritu, expresado en amor y en sufrimiento raigales. También se hallaba presente María Teresa, que en una pequeña mesa de la habitación revisaba los originales de su última novela, y que luego abandonó su tarea para alternar en la conversación.

Mucho rato charlamos los cuatro acerca de España, de su reciente drama, y sobre todo de su literatura, tanto la antigua como la contemporánea. Durante la larga plática Alberti puso de manifiesto una memoria asombrosa. La poesía de los grandes clásicos hispanos parecía estar impresa totalmente dentro de su cerebro. Si hablábamos de Manrique, brotaban al instante de la boca de nuestro huésped largos períodos de sus famosas coplas, unidos a otros versos mucho menos conocidos. Si de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz, acontecía otro tanto. Y ni qué hablar de Garcilaso, de Góngora, y de los innumerables sonetos y páginas diversas de Lope y de Quevedo. Todo fluía sin intermitencias ni vacilaciones, con la espontaneidad con que fluye el agua de los manantiales, en la voz armoniosa y potente del recitador.

"Rafael es una especie de biblioteca sonora —acotó sonriendo María Teresa, con aquel gracejo españolísimo que la caracterizaba—. Yo maridé con él para así ahorrarme el trabajo de leer a los clásicos".

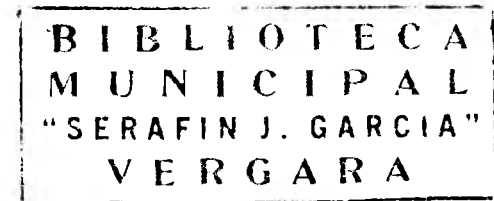
Fue aquel para mí un tan inesperado como espléndido disfrute de la poesía castellana de los siglos de oro. Pero en realidad lo que más me interesó de la entrevista con Alberti fue lo que me dijo acerca de sus compañeros de generación, principalmente de García Lorca, a quien lo ligó siempre un afecto fraternal, más que amistoso, y de Miguel Hernández, al que quería también de una manera entrañable, al punto de que los ojos se le humedecían cuando evocaba aquella verdadera llamarada humana, aquel desborde de potencia vital que fluía permanentemente del inolvidable poeta pastor.

“Para Federico, para Pablo (1) y para mí —me aseguró con un irreprimible dejo de emoción en la voz—, como asimismo para los demás compañeros de nuestro grupo, Miguel era como un hermano menor por el que tácitamente nos empeñábamos todos en velar, procurando controlar los impulsos que lo echaban por entero fuera de sí, afrontando cualquier riesgo, porque nunca temió el peligro ni la muerte.” Agregó que Hernández era uno de esos ejemplares humanos que aparecen raras veces en el mundo, volcado siempre hacia los demás y sin pensar lo más mínimo en sí mismo. Vivió dándose, repartiéndose material y espiritualmente entre cuantos lo rodeaban, sin reservarse nada, pese a que amaba la vida y sus dones como muy pocos hombres son capaces de hacerlo.

También me trazó un vívido retrato humano de Don Antonio Machado y de otros integrantes de la famosa generación del noventa y ocho, que compartieron con los de la suya las vicisitudes, angustias y esperanzas derivadas de la lucha por España. A Don Antonio, él y sus compañeros lo consideraron siempre como a un verdadero maestro, y como a tal lo respetaron, atendiendo sus consejos y sus sugerencias, tanto acerca de la poesía como de las actitudes a adoptar para una mejor defensa de la cultura del pueblo, afrentada y hollada por el franquismo. Siempre sereno y tranquilo en apariencia, el hondo poeta de *“Soledades”* fue sin embargo, según él, el que más acerbamente sufrió la tragedia que asolaba a su tierra. *“Y de esa herida murió al tener que abandonarla”*. concluyó diciéndome.

Nunca más —lo repito— hablé personalmente con Alberti. Volví a escuchar su palabra tiempo después, aquí y en Buenos Aires. Pero no intenté acercarme de nuevo a él, pues siempre estaba rodeado por esos infaltables grupos de oportunistas, o de simples curiosos, que moscardonean indefectiblemente en torno de los escritores o los artistas de renombre. Bastóme no obstante, para poder conocerlo y admirarlo

también desde el punto de vista humano, aquella inolvidable aunque lejana entrevista que con él mantuve en un hotel de Pocitos.



(1) Se refería a Neruda.

CON JOSE BERGAMIN

Sabido es que este hombre enjuto, apergaminado, “*casi ingrávido*”, como lo describió físicamente nuestro gran Clemente Estable al presentarlo por primera vez en público, en el Ateneo de Montevideo, estuvo radicado entre nosotros durante varios años, comprendidos en un lapso que abarcó buena parte de la década del cuarenta, y que se prolongó hasta el primer tercio del siguiente decenio.

A lo largo de ese extenso período fueron innumerables las veces que acudí a oír sus conferencias, pronunciadas casi todas ellas en el Paraninfo de la Universidad, y destinadas a historiar y analizar la literatura española de todos los tiempos. Junto a Blanca, mi esposa, constante enamorada de dicha literatura, contribuimos con indeclinable regularidad a engrosar el por lo general menguado núcleo de sus auditores, constituido casi exclusivamente por personas versadas en aquella materia o —como nosotros— amantes sinceros del arte de la palabra. El público corriente, ese que suele colmar las salas de conferencias por razones ajenas al tema y a la capacidad intelectual del disertante, no se interesaba por aquellas charlas. En parte, debido al exceso de especialización, si así puede decirse, que las tornaba herméticas o abstrusas. Y en parte también porque Bergamín carecía en absoluto de todas esas dotes naturales con que los buenos oradores catequizan a su auditorio. Su voz era débil, monótona, sin matices. Y su esmirriada figura —“*un hombre casi ingrávido*”, repetimos con Estable—, unida a un rostro que Piccio no hubiera envidiado ciertamente, retraía a las damas, siempre más proclives a aceptar a un buen mozo, por insulso y charlatán que sea, que a un nada agraciado crítico literario, a despecho de su versación en el tema escogido.

Curiosamente, en el transcurso de todos esos años, yo nunca había tenido ocasión de hablar personalmente con Bergamín, pese a que entonces trabajaba en la Biblioteca

Nacional, Instituto al que el escritor español concurría asiduamente por motivos obvios.

Y fue casualmente allá, en mi inolvidable ciudad de Treinta y Tres, donde tuvo lugar nuestra única entrevista, a principios de octubre de 1951. Acababan de cumplirse veinticinco años de la muerte de Javier de Viana, y yo, por tal razón, había sido invitado a dar una conferencia sobre el autor de “*Campo*”. (Y aquí una digresión que considero oportuna. Los entonces más antiguos vecinos de la ciudad olimareña, recordaban al referido escritor con una gran admiración y un hondo afecto. Viana había vivido entre ellos allá por fines del siglo XIX, participando activamente en el periodismo político varonil y riesgoso que se estilaba en aquel tiempo, por el que hasta sufrió algún duro e incalificable vejamen personal. Contábanse de él interesantísimas anécdotas que nuestra historia literaria nunca recogió. Don Isidoro Amorín, un culto y memorioso treintaitresino de la época, solía narrar con su amenidad característica gran número de ellas. Y mi madre, que fue muy amiga suya, aseguraba que era uno de los hombres menos agraciados pero más ingeniosos que había conocido).

Lo dicho entre paréntesis acaso contribuya a explicar por qué, a los veinticinco años del deceso de Viana, fuera Treinta y Tres una de las poquísimas ciudades del país que rememoraron tan luctuosa fecha. Y acaso también por qué fui precisamente yo el elegido para hablar sobre su obra.

Y ahora retomo el tema. Bergamín y yo nos encontramos fortuitamente en la Capital olimareña. Yo había ido hasta allá con motivo de la conferencia mencionada. Y él había finalizado ese mismo día un breve ciclo sobre su tema habitual, vale decir sobre literatura española. Alguien nos presentó después de mi disertación, en el bar del Centro Progreso. Yo estaba junto a mi esposa, que había viajado conmigo, y a varios de mis buenos amigos de aquel querido pago. Pero tras una media hora de charla colectiva éstos se fueron retirando por distintas causas. Y entonces nos que-

damos los tres solos. Cualquiera puede imaginarse qué tema abordaríamos. No habría de ser seguramente el de la literatura gauchesca de nuestro país, que él no conocía ni le interesaba en absoluto, aunque por cortesía dijera algunas veces lo contrario. Lo natural era que habláramos de España y de sus grandes escritores de todos los tiempos. Y así fue. En ese tópico nos enfrascamos por un largo rato. Se alegró visiblemente cuando le dije que nosotros habíamos escuchado prácticamente todas sus charlas en el Paraninfo. Yo, que todavía conservaba intacta una memoria del tipo de la del borgesiano Funes, le enumeré conceptos suyos acerca de prosistas y poetas hispanos de las más diversas épocas, desde Mateo Alemán hasta Azorín, y desde Juan de la Encina hasta Jorge Guillén, por citar algunos casos. Más que su inexpressivo rostro, el efímero fulgor que iluminó sus mortecinos ojillos me demostró la complacencia que experimentaba al influjo de mis recuerdos exactos sobre tales conceptos. De allí la conversación derivó hacia otros terrenos. Me habló de su estadía en México, dándome a entender de un modo algo capcioso que no le gustaba la bulliciosa exteriorización vital del pueblo azteca. Criticó duramente a ciertos intelectuales de su país que añoraban el retorno a la tierra natal. Y tuvo sobre todo, a ese respecto, palabras muy injustas para enjuiciar a Margarita Xirgu, que por aquellos días precisamente había expresado a un periodista montevideano la nostalgia cada vez más honda que le laceraba el alma, y su entrañable deseo de poder cerrar para siempre los ojos en España, aunque añadiendo que estaba segura de que no lograría hacerlo, pues los garfios con que Franco oprimió a su patria estaban aún muy lejos de aflojarse, y mientras tal opresión subsistiera ella no habría de volver allá de ningún modo. “*No se debe sentir nostalgia de una España que no es España* —finalizó diciendo Bergamín—. *Nadie ama más que yo a mi país, y sin embargo me avergonzaría de exteriorizar un sentimiento de esa naturaleza en las actuales circunstancias, porque es preferible morir entre cafres a vivir entre franquistas*”. Pero

bien dicen que las palabras son hembras —y como tales veleidosas, me atrevería a añadir por mi parte—, y que por lo tanto sólo los hechos pueden fecundarlas e infundirles firme realidad vital. Porque la gran actriz española que durante tanto tiempo convivió con nosotros, y que aportó a nuestra escena lo mejor de su talento extraordinario, terminó sus días sobre este suelo que la había acogido como a una hija auténtica. Y Bergamín en cambio, desdiciendo aquellas palabras tan rotundas en apariencia, volvió a España cuando aún el franquismo campeaba allí por sus fueros. Contradicciones humanas que suelen ocurrir cuando se tiene un dominio acabado de la expresión verbal pero un insuficiente contralor del sentimiento.

Ya al término de nuestra plática me dijo Bergamín que pensaba radicarse en Buenos Aires o en Caracas. “*Aquí ya no me queda nada más que hacer* —agregó—. *Tengo la impresión de que la gente está cansada de oirme. Y además, en lo que me es personal, le confieso que ya me siento muy enfermo de uruguayitis*”. No sé si capté bien el sentido de aquellas palabras. Pero me parecieron ingratas y fuera de lugar. Porque este país lo había recibido con los brazos abiertos, le había paliado los problemas económicos y afectivos que lo afectaban cuando vino, y le había ofrecido sin retaceos sus mejores tribunas para las innúmeras conferencias que aquí pronunció.

Desde el punto de vista literario, seguí considerándolo uno de los más versados y agudos intérpretes de las letras españolas. Pero como criatura humana su dimensión se me redujo considerablemente. Desde aquella lejana noche de 1951 no volví a hablar con él. Tampoco volví a asistir a sus charlas, bien pagadas por el Estado pero siempre desprovistas de apoyo popular. Ni vi más su figurilla “casi ingrátida”, que unida a su condición de místico y hombre de fe militante, me había hecho imaginar alguna vez— ya no me fue nunca más posible hacerlo— que en él hubiera podido, circunstancias y clima sobrenatural mediante, producirse el hermoso y poético milagro de la levitación.

CON GRACILIANO RAMOS

Corría el mes de abril de 1942 y yo estaba con mi esposa en Río de Janeiro, disfrutando los pesitos obtenidos de un premio literario —con mi libro “*Burbujas*”—, y de los derechos de autor correspondientes a dos obras ya en prensa, que me adelantara la Editorial Claridad de Buenos Aires.

Jorge Amado, a la sazón en Montevideo, me había proporcionado la dirección de varios escritores brasileños de primera fila afincados en la capital carioca: Rachel de Queiroz, Jorge de Lima, Graciliano Ramos, José Lins do Rego, etc. “*Si puede véalos a todos —me dijo—, y tendrá una idea bastante exacta de lo que es la actual literatura de mi país. Pero al que bajo ningún concepto debe dejar de visitar es a Graciliano, el más importante de nuestros novelistas, como creo haberle dicho ya en otra ocasión, y además un ejemplar humano que bien vale la pena conocer*”.

Y allá nos fuimos mi mujer y yo en procura de aquel hombre con bien ganada fama de áspero y hurano. Oficiaba de cicerone la pintora Silvia León, excelente compañera, la cual no se cansaba de decirnos: “*Ojalá lo encontremos en un día propicio, puesto que tiene algunos realmente ingratos, aunque conserva el alma limpia y pura como la de una ‘criança’*”(1).

En la estrechísima Rua do Ouvidor, al 110, estaba la renombrada librería y Editorial José Olympio, donde Graciliano solía pasar gran parte de su tiempo. Y allí lo encontramos aquella brumosa tardecita de abril, sentado detrás del mostrador, como según nos dijeran era su costumbre, y sorbiendo el tal vez enésimo “cafezinho”, pues era un incansable gustador de la sabrosa y típica bebida de su tierra.

Alto, magro, de facciones curtidas por los secos veranos y los quemantes soles de su Alagoas natal, con el ceño cruzado por una permanente arruga oblicua y la escrutadora mira-

da surgiendo por encima de los lentes, que se bamboleaban sobre la nariz amenazando caerse, nos tendió una mano dura y fuerte, como de campesino, al tiempo que nos decía: “Si vienen a reportearme mejor es que desistan, pues soy un tipo muy aburrido, que nunca tiene nada que contar “*a ninguém*”. Pero cuando Silvia le dijo que éramos uruguayos, amigos de Jorge Amado, y que veníamos simplemente a conversar con él, cambió radicalmente de actitud, y su recelo dió paso a una franqueza abierta, que nos hizo acordar de la de nuestros criollos frente a quien sabe encontrarles la puerta del corazón.

Hablamos largo y tendido acerca de sus novelas, sobre todo de “*Angustia*”, de la que me dedicó cordialmente un ejemplar, a la vez que me autorizaba para traducirla al español, siempre que creyera que valía la pena hacerlo. La tradujo en efecto, dicho sea de paso, en el correr del siguiente año, pese a las múltiples dificultades opuestas por el personalísimo estilo del escritor, y por la abundancia de cerrados regionalismos nordestinos que la obra contenía. Y otro año después, en 1944, editó esa traducción la Editorial Independencia de Montevideo, con excelente acogida del público y la crítica. Pero volviendo a nuestra entrevista con el autor de aquella gran novela, creemos oportuno agregar que nos formuló una curiosa premonición acerca del futuro de su persona física. Conviene aclarar previamente que cuando lo conocimos, Graciliano Ramos sufría graves quebrantos de salud, debido a la dolencia pulmonar que contrajera en las mazmorras del “*Estado Novo*”, donde el gobierno de Vargas retenía en inhumanas condiciones a quienes consideraba sus enemigos. Y como a tal mantuvieron encerrado en ellas a aquel escritor que nunca fue político, que jamás militó en ningún partido, y cuyo único delito era el de haber tenido el valor de condenar en conferencias y artículos de prensa, los desmanes que se cometían a diario contra los intelectuales libres, que defendían los fueros de la cultura y los derechos del pueblo, desconocidos y pisoteados por un poder omní-

modo. Huelga decir que cuando Graciliano recuperó la libertad, prosiguió luchando con más convicción y bríos que nunca en favor de la justicia, pese a la implacable enfermedad que minaba ya su cuerpo. Al narrarnos las peripecias sufridas en la cárcel, dijo con entera naturalidad: “*A minha saúde ficou muito estragada, muito ruim*”. Y acto seguido efectuó la premonición a que antes hicimos referencia. Según él habría de morir, salvo algún accidente imprevisto que anticipara el hecho, alrededor de 1953. Más allá de esa fecha no podría llegar su derruido organismo. Y en efecto, fue en ese año de 1953 que se produjo su lamentable deceso, cuando aún se mantenían en plenitud sus excepcionales dotes literarias.

Proseguimos conversando hasta el anochecer. Y a lo largo de esa plática pude constatar la vasta erudición del escritor alagoano, para el cual ni la novelística de su país ni la del mundo entero poseían secretos, y que no obstante sus desfallecimientos físicos, cada vez mayores, manteníase al día con la mejor producción universal en la materia, aunque sus preferidos continuaban siendo los grandes novelistas rusos del siglo XIX, principalmente Dostoiewski y Tolstoi. A propósito de esto, cabe recordar la influencia ejercida por el primero de ellos en el escritor brasileño, proclive como aquél al cateo psicológico de sus personajes. Aunque también es justo añadir que tal influencia no actuó jamás en desmedro de la originalidad del influido.

En lo referente a sus colegas coetáneos —el Brasil poseía por entonces un copioso y fermental contingente de novelistas jóvenes—, tuvo palabras muy elogiosas para Rachel de Queiroz, y especialmente para Jorge Amado, a quien vaticinó una brillante carrera literaria, vaticinio que el tiempo se encargó de confirmar.

Estábamos todavía en plena charla cuando llegó a la librería Alvaro Moreira, el escritor “*gaúcho*”, invitándonos para la conferencia que Gabriela Mistral —a la sazón Cónsul de Chile en Río— habría de pronunciar a esa hora y a escasas cuerdas de allí.

Nos fuimos todos caminando hasta el salón donde se llevaría a cabo el acto, que si mal no recuerdo estaba patrocinado por la municipalidad carioca. Era un local enorme y con notorias deficiencias acústicas, donde la voz se quebraba rebotando por los diversos ángulos y por la alta bóveda central. Como a pesar de su gran capacidad estaba ya repleto de ávidos auditores, tuvimos que ubicarnos al fondo, en una especie de galería circular, hasta donde llegaban poco menos que inaudibles las palabras de la gran chilena, cuyo tema era la literatura brasileña. Empero, haciendo pantalla con las manos detrás de las orejas, y afinando el oído todo lo posible, logramos escuchar algunas partes de su disertación, y entre ellas una donde afirmó que, a su juicio, los mejores escritores que en el pasado produjera el Brasil habían sido Graça Aranha y Castro Alves, y en los tiempos actuales —corría, como ya lo hemos dicho, el año 1942—, Monteiro Lobato y Graciliano Ramos.

Todos lo felicitamos a éste por tan honrosa mención. Pero él más bien pareció confuso y desconcertado ante algo que seguramente no esperaba. Máxime cuando su nombre, por razones obvias, era poco menos que tabú. Aunque no para Gabriela, pues bien sabido es que siempre ella fue sincera y valiente, y nunca tuvo miedo de decir en voz alta todo lo que pensaba.

Aunque nosotros insistimos en que fuera a saludar a la conferencista, Graciliano se negó rotundamente a hacerlo, argumentando que estaría rodeada de adulones u oportunistas, y que en tales circunstancias no quedaría bien hacerlo. Aunque aseguró que al día siguiente le hablaría por teléfono.

Nos despedimos en plena Avenida Río Branco, a las nueve de la noche. Y ya nunca volví a ver al torturado defensor de los “*resecos alagoanos*”, como solía designar él a sus coetáneos. Tradujo, como ya he dicho, su novela “*Angustia*”. Mantuvimos correspondencia durante varios años. Pero su desmedrado físico, —de extraordinario parecido con el del

gran dibujante gallego Castelao—, nunca más se reflejó en mis retinas desde aquella lejana e inolvidable tarde-noche abrileña.

CON JORGE DE LIMA

Caminábamos lentamente mi esposa y yo por la rúa Vizconde de Río Branco, frente a la Plaza Tiradentes, en un hermoso atardecer de abril de 1942, cuando nos encontramos con los poetas Rui de Carvalho y Camargo Guarnieri, hermano este último del conocido músico de igual apellido. Justamente iban ellos a buscarnos al modesto hotel donde nos hospedábamos, y que distaba un par de cuadras de allí, pues me habían concertado una entrevista con Jorge de Lima, a la sazón uno de los más populares escritores brasileños, cuyo libro "*La mujer oscura*"—excelente novela a mi entender—, además de premios oficiales muy importantes, acababa de obtener la aceptación entusiasta de crítica y de público, y estaba alcanzando ya también una resonancia internacional poco común, ciertamente, entre los creadores literarios de su generación.

Aquella proposición me alegró mucho y la acepté sin vacilar un segundo, por supuesto, ya que me interesaba de veras conocer al poeta y narrador carioca.

—Pues vamos hacia allá ahora mismo— dijo Rui de Carvalho tras echar una rápida ojeada a su reloj—. La entrevista está fijada para las seis y media, que es la hora en que Jorge termina de atender a sus pacientes. En el consultorio nos estará esperando Silvia de León, que es íntima amiga suya y oficiará de introductora.

Corresponde señalar aquí que de Lima era además de escritor un reputado médico, de gran prestigio entre las clases más adineradas de Río de Janeiro, y poseedor por ende de una clientela principalmente femenina, tan numerosa como rutilante, lo que se explica teniendo en cuenta que su especialización era la ginecología.

Continuamos caminando los cuatro hacia la avenida Río Branco —esplendorosa arteria céntrica de la entonces toda-

vía Capital del Brasil—, que distaba de allí muy pocas cuerdas, y una vez en ella nos dirigimos al gallardo rascacielos en uno de cuyos pisos estaba lujosamente instalado el consultorio. Silvia, que tantas veces nos sirvió de cicerone en aquel para nosotros inolvidable viaje, ya estaba en efecto aguardándonos allí. Mi esposa y yo —poco acostumbrados a frecuentar ambientes de aquel tipo, que por otra parte nunca nos gustaron— empezábamos a sentirnos incómodos entre el incesante coruscar de joyas y la mezcla indefinible de efluvios que integraban los sin duda costosísimos perfumes de empingorotadas damas, cuando por suerte terminó la consulta. Y fue entonces cuando el médico solemne, ceremonioso y discreto, se transformó como por arte de magia en un hombre locuaz, amenísimo, sediento de comunicación con personas que imaginaba afines en el plano espiritual, y que no habrían de pedirle recetas sino opiniones sobre su obra literaria y la de sus coterráneos. Mientras cambiaba por el saco la impoluta túnica profesional ya estaba preguntándonos un montón de cosas acerca del Uruguay, de sus escritores, de su teatro, de su música, de su pintura (él era pintor también, y además un gustador refinado y sutilísimo del arte de los sonidos), mediante un verdadero aluvión de palabras que se atropellaban en su boca, nada pequeña por cierto. Tenía poco tiempo disponible y quería aprovecharlo hasta el último segundo. A las siete y cuarto lo esperaba su mujer para que la llevara a una recepción en la embajada francesa. El, desgraciadamente, no podía sustraerse a esas fastidiosas obligaciones sociales. Pero lo suyo era el arte. Escribir, pintar, leer, disfrutar del purísimo placer que brinda la buena música. Pocas veces he visto una persona tan ávida de sustraerse a la rutina de la diaria tarea profesional, y más aún al entorno de convenciones y normas limitadoras de su vida interior, de su auténtica imagen humana. Y pocas también a alguien con una cultura literaria —y artística en general— tan vasta y sólida. Sabía a ese respecto cuanto es preciso saber. Y lo sabía de una manera organizada y lúcida, que me hizo pensar en

Unamuno. A través de su verba torrencial y apasionada desfiló ante nosotros, en síntesis perfecta, toda la historia plástica del Brasil, desde el “*Aleijadinho*” hasta Portinari. Y también la historia entera de la música, con agudas acotaciones relativas a ciertos hitos de la misma —Villalobos por ejemplo—, que en su etapa más reciente habían logrado elevarla a planos universales. Y ni qué hablar de la literatura, cuyo itinerario conocía al dedillo, y que según él estaba sostenida por dos puntales incommovibles, de fundamental importancia: Graça Aranha y Castro Alves. Ambos habían sido, a su juicio, una especie de monstruos sagrados a los que el transcurso del tiempo no lograría opacar. “*Después tuvimos a Monteiro Lobato* —me dijo en un breve aparte—. *Y digo tuvimos porque desgraciadamente ya no puede escribir. Está un poquito “doido”(1). Su familia lo tiene aislado del mundo*”. (A esta última aseveración ya la había comprobado yo en San Pablo, donde realicé tan largas como inútiles gestiones para poder entrevistar al renombrado cuentista de “*Urupés*” y “*Negrinha*”). “*Ahora el mayor novelista de Brasil es Graciliano Ramos* —prosiguió de Lima—. *Pero creo además que Jorge Amado es un “rapaz” que promete y que pronto dará mucho que hablar*”. El tiempo ha confirmado ampliamente esta profecía. También señaló como importante a José Lins do Rego. Y seguramente que lo hubiera hecho con Guimarães Rosa si entonces hubiera escrito lo que escribió después.

A las diez y nueve y cinco terminó indefectiblemente la entrevista. Según nos expresó sin eufemismo el propio Jorge de Lima, su mujer era una de esas personas capaces de sufrir una crisis nerviosa cuando las hacen esperar más de lo convenido. Y a él no le gustaba nada por cierto ejercer su profesión de médico a deshora. Al despedirnos me regaló el último cuadro que acababa de pintar. Se llamaba “*Las solteronas*”, y representaba a dos mulatas flacas, consumidas por el flagelo de un resaca tiempo sin amor. Aún lo conservo. Como conservo asimismo los ejemplares de “*La mujer oscu-*

ra" y "Calunga" (otra importante obra suya) que me dedicó, en esa forma exagerada y generosa en exceso tan propia de los brasileños.

De todo lo expuesto surge sin duda una imagen extrovertida y desbordante del escritor que acababa de visitar. Pero detrás de toda su euforia comunicativa, yo había advertido cierta tristeza íntima, cierto dejo de frustración desde el punto de vista humano. Se lo manifesté a nuestra amiga Silvia de León, y entonces ella —pidiéndome absoluta reserva, como acostumbra a hacer las mujeres en tales casos— me dijo que esa tristeza existía, efectivamente, y que tenía su origen en un dramático hecho familiar. Jorge de Lima era mulato, hijo de blanco y negra, o viceversa. Y se había casado con una alemana. En apariencia, o mejor dicho en teoría, esta mujer creía haber superado los prejuicios raciales. Pero, cuando después de dos hijos rubios, le nació una niña negra, el ariopurismo echó violentamente por tierra todo el falso andamiaje de su liberación. No olvidemos que por entonces estaba en auge la tan nefasta era del nazismo, lo cual sin duda influyó —aliado a los ancestros—, en esa derrota de los principios frente a la sangre. Lo cierto es que la madre se avergonzó de aquel fruto de su vientre— tal vez había olvidado las casi siempre infalibles leyes del atavismo—, y separó de sus hermanitos a la inocente criatura, poniéndola en manos de una nodriza y procurando aislarla de aquella "alta" sociedad en que ella actuaba. Para Jorge aquel golpe fue realmente terrible. Desesperado, se refugió en su arte, en la pureza de su mundo íntimo. Pero tal vez esa desdicha familiar aceleró la muerte del talentoso escritor, acaecida pocos años después de nuestro encuentro. Y ahora una aclaración: me confieso culpable de haber develado el secreto que me confiara Silvia. Mas pienso que tal vez puedan atenuar esa infidencia los largos años corridos desde entonces, como así también la desaparición física de los protagonistas del hecho que la originó. Y espero que los lectores de la presente nota

—si los hay—, juzguen con amplitud mi conducta y sean benévulos para con este viejo exhumador de recuerdos .

(1) "Doido" Persona que sufre alteraciones mentales.

CON ERICO VERISSIMO

Por aquella época Porto Alegre era una ciudad que acaso no llegara al medio millón de habitantes. Pero ya se advertía en ella esa inquietud, ese movimiento febril, esa ansiosa prisa de las colectividades urbanas que viven en constante evolución. Ya tenía semáforos en sus arterias principales. Ya contaba con una calle —Rua Dos Andradas—, que en la tardecita se tornaba exclusivamente peatonal, como la Florida de Buenos Aires. Ya los rascacielos comenzaban a escamotear la luz diurna en el laberíntico corazón de la Capital “*gaúcha*”. Pero aún sobrevivía en ésta algo de provincial, cierto antiquísimo aire de colonia portuguesa que la dotaba de un encanto indefinible, vagamente recatado y sutil, que parecía desprenderse en silencio de los tejados verdinosos, de los grises adoquines de algunas callejuelas sinuosas, de la espléndida pátina que embellecía sus estatuas y sus monumentos más arcaicos. Algo que la diferenciaba aún de Río y de San Pablo, donde la modernización urbanística había hecho ya tabla rasa de las reminiscencias de un tiempo convertido en historia. Así ví yo a Porto Alegre en el otoño de 1942. Muy distinta por cierto de la urbe nerviosa y afiebrada que es hoy, de ese prieto conglomerado de hormigón y hierro que busca elevarse al cielo, en un premioso intento por evadirse de la cadena de morros que la encierra, aliada al luminoso río Guaíba. Así la ví, repito. Y fue para mí como un sedante refugio, como un tónico remanso luego del viaje un tanto apresurado por las ciudades mayores del Brasil.

Y en una soleada tarde de ese otoño lejano, caminé en compañía de Blanca, mi compañera de siempre, por la ya aludida Rua Dos Andradas, hacia la “Livrería do Globo”, una de las más importantes del país norteño, que era además de librería una poderosa empresa editorial. Allí me había

dado cita Erico Veríssimo, el ya por entonces famoso novelista riograndense, que acababa de regresar de una gira por los Estados Unidos, donde sus obras lograran poco común acogida. A raíz de ese viaje había publicado un interesante libro titulado “*Gato preto em campo de Neve*” (Gato negro en campo de nieve), que contenía, entre otras notas diversas, reportajes a Thomas Mann, Aldous Huxley, Thornton Wilder, Somerset Maugham, Pearl S. Buck, James Hilton, etc..., etc. Veríssimo desempeñaba en la mencionada empresa el cargo de asesor literario, y su palabra era decisiva e inapelable en cuanto a la selección de obras a publicar por parte de la misma. Enterado de nuestra visita al Brasil por Jorge Amado, del cual era íntimo amigo, nos recibió de una manera cordialísima, invitándonos con el mejor café que recuerdo haber tomado en el país vecino, al que acompañaba un “*cognac*” checoslovaco de exquisito “*bouquet*”, digno por cierto de alternar con los franceses de mayor alcurnia. Se lo había regalado en Connecticut su amigo Thornton Wilder, según me dijo en tono confidencial y satisfecho, no exento de cierto orgullo íntimo. Erico debía frisar por entonces en los cuarenta años, o acaso un poco menos. Era un hombre de estatura más bien alta y estampa de galán de cine, con algo de gitano en la pigmentación aceitunada de la epidermis y mucho de portugués en la fineza y armonía de los rasgos. Y si bien en una charla de hora y media no se puede apreciar con la debida exactitud la cultura de nadie, resulta posible por lo menos formarse una idea aproximada de la amplitud o limitación de ella. Y a mí Veríssimo me dio aquella tarde la impresión de que la suya era muy vasta y de muy sólida base. Me refiero al aspecto literario, claro está, ya que fue la literatura el tema casi exclusivo de la plática que mantuvimos en nuestra primera y única entrevista. Porque a partir de entonces no nos volvimos a ver físicamente. Intercambiamos algunas cartas y libros. Pero ese calor humano y esa fuerza de comunicación que sólo se logran con la presencia corporal, ya nunca más volvieron a acercarnos de una manera tan

viva, tan hondamente fraterna. La segunda vez que fui a Porto Alegre, muchos años más tarde, él se había ido de viaje a Río y a San Pablo. Y en mi tercera y última visita a la Capital riograndense— a la sazón multiplicada por tres o por cuatro—, tampoco tuve la suerte de encontrarlo, pues estaba descansando en una casa de campo. Eso ocurrió al promediar el mes de octubre de 1969. Cinco o seis años después —no recuerdo con precisión la fecha—, me trajo un amigo común portoalegrense la noticia de su muerte. Y añadió que tan infausto suceso había sido lamentado masivamente por sus coterráneos, que lo querían muchísimo y se sentían orgullosos de él. Muy raras veces se vio en la populosa ciudad un cortejo fúnebre tan nutrido y tan acongojado. Miles y miles de admiradores lo acompañaron compungidos hasta el cementerio. *“Parecía que en lugar de un escritor hubiera muerto el mismo Gobernador del Estado”*, concluyó diciendo mi informante.

Confieso que a mí tal hecho no me extraña. Erico era un novelista muy popular en todo el sur del Brasil, y también en el resto del gran país norteno. Sus novelas se editaban en tiradas que no habían superado ni Monteiro Lobato ni —por entonces— el propio Jorge Amado. Y además poseía una bien ganada fama desde el punto de vista humano. Nadie ignoraba su condición de hombre sencillo, amigo de los humildes, benefactor generoso de cuantos necesitaban ayuda pecuniaria, contribuyente infalible de cuanta obra de auxilio social se llevaba a cabo en la *“leal e valerosa cidade de Porto Alegre”*, tan orgullosa de la leyenda de su escudo como de sus tradiciones humanísticas.

Pero volviendo a mi único encuentro con Erico Veríssimo, pienso que se estarán preguntando los hipotéticos lectores de qué hablamos con él, concretamente; cuáles fueron los temas abordados; qué anécdotas interesantes puedo contarles al respecto. En realidad, y como en el caso de Jorge de Lima, fue casi exclusivamente él quien conversó. Yo me limitaba a formular alguna pregunta que otra, cuando me

daba tiempo para hacerlo. Por regla general, los brasileños poseen una tropicalidad verbal —si se permite la expresión— de contralor muy difícil. Les gusta oírse, cosa que contribuye a explicar la musical dulzura de la lengua en que hablan. Y que los oigan, por supuesto. Erico no fue por cierto la excepción confirmatoria de la regla. Y los temas tratados fueron casi únicamente literarios. Estaba eufórico por su reciente viaje a Estados Unidos, donde en aquella época brillaba una generación extraordinaria de narradores y de autores teatrales. Conoció a muchos de sus integrantes, y de ellos me habló en términos entusiastas. Pero tuvo oportunidad también de entrevistar a dos personalidades de fama universal, muy distintos por cierto de casi todos los americanos: el Thomas Mann de *“La Montaña Mágica”* y el Aldous Huxley de *“Contrapunto”*. Ambos lo impresionaron profundamente. Pero más el inglés que el alemán. Me lo describió como un torbellino de ingenio y de sutil ironía, destinada casi toda esta última a lancetear las capas superiores (léase adineradas) de la sociedad londinense. Para él, Huxley era en el fondo un romántico descolocado, perdido en un mundo sin ideales, duramente material y egoísta. De ahí el substrato amargo que destilan a menudo sus novelas, y que el chispeante humor que las arropa no consigue ocultar. A Mann, en cambio, me lo sintetizó intelectualmente en esta escueta frase: *“Un Goethe modernizado, menos solemne acaso, pero tan teutón como el otro, pues la raza no falla”*. Hubo además una mujer que lo impresionó vivamente. Y fue Pearl S. Buck, la autora de *“La buena tierra”*, base de un filme famoso, con memorables actuaciones de Luisa Rainer y Paul Muni. Erico resumió así su juicio sobre ella: *“Realizó la proeza de abarcar, a través de la historia de una pareja de labriegos chinos, y con simplicidad bíblica, el drama primero y esencial de la vida”*.

Acerca de sus colegas brasileños no quiso extenderse ni entrar en muchos detalles. Me dijo que en su concepto la poesía contemporánea del país estaba pasando por un pe-

ríodo de crisis. No así la narrativa, que contaba con figuras de gran relieve, a las que no quería nombrar por temor a omitir alguna. Empero, hizo una excepción deteniéndose en Rachel de Queiroz, a la que catalogó como la mejor narradora brasileña de todos los tiempos. “*Ninguna ha entendido y expresado a su pueblo como ella* —afirmó—. *Su autenticidad en lo nacional es comparable a la de la gran Selma Lagerlof, la sueca inolvidable*”.

Y con este juicio rotundo sobre una de sus colegas contemporáneas terminó nuestra entrevista, de la que conservo gratísimo recuerdo. Como conservo asimismo los ejemplares de “*Caminos Cruzados*” —la novela más importante de Erico, en mi concepto— y de “*Mirad los Lirios del Campo*”, que me obsequió al despedirnos, con sendas dedicatorias cordialísimamente brasileñas.

Cuando volví a internarme con mi esposa en el hormiguero humano de la Rua dos Andradas, relampagueante ya de letreros luminosos, estaba muy lejos de imaginar, por cierto, que aquel primer encuentro con Veríssimo sería también el último.

CON PABLO NERUDA

¿Qué muchacho veinteañero con un adarme de sensibilidad no leyó y releyó, hasta lograr memorizarlos palabra por palabra, aquellos “*Veinte Poemas de Amor*” que dieron fama universal —y creo que eterna— a Neftalí Ricardo Reyes Basoalto, el chileno que impuso en plena juventud su seudónimo de Pablo Neruda? ¿Cuántas parejas humanas han iniciado su unión, y cuántas otras continuarán haciéndolo, al influjo de los versos del mozo delgado y lánguido que aparece en las innumerables ediciones del pequeño gran libro? ¿A qué infinidad de seres les habrá llegado a través de esos versos “*un estremecimiento nuevo*”, para decirlo con las célebres palabras con que Hugo recibió la poesía de Baudelaire?

Sin embargo, bien sabemos todos que Neruda es mucho más que el autor moceril de “*Veinte Poemas de Amor y Una Canción Desesperada*”. Bien sabemos que su gran obra posterior —tal vez principalmente “*Residencia en la Tierra*” y “*Canto General*” —lo sitúa entre los mayores creadores poéticos de todos los tiempos en lengua castellana, junto a Manrique y a San Juan de la Cruz, a Rubén Darío y Vallejo, a Antonio Machado y Federico García Lorca, por no citar sino algunos de sus hitos fundamentales.

Pero en realidad, ¿qué de nuevo puedo yo decir sobre Neruda y su obra? ¿Qué puedo agregar que importe a lo ya expresado en todos los idiomas por los más eminentes críticos del universo entero?. De modo que a no fatigar al lector con inútiles reiteraciones y a recordar mi único diálogo con el gran chileno que, junto a Gabriela Mistral, la otra inmortal trasandina, logró obtener para su patria, y para este nuestro continente sureño, el más alto galardón que se otorga a la literatura universal.

Si la memoria no me traiciona en esta oportunidad, creo

que fueron tres las veces que Neruda visitó Montevideo. En la primera de ellas, allá por fines del año treinta y nueve o principios del cuarenta, tuve ocasión de participar de un ágape que le ofreció la Aiape, entidad que nucleaba a muchos de los principales escritores uruguayos de la época. El acto tuvo lugar en el Ateneo. Pero esa vez no hablé con el poeta. Ni siquiera estreché su mano, pues le hacían infranqueable guardia de honor numerosos admiradores. Y —¿por qué no decirlo?— un número no menor de aduladores. Apenas si desde lejos, en una larguísima mesa que rodeaba más de un centenar de personas, pude oír el cantarino timbre de su voz, inconfundiblemente chilena, mientras narraba anécdotas y hechos de crueldad salvaje relacionados con la guerra española, que acababa de ver desde muy cerca. Algunos años después tuve el hondo placer espiritual de escucharlo recitar, en el Paraninfo de la Universidad, los versos de los mayores poetas clásicos de nuestra lengua. Fue un ciclo verdaderamente inolvidable, realizado en una sala siempre desbordante de fervoroso público, que lo aclamó al final de cada acto. Yo nunca he oído a nadie decir como él los sonetos de Quevedo, por ejemplo. Cuesta explicarse cómo su voz más bien pequeña, y rayada de cascaduras intermitentes, podía transmitir de un modo tan profundo y emotivo las perfectas estrofas de aquellas composiciones magistrales.

Lo escuché también en otro acto memorable, que tuvo por escenario una antigua sala montevideana cargada de recuerdos: la del hoy desaparecido Cervantes de la calle Soriano. Y fue en esa oportunidad que pude dialogar por única vez con él, durante unos quince minutos a lo sumo. Fue una entrevista nerviosa, con continuas ojeadas al reloj, y el creciente rumor próximo de los acaparadores consuetudinarios de celebridades —de nombres, más que de hombres—, que acechan desde camarines o desde bambalinas a quienes ahora se acostumbra a llamar monstruos sagrados.

Neruda no me conocía ni siquiera de mentas, por su-

puesto. Y ello se explica de manera muy fácil. Yo era apenas un escritor costumbrista de un pequeño país rioplatense. Uno de los tantísimos que se le acercarían para requerirle algunas pocas palabras cuando se les presentaba la ocasión. Y él, en cambio, estaba abrumado por la plenitud de una fama sin fronteras, que le absorbía casi todo su tiempo, y que sólo le permitía leer de tanto en tanto a sus colegas predilectos, o afines por lo menos. Me dio a entender de una manera muy elegante y sutil que el costumbrismo no le interesaba, cosa que por otra parte no me sorprendió en absoluto, pues ya lo suponía. Además, pude apreciar a través de nuestra breve conversación que, para Neruda, no era solamente yo el desconocido, sino casi todos los escritores pasados y presentes de este Uruguay minúsculo. Conocía a Sabat Ercasty, por quien reconoció haber sido influido en una de las primeras etapas de su vida poética. Conocía también, aunque más bien de oídas, a Zum Felde. Y personalmente, mantenía cierta relación con Roberto y Sara de Ibáñez. Hacia esta última manifestó sincera admiración, demostrada en el prólogo que hiciera a una de sus obras. Su opinión no resultó por cierto nada generosa, en términos generales, con la literatura sudamericana. Y menos con la poesía que con la narrativa. Acerca del primer género, tuvo explicables elogios para el peruano César Vallejo, y otros algo reticentes relativos a Borges. Entre los narradores, destacó a Rómulo Gallegos y a Ciro Alegría, que acababa de obtener un triunfo resonante con *“El Mundo es ancho y ajeno”*. Pero fueron menciones hechas sin mayor entusiasmo, frías, y hasta con algo de convencionales. Y así, saltando de un autor a otro, como sobre ascuas, terminó la breve charla, que consideré un fracaso con relación a mis aspiraciones, pues advertí claramente que mi interlocutor estaba cumpliendo simplemente un acto de elemental cortesía, acuciado por el reloj y la impaciencia de los que lo aguardaban. De sí mismo se negó rotundamente a hablar. *“De lo mío opinen ustedes”*, fue cuanto me dijo con respecto a

ese tópico. Eso me pareció muy bien y no insistí. Además lo noté muy cansado, con las huellas de un trajín constante en las profundas ojeras y en la flaccidez del tono y de los movimientos. (No quiero concluir esta remembranza sin expresar que lo que me dijo sobre Sabat Ercasty, aparece confirmado en su póstumo libro "Memorias").

Y ahora mi impresión personal sobre "el hombre Neruda", como diría Unamuno. Hago hincapié en que no es sino eso: una impresión. Por que no puede juzgarse a un ser humano a través de quince minutos de conversación. Hay que convivir mucho tiempo, hay que hurgar en los estratos anímicos, hay que comunicarse de raíz a raíz, para luego emitir un juicio definitivo acerca de cualquier congénere. Por eso repito —la ética más elemental lo exige—, que lo que diré es apenas el resultado de una simple impresión. Neruda, a quien considero uno de los mayores poetas de habla hispana —y esto no es otra cosa que un lugar común—, me pareció un hombre como tal escurridizo, sinuoso, con algunos baches visibles en su personalidad. Y por eso quiero repetir aquí lo que sobre él me manifestara Nicolás Guillén. Aca-so tal manifestación pueda parecer viciada de nulidad, si tenemos en cuenta que el chileno y el cubano nunca hicieron buenas migas, pese a algunas apariencias que el tiempo se encargó de desvirtuar. Pero como mi impresión personal la corrobora, la reproduciré con palabras que creo casi textuales: "*Pablo, como poeta, tiene talento y coraje*" —me aseguró el autor de "*El Son Entero*", sorbiéndose la jota como todo buen hijo de Cuba. *Pero me parece que hay algunos hilos flojos en las costuras de su traje de hombre*".

Otros testimonios posteriores, que aquí no quiero citar porque me fueron expuestos con reservas, confirmaron lo dicho por Guillén y lo intuido por mí. He reproducido además las palabras del cubano por considerarlas, expresivamente hablando, tan gráficas como ingeniosas.

Cuando Roberto Ibáñez y Juvenal Ortiz Saralegui, aliados con una dama que yo no conocía, me "*arrebataron*"

prácticamente a Neruda, traté presto de esfumar la imagen, no del todo grata, que el hombre había impreso en mi memoria, y de reavivar, como compensación, la del poeta que admiraba tanto y que seguí admirando. Reconozco que el momento y el lugar no fueron los más adecuados para una entrevista, y que esto puede atenuar en gran parte los aspectos negativos de aquella imagen humana. Pero fue la única vez que un fortuito acercamiento físico me permitió abordarlo. Tal vez hubiera sido mejor que ello no ocurriera. Lo cuento aquí de todos modos, con la misma sinceridad con que estoy exhumando estos recuerdos, sin desvanecer ni recargar las tintas.

¿Qué importa, al fin y al cabo, la impresión personal —intransferiblemente mía— que haya podido producirme el hombre? Ella no fue lo bastante poderosa como para deteriorar la que el poeta había estereotipado para siempre en mi espíritu: la de que era —y sigue siéndolo más allá de la muerte— uno de los más genuinos y originales creadores de la poesía universal, capaz de transformar —con la mágica gracia de que estaba dotado—, las más simples palabras cotidianas en veneros inagotables de belleza y luz. Porque cuando Neruda nombraba las montañas, las estrellas, los trigales o el viento —sobre todo el viento, tan entrañado y tan constante en sus versos—, estos elementos naturales rebasaban su significado corriente para adquirir un sentido nuevo y una nueva dimensión.

CON FERNAN SILVA VALDES

Antes de conocerlo personalmente experimenté un fracaso con relación a este poeta, del que más tarde llegué a ser amigo. Pero debo aclarar que dicho fracaso no me desalentó en lo más mínimo. En parte acaso porque no lo sufrí directamente, sino a través de interpósitas personas. Recordaré someramente el hecho. Yo vivía aún en Treinta y Tres y unos amigos míos, residentes en Montevideo, se ocupaban de todo lo concerniente a la primera edición de "*Tacuruses*". Considerando que un prólogo hecho por algún autor de renombre podría serle útil al libro, esos amigos —Bolívar Ledesma y Alvaro Cabrera— pensaron en Silva Valdés. La juventud y la falta de experiencia en tales lances les impidieron suponer que podrían sufrir un chasco. Y optimistas y resueltos fueron a ver al poeta en su casa de la calle Uruguayana. Los recibió cordialmente y con atuendo muy íntimo. "*Robe de chambre*" y chinelas de cuero vacuno. Y en un escritorio atestado de cosas del campo: nidos de hornero de dos pisos, un chifle de guampa con incrustaciones de oro y plata, puntas de lanza, flechas indígenas, boleadoras de primoroso retobo, etc... Pero en cuanto supo el móvil de la visita su actitud cambió de súbito. Y llevándose las manos a la frente quejóse de un agudo "*surmenage*", palabra que a la sazón estaba muy de moda. Y les dijo redondamente que no se sentía en condiciones de hacer el prólogo. Ni siquiera de leer los originales para poder brindar una opinión. Curiosamente, les aconsejó que vieran a Sarah Bollo, persona que como es sabido nada tenía en común con la poesía gauchesca. Fue un chasco completo. Años más tarde, cuando a mí solía ocurrirme lo mismo, y a menudo, comprendí el elegante esquivo de don Fernán. Siempre hay autores nuevos que andan en busca de opiniones y prólogos dentro del género nativo (y de los otros también). Ocurre

que por lo general son malos. Y antes que abocarse al ingrato trance de tener que decirlo y hacerse de un enemigo, resulta más cómodo escurrir el bulto desde el "*pique*". Por lo demás, no todos abrigamos aquel temor que solía manifestar Zavala Muniz: "*Cuando alguien viene a mostrarme algo que ha escrito, siendo un desconocido, me preocupo de veras por descubrir si vale o no, aunque ello me insuma demasiado tiempo* —explicaba el autor de las "*Crónicas*"—. *Jamás me perdonaría que hubiera pasado ante mí un Florencio Sánchez o un Horacio Quiroga sin que yo me diera cuenta*".

Y ahora vayamos a la primera entrevista personal que tuve con Silva Valdés. Fue durante el invierno de 1937, creo que en julio. El realizaba por aquel período una audición en Radio Carve, que tenía sus estudios en el viejo local de 18 de Julio 928. Pero le fue encomendada una misión oficial a Río de Janeiro, y como la ausencia se prolongaría por un mes largo, hubo que designarle un reemplazante en el programa. Consultado al respecto por Juan Enrique de Feo, el poeta me propuso a mí. Habían cambiado las cosas, evidentemente. Pero lo más sabroso del caso fue la conversación que antes de su viaje mantuvimos ambos. Luego de saludarme de aquella manera tan peculiar de hacerlo que tenía —encerrando entre las dos suyas la mano que estrechaba—, y de intentar disculparse por aquel asuntito del prólogo denegado, al cual me apresuré a restar toda importancia, se me descolgó con estas palabras, que indefectiblemente repitió después cada vez que habló conmigo: "*¿Sabe cómo lo veo yo a usted siempre? Parado en la cumbre de un tacurú, gritando malas palabras y atalayando el porvenir del gaucho*". Y tras esta particularísima forma de enfocarme empezaron los consejos y las advertencias: "*No olvide que tiene que suplantar en la radio a Fernán Silva Valdés, compañero. Yo creo que usted es un mozo con aptitudes como para ponerse a tono en la emergencia, y que no me va a dejar mal ante mis auditores, que son muy exigentes*". Me desagradó su petulancia, por supuesto. Pero después de

haberlo tratado más de cerca comprendí que aquella era una postura natural en él, y en cierto modo ingenua. De desplante infantil me atrevería a catalogarla. Para corroborar esta modalidad suya, esta actitud que le era tan frecuente, recordaré algunas anécdotas bien significativas. Sabiendo que un muy querido amigo mío, Alcides Astiazarán, recitaba de manera excelente muchos de sus poemas de "*Agua del Tiempo*", le entregó en cierta ocasión una de sus composiciones más nuevas, mientras le decía con la mayor naturalidad: "*Aquí tiene estos versos, amigo. Para que se luzca*". Otra vez en la Redacción de la revista de Primaria "*El Gri-llo*", donde él y yo colaborábamos, y en presencia de su director, el maestro y también poeta Carlos Alberto Garibaldi, se puso a evocar sus años mozos y su destreza como bailarín de tangos, que según él reconocían y admiraban todos sus amigos. Dijo que las más difíciles y auténticas figuras coreográficas del dos por cuatro le eran familiares como el pan. Y para corroborarlo se incorporó e intentó realizar una serie de requiebros, taconeos y cortes, que con los sesenta y ocho o setenta años que ya tenía no le salieron por cierto lo exactos que él hubiera querido. Y por último, ésta que considero la más elocuente prueba de tan pueril conducta, que en nada desmedra su reconocida y justipreciada categoría poética: cuando se le otorgó el Gran Premio Nacional de Literatura, poco antes de su muerte, expresó frente a la cámara de un canal televisivo, en el tan oreve como inevitable reportaje de rigor: "*Lo primero que tengo que hacer es felicitar a los miembros del jurado. Ellos me dieron el premio porque yo lo merecía*".

Así era don Fernán. En él convivían, sin estorbarse mutuamente, un niño envanecido (y encanecido) y un original poeta nativista, que dio a ese género un impulso nuevo y lo engalanó a la vez con sorprendentes hallazgos metafóricos. Verbigracia: "*Que son como cristales que le han sobrado al cielo*".

Pero volviendo a la audición radial que motivó nuestra

entrevista primera, debo añadir que a su retorno del Brasil se mostró muy satisfecho con la actuación del suplente. "*¿Y cómo lo supo, don Fernán? —le pregunté—. Porque en Río no es fácil oír las radios uruguayas*". "*Pero tengo buenos "guardaespaldas" intelectuales que se encargaron de informarse apenas regresé*" — fue su inmediata respuesta.

A partir de aquella ocasión, y hasta la fecha de su muerte, doy fe de que seguimos siendo buenos compañeros, ya que no amigos en la real acepción de esa palabra, que siempre ha estado cargada para mí de un hondo sentido humano.

Yo lo incluí, como era justo e ineludible hacerlo, en los panoramas de la poesía y del cuento nativista que realicé por encargo de la Editorial Claridad de Buenos Aires. Y además le dediqué el espacio que a mi juicio su obra merecía, en sendos ciclos que desarrollé sobre ambos géneros, por intermedio de las emisoras del Sodre, en el transcurso de los años cincuenta, y que repetí más tarde en alguna otra radio montevideana, y también en el diario "*El País*".

Por su parte él, que también solía escribir en el referido diario, se ocupó allí de mis cuentos en más de una oportunidad, pese a que la crítica literaria no era género de su predilección, y que el tema de los artículos que publicaba era por lo general su propia obra.

Recuerdo que una vez el canal oficial de televisión, que estaba dirigido por Justino Zavala Carvalho, el hijo del escritor melense, me encargó un breve ciclo de tres charlas sobre el nativismo: la primera se referiría a Silva Valdés; la segunda a Ipuche; y en la tercera y última debería reunirlos a los dos para efectuarles un reportaje ante la cámara. Dejo constancia aquí de que nunca me ha gustado actuar en televisión. Pero por tratarse del Sodre, institución a la cual por razones musicales o afines - coreográficas o cineartísticas - he profesado siempre una honda simpatía, resolví aceptar dicha propuesta.

Demás estaría decir que aquel proyecto no pudo llevarse a cabo. Las dos primeras charlas del ciclo no ofrecían

ningún escollo. Pero la última sí, naturalmente. Muchos, y además insalvables. Sabido es que Silva Valdés e Ipuche, copartícipes de la iniciación del movimiento poético denominado nativismo, no estuvieron nunca muy bien avenidos, por cuestión de prioridades, claro está. Reunirlos frente a una cámara era cosa poco menos que imposible. Cada uno de ellos arguyó razones personales a ese respecto. Pero la más rotunda fue la expuesta por don Fernán. “*Que se realicen dos reportajes por separado* —me dijo—. *Y que el primero me lo hagan a mí, que fui el indiscutible creador del género*”. Como se comprenderá, ante tan conflictiva situación opté por renunciar a la tarea que me había asignado el canal cinco. Y tal vez fue mejor que así ocurriera, pues las resultancias del enfrentamiento entre ambos poetas hubieran resultado sin duda imprevisibles.

Hasta aquí mis recuerdos sobre el primero y los siguientes encuentros que tuve con Fernán Silva Valdés. Mi impresión personal acerca de él creo que surge con claridad. Y también con la mayor objetividad exigible a un ser humano, respecto de un asunto en el cual está implicado. Para terminar, reitero que en mi concepto fue una mezcla indisoluble y en ningún caso excluyente de envanecido niño y gran poeta.

CON PEDRO LEANDRO IPUCHE

Yo había traspuesto recién los veinte años y vivía aún en Vergara, el pequeño y silencioso pueblo treintaitresino donde transcurrieron mi infancia y parte de mi juventud. Promediaba una soporífera tarde de verano cuando entré a la cantina del club social, buscando a mis contrincantes habituales para alguna partida de truco o de billar. Pero sólo se encontraban allí el cantinero, don Regino Ledesma, y un desconocido que sorbía, a traguitos espaciados y lentos, la cerveza sin duda no muy fresca que aquél le había servido. Con la abulia y la falta de curiosidad que caracterizaron dicho período de mi vida, confieso que en primera instancia no reparé en su aspecto. Supuse que se trataría de algún viajante de comercio, ya que eran éstos los únicos forasteros que solían llegar al pueblo. Y ya iba a retirarme —frustrado el propósito que me condujera allí— cuando Ledesma, conocedor de mis juveniles veleidades literarias, me detuvo diciéndome: “*Vení que te voy a presentar al poeta Pedro Leandro Ipuche*”.

Ante aquellas imprevistas palabras me quedé estupefacto. No podía creer lo que oía ni lo que veían mis ojos. ¿De modo que aquel hombre de aspecto algo sonambúlico, de textura fuerte, de voz grave y profunda —que para mí tuvo desde entonces un no se qué de órgano vagamente asordinado—, de calvicie prematura y de mirar sereno y firme, era el autor de “*Alas Nuevas*” y “*Tierra Honda*”, libros que yo acababa de leer y que me habían producido una especie de deslumbramiento? ¿De modo que aquel poeta —el primero de verdad que veía físicamente— era quien compartía, con Fernán Silva Valdés, el gran mérito de haber creado el movimiento que se dió en llamar nativismo? ¿De modo que él era el que había escrito “*Los Carreros*”, poema que no obstante su extensión yo me sabía de memoria, y que a su pedido tuve el placer de demostrárselo esa tarde?

Estas y otras muchas preguntas se atropellaban en mi mente ante la inesperada revelación. Recordaba, asimismo, que pocos años antes el padre del poeta, don Juan B. Ipuche, había sido director de la banda de música del pueblo, de la cual yo era integrante. Y que nunca nos entendimos bien, puesto que él no me permitía tocar el clarinete en lugar del bombardino, que era el instrumento que se me asignara al fundarse aquel grupo musical.

Don Pedro Leandro, que por aquel tiempo frisaría en los cuarenta años, y estaba por lo tanto en la plena madurez de su talento, se dio cuenta al instante de mi arrobamiento y de mi turbación. Y sonriendo de una manera poco habitual en él me invitó a compartir aquella cerveza tibia, que tal vez por su temperatura y por mi falta de entrenamiento se me subió al "altillo" casi de inmediato. Ello contribuyó, por suerte, a acrecentar mi embeleso y a vencer la timidez que me inhibía. En el interin, don Regino había alcanzado al poeta un periodiquillo local, en cuya "página literaria" yo desfogaba mis prístinos arrebatos líricos. "¿Qué le parece lo que escribe este muchacho? —preguntó—. ¿Cree usted que vale algo?"

Ipuche leyó con más atención de la que yo suponía aquellos versos ingenuos, pletóricos de un romanticismo ya a la sazón perimido, y opinó, ahora con gran seriedad: "Como comienzo está bastante aceptable. Pero hay que trabajar mucho, mi amigo. Y no creo además que sea éste su camino. Hurgue en su alrededor, procure captar las esencias de su raza, de su tierra, y tal vez consiga escribir algo que importe"

Nunca olvidé sus palabras. Y en un futuro que nos unió de continuo, y en una forma entrañable y fraternal, se las recordé más de una vez. Y él, por toda respuesta, me instó a continuar hurgando en las raíces de nuestro pueblo y nuestro suelo nutricio.

Creo que aquella tarde de nuestro inicial encuentro llegó a emocionarlo —no por buena seguramente sino por sincera y fervorosa— la memorización que, repito, hice de su admi-

rable poema de "Alas Nuevas", "Los Carreros", que situó entre los mejores de cuantos nos legara su fecundo estro.

Yo no olvidé por cierto el consejo primero de don Pedro Leandro Ipuche. Como tampoco olvidé otros muchos que me diera después, con aquella generosidad y aquel desprendimiento espiritual de que sólo son capaces los hombres verdaderamente grandes.

Transcurrieron ocho o diez años a partir de aquella sofocante tarde vergarensa en que nos encontramos por primera vez. Con entera franqueza, diré que nunca supe el motivo que llevó a don Pedro Leandro hasta mi pueblo. Tal vez iba de paso. Tal vez cumplía un encargo de su padre. Eso a mí, y entonces, ¿qué podía interesarme? Lo que me importaba realmente era que lo había visto, que lo había escuchado, que hasta había llegado él a poner los ojos en uno de mis versos juveniles.

Transcurrieron ocho o diez años, repito, antes de que nos volviéramos a ver en Montevideo. El vivía en la Avenida Gonzalo Ramírez al 1633, salvo traición de mi entonces elefantiásica y ahora ya gastada memoria. Allí fui muchas veces a pedirle opinión y consejo sobre alguno de los trabajos literarios que proyectaba realizar. Su experiencia y versación en la materia hacían de él un mentor invaluable, que me orientó siempre bien, y a cuyo asesoramiento mucho debo. Algunas ocasiones lo visitaba simplemente para conversar un rato. O mejor dicho para oírlo hablar, revivir recuerdos juveniles de aquel Treinta y Tres erguido entre dos siglos, pródigo de íntimas vivencias que le mantenían siempre niña el alma y siempre pujante el brío creador.

Por aquellos años intentó don Pedro Leandro llevar a cabo una aventura que, para nuestro medio y en la época que estoy rememorando, resultaba por cierto bastante quijotesca. Y fue así como fundó la "Editorial Zapicán", que él mismo dirigiría. Huelga decir que la empresa tuvo efímera vida, limitándose a la aparición de su libro "Engarces" y al anuncio, como segundo título, de mi volumen de cuentos "Bur-

bujas", que no llegó a publicarse. Ipuche, poeta desde la médula —y nada más que poeta, porque también lo fue en su prosa—, no poseía ni la más mínima idea de cómo se manejaban las inevitables bases materiales de una editorial.

Mi amistad con el gran treintaytresino nunca tuvo eclipses. Y mucho menos mi admiración por su obra. La primera duró hasta su muerte. La segunda habrá de prolongarse hasta la mía. En su siguiente casa de Justicia 2247, y también en la que fuera la última —Mercedes 1613—, volvimos a encontrarnos y a reanudar nuestros coloquios a lo largo de los treinta o más años posteriores. Destaco aquí, por parecerme un tanto insólito, el sistema que usábamos ambos para intercambiar los libros que escribíamos. Personalmente íbamos siempre en busca uno del otro para entregarnoslos en mano propia. No por falta de confianza en el correo, claro está, sino porque de tal manera le adjudicábamos al hecho un sentido más amistoso, más íntimo, más fraternal. Aún me parece verlo llegar hasta la oficina donde yo trabajaba con su reciente obra en la mano. A él, que tanto significaba en la poesía de América, nada parecía importarle esa humilde actitud de principiante. Y así vinieron hasta mí "*La llave de la sombra*" ("*para que busque la luz*", me dijo al entregármelo con entera naturalidad, sin un ápice de suficiencia), y "*La espiga voluntaria*", y "*Alma en el aire*", y "*Diluciones*", y "*La Quebrada de los Cuervos*", y "*Fantasmas tenaces*", y otros varios de los libros que integran su rica bibliografía. Y así también llegaronle a él los míos, con el respeto no exento de temor con que un discípulo ofrece el fruto de su labor al maestro. Pláceme recordar además que en 1953, cuando Treinta y Tres celebró su centenario, su gran pueblo nos reunió a ambos —y a nuestras esposas— en un vibrante y cálido homenaje.

Durante los últimos ocho o diez años de su vida lo ví muy pocas veces. El roble —mejor dicho el ñandubay (tan nuestro era)—, comenzaba a acusar la lenta pero inexorable acción del tiempo. Y el golpe recibido con la muerte de

la esposa, que amaba entrañablemente, marcó sin duda el inicio de su fin. Se concentró en la intimidad del hogar, vacío y no obstante lleno de la ausente que lo dejó inconsolable. Y como yo ya también empezaba a retirarme de todo lo que significara actividad pública, nuestros encuentros fueron raleando cada vez más. En 1975, cuando se le otorgó el Gran Premio Nacional de Literatura, lo llamé por teléfono para felicitarlo. Y advertí que su voz no era la misma de antes. Y su ánimo tampoco. De aquella contagiosa fuerza vital que emanara potente de su espíritu nada quedaba ya. "*Nunca pensé que me dieran ese premio, compañero*", fue todo cuanto me dijo respecto a la distinción recibida. Pero su tono era incoloro, frío, indiferente. Como si le fuera ajeno el acontecimiento de que hablábamos. Seguramente estaría ya esperando "*que lo fueran a buscar*", según propias palabras suyas que reproduce su hija Rolina en el conmovedor libro biográfico "*Memorias para un retrato*".

Aquella espera dramática tuvo fin el 17 de febrero de 1976. Partió físicamente en tan infausto día. Pero su alma luminosa sigue alumbrándonos a todos los que tuvimos la dicha de tratarlo y conocerlo. Yo, por mi parte, continuó viéndolo como aquella remota tarde estival, cuando me dijo en mi lejano pueblo que rectificara el rumbo, y tratara de captar las esencias de la raza, cosa que desde entonces procuré realizar en lo posible.-

CON YAMANDU RODRIGUEZ

Corrían los primeros días de uno de los junios más fríos que recuerdo: el de 1932. Yo me encontraba en la oficina de la ciudad de Treinta y Tres donde trabajaba entonces, al promediar la tarde, cuando me llamó por teléfono mi amigo Juan Macedo (“Bocha”), para darme la tan grata como inesperada noticia. Acababa de llegar Yamandú Rodríguez en compañía del pianista Felisberto Hernández (entonces la actividad conocida de éste era la musical), junto al cual proyectaba realizar algunos actos si el ambiente les fuera propicio. Hospedábanse en el Hotel Oriental y no conocían absolutamente a nadie, por lo que urgía *“darles una manito”*. Y en Treinta y Tres, ciudad de la *“gauchada”* por excelencia, ese requisito no podía fallar. *“Tenemos que hacer algo por esa gente, que en lo económico ha de estar muy apremiada —concluyó diciendo Macedo—. Véngase sin falta hasta el hotel al salir de la oficina. Lo espero. Es una cita de honor”*.

Por supuesto que lo era. A las 18.30 en punto atravesé la plaza para acudir a ella. Ya me estaban esperando en el punto convenido Adémar Magallanes, Justino Rodríguez y Valentín Macedo, hermano de mi informante, que también se hallaba allí. Y minutos más tarde nos encontrábamos todos —Yamandú y Felisberto incluso— en torno a una mesa del bar del Club Progreso, lindero con el hotel. Con la humeante taza de café o el vaso de caña blanca por delante, según las preferencias, trazamos los planes para la campaña a emprender. Había que entrevistar al Intendente Municipal, al Director del Liceo —que lo era entonces Don Héctor O. Cutinella, excelente profesor y gran amigo— y al Presidente del club social donde estábamos reunidos, para organizar por lo menos tres recitales mediante la colaboración de esas instituciones. Grato me es recordar que salimos triunfantes

de la empresa. Los actos a que aspirábamos no solo se realizaron, sino que contaron con el apoyo de un público que desbordó los locales en que se llevaron a cabo. Yo, por mi parte, amplíé el radio de acción de nuestros visitantes telefoneando a mis amigos de Vergara, los que a su vez organizaron un espectáculo en el Club Uruguay de aquél mi viejo pueblo. El Intendente treintaitresino nos prestó uno de sus automóviles, y hacia allá nos dirigimos al atardecer del crudísimo 7 de junio de 1932. Guiaba el coche Angel Gorosito, funcionario municipal y hermano del médico poeta José Gorosito Tanco, quien por su parte nos aguardaba en Vergara. Y en él viajamos, además de nuestros visitantes, Valentín Macedo, Justino Rodríguez y quien estas memorias escribe. El auto era de aquellos con cortinas de celofán, y por las junturas de éstas se filtraba un aire glacial. De a ratos caía sobre el vehículo una especie de agua-nieve. Y en otros momentos repicaba en el techo del mismo la pedriza de fuertes granizadas. Sin embargo íbamos todos contentos y animosos. Aunque a esa alegría y a ese ánimo los estimulaban no solamente nuestros años mozos sino también, de justicia es destacarlo, los sendos tragos de pernambucana sorbidos por el pico de la botella común, que Gorosito administraba con una para nosotros excesiva, pero que ahora reconozco muy acertada prudencia. *“Los artistas tienen que cuidarse para no hacer papelones —repetía a cada instante—. Porque de lo contrario, ¿con qué cara va a quedar Serafín ante su pueblo?”*

Debido en buena parte a las sensatas precauciones de nuestro conductor, llegamos a destino todos lúcidos y el acto se realizó con un éxito mucho mayor que el esperado. Yo presenté a los visitantes, y a instancias de ellos leí un cuento mío recientemente publicado en la revista *“El Suplemento”* de Buenos Aires, de la que Yamandú era por entonces brillante colaborador. Allí había leído mi relato, y según me aseguró le había gustado mucho. Ignoro si en su aseveración primaban la sinceridad o el cumplimiento. Pero lo cierto es

que aquellas palabras y su insistencia me decidieron a alternar con ellos, lo que habría de valerme —siempre hay amigos que lo enteran a uno de esas cosas— la punzante crítica de algunos de mis compoblanos —creo que más bien algunas—, que censuraron mi audacia y mis imperdonables pretensiones. Pero retomando el hilo del asunto, diré que tras mi presentación y la lectura de la antedicha página propia, ejecutó Felisberto, en un modesto piano que no era precisamente de cola ni de concierto, la obra que constituía su “*caballito de escaramuzas apenas*”, como él mismo decía con personalísimo sentido del humor, y que lo era la Danza Ritual del Fuego de “*El Amor Brujo*”, amén de algunos pasajes de “*El Sombrero de Tres Picos*”, también de Falla, y del más popular de los “*Momentos Musicales*” de Schubert. Cerró el acto Yamandú recitando de memoria y en admirable forma varios fragmentos de su obra teatral “*El Matrero*” y su cuento “*Cae la tarde*”, que más que cuento es un poema en prosa constelado de coruscantes imágenes, donde tal vez mejor se pone de manifiesto su característico estilo literario.

Lo cierto es que a la madrugada, ateridos por fuera pero llameando por dentro, pues las anteriores precauciones de Gorosito ya no tenían vigencia, regresamos a Treinta y Tres. Entre canto y cuento —con el permiso de Don Antonio el Grande—, se nos pasaron casi sin darnos cuenta las dos horas del viaje de regreso. En lo que a mí respecta, volvía satisfecho además por haber salido bien de aquel riesgoso trance, y porque traía en el bolsillo un paco no muy abultado pero de mucho valor adquisitivo —los famosos “*pesos de antes*”—, que atenuaría las zozobras económicas de nuestros huéspedes.

Alrededor de una semana, en total, estuvieron con nosotros Yamandú y Felisberto. Y desde allí se fueron no solo con la billetera habitada sino también luciendo abrigadísimos sobretodos del mejor paño inglés, que les obsequiara para poder enfrentar aquel glacial invierno —¡y hechos so-

bre medida, además!— una sastrería regentada por Salvador Lacurcia, más tarde pionero de la radiotelefonía local. Destaco por insólito este hecho. Pero así era de “*gaucha*” la gente del Treinta y Tres de entonces.

A mí personalmente me dejaron ambos, conjuntamente con la promesa de una amistad que fue realmente efectiva, y que se prolongó hasta la muerte de ellos, dos gratísimos recuerdos que me llenaron y aún me siguen llenando de alegría: Felisberto, dos de aquellos minúsculos libros de bolsillo que publicaba por entonces en imprentas modestísimas —ambos ingeniosamente dedicados—, y que pese a los laberintos en que su agudo humor aprisionaba adrede a los lectores, permitían intuir ya al extraordinario escritor latente en él (los tomitos se titulaban “*La cara de Ana*” y “*Fulano de tal*”, y éste último lucía muy orondo su prólogo en el sitio del epílogo, al revés de toda obra que se precie de seria); en cuanto a Yamandú, me estampó en una colección de cuentos suyos que yo había recopilado y hecho encuadernar, estas palabras que nunca fueron publicadas y que ahora reproduzco aquí, no por halagar una vanidad personal que quienes me conocen saben que nunca tuve, sino porque siempre me parecieron muy hermosas y llenas de sincera emoción:

“*Hermanito:*

Usted es el sabiá del Parao. Canta por gracia del ceibo y de Dios. ¡No les afloje! Métase cada vez más alma y monte adentro. Cuide su espontaneidad. Vea que abundan los cazadores de pájaros y peligra que algunos pedantes quieran encerrarlo en sus jaulas de oro. Machurita (era éste mi apodo familiar): el talento existe a pesar de los críticos, como Dios existe a pesar de las religiones. Crea en usted. Yo siento su amanecer. Y cuando por ley llegue al mediodía caliente y borracho de gloria madura, no olvide que lo predijo conmovido

YAMANDU RODRIGUEZ”

Treinta y Tres, junio 8/1932.-”

Tales las palabras que a modo de despedida me dejó el autor de "1810", asegurándome con tono de profunda convicción que ellas encerraban una profecía infalible (Yamandú era muy supersticioso, como lo son casi todos los poetas), y que el tiempo habría de confirmarlas pronto.

Que no se había olvidado de aquel espontáneo vaticinio me lo demostraría una carta que me escribió cuatro años más tarde, cuando ya el inesperado empujón de "Tacuruses" me había traído casi en vilo hasta Montevideo, y en uno de cuyos párrafos me decía: "*¡Recuerda, hermanito, lo que le pronostiqué en Treinta y Tres? Yo tengo buen olfato literario y no me equivoco nunca*". Luego agregaba otro augurio que ignoro si llegará a cumplirse. Helo aquí: "*Tacuruses*" vino a quedarse, y para siempre, créame. Es bello y tiene carne bajo la piel curtida. Con el tiempo se convertirá en un clásico de la poesía gauchesca".

Desde aquella lejana época de nuestro primer encuentro, me ligó a Yamandú Rodríguez una amistad sana y limpia, que jamás empañaron envidias ni egoísmos de ninguna clase. Cada vez que él venía a Montevideo desde Buenos Aires, donde estaba radicado, nos encontrábamos en algún café para charlar largo y tendido. Me hacía partícipe de sus actividades, de sus proyectos de futuro, que casi nunca cumplía, y de sus peripecias económicas, siempre presentes en la desordenada existencia de aquel bohemio incurable. Y mientras yo sorbía alguna cañita él iba repitiendo sin descanso el "express", mientras sus dedos amarillentos por la nicotina aplastaban una tras otra las colillas de los cigarrillos rubios que fumaba de continuo, con insaciable avidez.

Recuerdo que por 1946, o 1947, colaboré gustosamente con él en una aventura radial, desde una emisora ubicada por aquella época en la calle Rondeau.

Desde el punto de vista literario ya no estábamos tan de acuerdo como antes. Creo que él no gustaba del estilo cada vez más descarnado y directo con que yo escribía mis cuentos. Y a mí tampoco me deslumbraba ya el rutilante

fulgor de sus metáforas. A sus poemas recargados de imágenes prefería sus relatos, sabiamente estructurados, y que aún sigo considerando lo mejor de todo cuanto produjo. Cabe recordar lo que respecto a sus dotes de narrador me decía Felisberto Hernández, su viejo compañero de peregrinaciones: "*Siendo tan diferente de Chejov, se le parece en algo fundamental, sin embargo: en que como el maestro ruso, es capaz de construir un cuento perfecto aunque no tenga nada para contar en él. Le bastan una impresión, un recuerdo, la sombra de un dolor o una tristeza. Todo lo demás proviene de su pericia narrativa*".

Indiscutible acierto revela esta observación de alguien que fuera a su turno, sin ningún lugar a dudas, uno de los más grandes escritores de América.

Hasta aquí mis recuerdos acerca de quien, por muchos años, apasionó a los públicos rioplatenses con su facundia inagotable y su imaginería reverberante, para morir después tan solo y olvidado en la sombría tristeza de una casa de orates.-

CON ROMILDO RISSO

Solamente dos veces tuve ocasión de conversar con él. Pero fiel al propósito que ha motivado este libro, procuraré rememorar el primero de tales encuentros. El mismo tuvo lugar en el viejo Café "Palace", aquel que con "orquesta de señoritas" y todo funcionaba en la planta baja del Salvo. Yo acababa de publicar "Tacuruses" y de radicarme, como consecuencia de ello y para siempre, aquí en Montevideo. Retribuyendo el mío, Romildo Risso habíame remitido su libro "Ñandubay", el mejor seguramente de cuantos escribiera. Y el portador del envío, mi amigo Enrique Ponte, fue quien concertó la entrevista. A propósito de Ponte, no resisto la tentación de señalar un hecho que acaso no haya tenido precedentes, y que demuestra con elocuencia su adhesión a mi obra. Antes de la aparición de la misma ya había aprendido de memoria todos sus poemas y los recitaba de continuo, por riguroso orden, en una de las principales radiodifusoras de la Capital. Cuando terminaba volvía a empezar otra vez. Así lo hizo, sin treguas, durante mucho tiempo, hasta su prematura muerte. Y creo de justicia agregar que en mi concepto decía muy bien los versos.

Pero volvamos a Risso. Cuando yo llegué al café con Ponte él ya estaba esperándonos. Lucía un saco de lustrina demasiado holgado, un ya bastante añoso sombrero, conformado y puesto a la típica manera de nuestros paisanos, y en lugar de corbata pañuelo de seda blanca, no muy bien anudado ciertamente. "Y de un costao al otro de la boca tranquiaba el pucho de tabaco negro", correspondería añadir, recordando a "El Viejo Pancho".

A fuer de sincero debo expresar que no fue muy grata la primera impresión que me produjo. Me pareció que quería "posar" de gaucho. Que su vestimenta y su modo de

fumar eran rebuscados. Y presumo que tampoco mi presencia le gustó mucho a él, pues me contempló con cierto aire socarrón. Y además, al hablarme, empleó un tono que juzgué vagamente desdeñoso. Resultó natural y explicable que ello ocurriera así. Físicamente, aquel era el encuentro de un maduro hombre de campo con un "cajetillita" de corriente aspecto ciudadano. Un mozalbete común cuya indumentaria no coincidía con los versos gauchescos que escribía.

Pero esa mutua impresión desfavorable se desvaneció en seguida que comenzamos a hablar. Por lo menos en lo que a mí respecta. Y creo que así ocurrió también en lo tocante a él. Romildo Risso era naturalmente así. Un criollo desubicado, ambientalmente hablando. Un hombre nacido para vivir en el campo, y al que las circunstancias mantuvieron envuelto en la balumba urbana. Tenía todas las condiciones temperamentales y anímicas para haber sido uno más de aquellos carreros tranquilos y filosóficamente imperturbables que de tan magistral forma retrató en sus versos. Hoy lo comprendo con mayor claridad que cuando lo conocí. No hay que olvidar que la diferencia de edad entre nosotros era de alrededor de veinticinco años, además, y que esa circunstancia de carácter temporal contribuía a agudizar algunas diferencias. Sin olvidar, claro está, las de tipo idiosincrásico. Yo entonces, muy joven todavía, acusaba el impacto deslumbrante que en mi espíritu había producido la ciudad. Y si bien quería pregonar, a grito desnudo y alto, mi lacerante verdad sobre el campo, aquella que me adoloraba hasta la misma raíz de la conciencia, aspiraba asimismo a internarme en el mundo fascinante de la literatura universal, que siempre y tanto habíame apasionado. Y leía ávidamente a poetas y narradores de las tendencias estéticas más disímiles, así a Dario como a Faulkner, a Vallejo como a Joyce, a Whitman como a Kafka. Necesitaba aprender, cultivarme intelectualmente, enriquecer mi espíritu. Sin que ello significara olvido ni

subestimación de quienes había considerado siempre como mis maestros: Acevedo Díaz, Hernández, Viana o Güiraldes. En cambio Risso era un hombre en plena sazón vital, que había delimitado con claridad su mundo humano y literario, al que por ningún otro habría de cambiar. Bastábale con sus árboles criollos, con sus ímpertérritos carros, imbuidos de un ancestral fatalismo conformista. Podría calificársele como un integrante más de sus paisajes nativos, con los cuales parecía haberlo consustanciado el hondo y poderoso “elán” de la raza, cuya intimidad tan bien escudriñó.

“Creo que usted se equivoca al pretender convertir al gaucho en un revolucionario”, me dijo en tono de reproche, palabras más o menos, al comentar los poemas de “*Tacuruses*”. Y añadió tras dos o tres chupadas lentas al renegrido pucho y de otros tantos guiños para defenderse del humo: “*Pero eso no impide que sus versos me hayan gustado mucho. A mi modesto modo de entender estas cosas, son huesos un poco duros de roer, pero tienen bastante caracú*”.

Yo me empeñé en demostrarle que su enfoque no era exacto. Que quien protestaba por la injusticia social imperante en nuestro campo era yo, y no mis personajes. Y que si había puesto en boca de ellos la protesta era para así dotarla de una mayor fuerza. Y además, porque pretendía que tomaran conciencia de su situación dentro de la colectividad campesina. “*No olvide por otra parte, don Romildo —agregué— que ellos no son los gauchos tradicionales de Regules ni de Trelles, sino paisanos de este tiempo, afectados por los problemas humanos y económicos de hoy*” (los proletarios rurales que diría poco después Zum Felde).

Pareció darse por satisfecho con mi explicación y continuamos conversando acerca de la poesía nativa y sus cultores. Manifestó cierta ojeriza hacia “*El Viejo Pancho*”. No porque sus versos no le parecieran bien escritos y fieles

al lenguaje gauchesco, sino por el invariable tono quejumbroso que los caracterizaba. “*Es muy llorón —acotó con un acento despectivo—. Y nuestros criollos auténticos no lo fueron nunca*”. Yo no compartía el concepto. Para mí Trelles fue un poeta proclive al tema sentimental, nostálgico —“*saudoso*” sería tal vez la definición más justa—, pero nunca del tipo lacrimógeno en que lo situaba Risso.

Tampoco hacía buenas migas con el nativismo de Fernán Silva Valdés. Lo consideraba artificioso, afectado, y no exento de cierta pedantería intelectual. (Posteriormente, en uno de sus libros en prosa, exteriorizó el autor de “*Nandubay*” sus discrepancias con el de “*Intemperie*”). Pero creo que tampoco aquí tenía razón, y que además fue satírico en exceso.

Entre sus preferidos sobresalía netamente José Hernández. Pero tuvo también frases de encomio (aunque no era muy pródigo en ellas) para Acevedo Díaz, Lussich, Benito Lynch y Reyles.

Cabe agregar que en el balance general de sus juicios triunfaron ampliamente los negativos. El tenía su imagen propia del gaucho —varonil, fuerte, enteriza, sin fisuras morales de ninguna especie—, y quien de otra manera lo veía no lograba obtener su aprobación. Tal vez fueron esa fortaleza y esa virilidad en mis personajes —pese a otras facetas para él adversas—, las que decidieron en última instancia su simpatía hacia “*Tacuruses*”.

Charlamos alrededor de dos horas ese día. Y cuando nos separamos, me extendió con franqueza la mano mientras me decía: “*Cuente con un amigo a la antigua, sin dobleces. Y si en algo le puedo servir cuando vaya a Buenos Aires, o a Rosario, búsqume con confianza. Yo reparto mi vida entre esas dos ciudades.*”

La siguiente vez que lo ví fue en la redacción de “*Mundo Uruguayo*”. Yo estaba con Don Orestes Baroffio y Julio Suárez (Director y Secretario de la revista, respectivamente), cuando él llegó, portando un ejemplar de su libro

“*Hombres*” para el primero de los nombrados. Corría el mes de marzo de 1939. Aunque hacía alrededor de tres años que nos habíamos visto por primera vez, nos reconocimos en seguida. Yo había publicado hacía muy poco tiempo mi libro de romances “*Tierra Amarga*”, y aunque no se lo envié, por suponer que no le interesaría, llegó a sus manos ignoro por qué medio. Supongo que lo habría comprado, pues ya estaba radicado en Montevideo cuando la obra apareció.

Contrariamente a mis presunciones, ésta habíale impresionado favorablemente, según me lo manifestó con su habitual sinceridad. “*Me gusta porque gran parte de los poemas se refieren a la mujer pobre del campo —dijo—. Y comparto su propósito de querer reivindicarla. Nadie lo necesita tanto como ella. Lo único que le reprocho es que no haya seguido utilizando el lenguaje gauchesco. Creo que hubiera resultado mucho más eficaz*”.

De lo dicho se desprende que Risso había modificado su modo de pensar a mi respecto, durante los tres años transcurridos desde nuestra entrevista primigenia. Lo que no había sufrido cambios era su cazurro aire paisano y su vestimenta, tan en armonía con él. Recuerdo que mi amigo Suárez (“*Peloduro*”) pensó también, al igual que yo en aquella oportunidad anterior, que su apariencia gauchesca era teatral, rebuscada, cosa que le resultó chocante. Sé que más tarde, y al tratarlo y conocerlo mejor, rectificó esa impresión, como lo hiciera yo a mi turno.

A Risso no volví a verlo pero continué leyéndolo. Y a medida que fue pasando el tiempo consideré cada vez mayor la importancia de su obra. Comprendí que el estilo carecía de importancia para él. Que aquella forma desmañada, con frecuencia un tanto ramplona de escribir, como asimismo los excesos en la deformación del lenguaje, habían sido siempre en su poesía cosa a la que restó toda importancia. Pero que el contenido de ésta era genuinamente sustancial, y que reflejaba fielmente y en profundidad el modo de

sentir y de ser de nuestro criollo.

Sabía a menudo de él por nuestro común amigo Don Lido Arroyo Torres, el “*cuarteador*” de “*Tacuruses*”, que tanto me alentó y ayudó en mis comienzos literarios. El me enteraba de las actividades de Risso, que en los últimos años de su vida desempeñó importantes cargos administrativos y diplomáticos. Y también me tuvo al tanto del proceso de la cruel enfermedad que terminó con él. “*Nunca ví un hombre tan guapo y de tanta entereza como ése —me dijo cierta vez Arroyo Torres—. Ni el mismísimo Zenón lo hubiera superado en estoicismo*”.

Y así sería sin duda. Pienso que cuando murió, el 29 de marzo de 1946, todos los árboles autóctonos le habrán susurrado al viento una oración por su alma. Y todos los carreros habrán puesto el pañuelo a media asta en sus picanas gauchas de tacuara.-

CON JUAN JOSE MOROSOLI

Fue allá por el mes de octubre de 1936. Hacía aún muy poco tiempo que yo residía en Montevideo, y recién comenzaba a tomar contacto con los escritores y los círculos literarios de la Capital, a los cuales me iba aproximando con el explicable deseo de conocerlos y analizarlos de cerca, pero inhibido por el natural recelo y la desconfianza de todo pueblerino no adaptado todavía a la vida y las costumbres de una ciudad grande. Recuerdo muy bien que sufrí al principio de esa integración numerosas decepciones. Hombres a quienes admiraba por sus libros desde mi entonces lejano Treinta y Tres y mi aún más lejano Vergara, se me empeñecieron sensiblemente en el trato personal. Los noté ególatras, pagados de sí mismos, y lo que es peor aún, irónicos y hasta envidiosos frente a la obra de algunos de sus colegas. Pero poco a poco fui encontrando también a los nobles, a los generosos y sanos de espíritu, que de buena fe procuraron orientarme en aquel nuevo ambiente intelectual del que por razones obvias tendría que formar parte.

Con más incertidumbre que esperanzas iba transcurriendo, pues, aquella etapa inicial de mi monteviduanización literaria, cuando cierta mañana del mes antes aludido llegaron hasta mi casita de Nicaragua y Cufre Roberto Ibáñez y Jesús Bentancourt Díaz, a invitarme para que me hiciera socio de A.I.A.P.E. (quienes hayan atravesado la barrera del medio siglo la recordarán sin duda), que era tal vez la más activa y emprendedora de las agrupaciones intelectuales de la época. Aunque no sin ciertas vacilaciones que ellos hábilmente me indujeron a superar, acepté la invitación, prometiendo asimismo concurrir a una reunión nocturna que se realizaría en el Ateneo de Montevideo, donde por entonces funcionaba la referida institución.

Allí tuve ocasión de conocer entre otros a Julio J. Casal, a Juvenal Ortiz Saralegui, a Santiago Dossetti y a Juan José Morosoli, dos yuntas inseparables y como yo invitadas a participar del acto. Pero la curiosa e inesperada manera en que trabé relación con el gran escritor minuano que motiva la presente nota fue una de las principales causas que me impulsaron a escribirla. Por eso, concluido el largo preámbulo, me aboco de inmediato a relatarla. Entre los concurrentes a la reunión se encontraba el conocido actor teatral y recitador Ramón Otero, que años más tarde fuera figura destacada en el elenco de nuestra Comedia Nacional. Otero, que por entonces recitaba frecuentemente mis versos en una conocida difusora radial montevideana, me había solicitado algunos días antes una copia de mi cuento "Contrabandistas" —futuro integrante del libro "*Burbujas*"—, con el fin de hacerlo conocer en uno de sus programas de lecturas literarias, que trasmitía alternadamente con los de recitados poéticos.

Al finalizar el acto, en el cual A.I.A.P.E. presentaba a una docena de nuevos socios, nos alineamos todos en torno a la larga mesa donde se sirvió un vino de honor con el que se daba la bienvenida a los mismos. Y fue entonces cuando Otero, que había llevado consigo a propósito la copia del referido cuento, pidió que le concedieran diez minutos de atención para leerlo, pues le había producido una profunda impresión y quería someterlo a juicio de los presentes, escritores en su mayoría. Obtenida la anuencia comenzó la lectura con aquella voz espléndida que quienes le conocieron recordarán seguramente. El cuento, donde el protagonista cumple un heroico acto de abnegación y sacrificio, narrado con cierto énfasis y en un tono apasionado, tal vez ganó en interés al amparo de su excelente intérprete. Y cuando finalizó se hizo en el auditorio un silencio profundo, que interrumpió de inmediato Morosoli con estas textuales palabras gritadas más que dichas: "*¡Flor de cuento! ¡Hay que aplaudirlo!*". Creo que no hubo nadie que no respondiera a tan

espontánea y vibrante exhortación con un brioso golpeteo de manos. En seguida el flamante autor de *“Los Albañiles de los Tapes”* se aproximó al lugar donde yo estaba sentado, y palmeándome con la ruda franqueza que lo caracterizaba me dijo, ya tuteándome, en otro gesto propio de su manera de ser, tan expresiva y abierta, que no se detenía jamás en fórmulas convencionales: *“Ché Serafín, seguí por ese camino que vas macanudo, hermano”*. Lo abracé conmovido, y a partir de ese momento, y hasta el día de su muerte, fuimos amigos desde la misma raíz de nuestras vidas. Ya antes de aquel primer encuentro personal, tan insólito, él se había encargado de darme uno de los más inmediatos y decisivos espaldarazos con motivo de la aparición de *“Tacurusés”*, libro que comentó en la prensa minuana y capitalina con su original e inconfundible estilo.

Destaco aquí un hecho curioso. Nunca intercambiamos una sola carta. Me consta que a él le gustaba comunicarse por ese medio con sus amistades. Y reconozco que yo también siempre he sido propenso a hacerlo. Pero repito que con Morosoli no nos escribimos ni siquiera una pequeña es- que- la. Aunque cada vez que el gran narrador venía a Montevideo destinaba alguna parte de su tiempo para encontrarse conmigo. Cuando existía la Editorial Independencia, de la que era uno de los propietarios su hermano Alfredo, solíamos reunirnos en ella y sostener prolongadas entrevistas, que su reconocida amenidad y su agudo y travieso humor se encargaban de animar, tornándolas siempre para mí gr- atí- simas. A veces participaba también de esas charlas Paco Espínola, de quien suele decirse, y creo firmemente que con mucha razón, que su más jugosa y rica veta de narrador era la oral, sin menoscabo por supuesto de la gran categoría literaria de sus relatos escritos. Cuantos hayan compartido alguna vez las ruedas de amigos en que él participaba, podrán dar fe sin duda de la justicia de ese aserto. Porque sus agudezas constantes y su inagotable ingenio, apuntalados por aquella voz de tan peculiares inflexiones y de timbre

tan *“sui generis”*, por la sabia manera de decir y de pausar, y por la morosa y frutiva manera de armar los desparejos cigarr- os que de continuo fumaba, hacían de cada cuento o ané- dota del josefino una pequeña pero magistral obra de arte elocutiva. Nunca podré olvidar la espontánea y contagiosa risa con que celebraba Morosoli las ocurrencias de Paco —de quien era íntimo amigo—, risas a las que todos los demás oyentes acabábamos por hacer estrepitoso coro, interrumpiendo el relato a cada instante.

A propósito de la entrañable amistad que unió a estos dos grandes de nuestra narrativa, recordaré de paso una curiosa anécdota que me contó cierta vez en Minas el propio Morosoli, y que demuestra claramente el elevado concepto que tenía Espínola de la obra de su compañero. Sabido es que el autor de *“Raza Ciega”* nunca fue muy proclive a prologar libros ajenos. Sin embargo, y pese a ello, manifestó espontáneamente cierta vez a Juan José que quería escribir un juicio sobre él, para que lo utilizara como prefacio de su próximo libro. El minuano, que conociendo su manera de pensar al respecto no había ni siquiera imaginado nunca semejante decisión, aceptó complacido la propuesta. Pero Paco le dijo entonces que antes de abocarse a esa tarea era menester conocerlo más a fondo, hurgar en su manera de ser y de vivir cotidiana. Como respuesta, Morosoli lo invitó a pasar una temporada en su casa. Aceptó complacido Espínola, y durante dos o tres semanas convivieron en Minas. Como era verano, se levantaban a matear con el alba. Luego iba a la barraca de Juan José, donde Paco veía a su amigo descargar bolsas de portland o cargar listones en algún camión, como cualquier obrero. Por la noche conversaban largo acerca de la forma de escribir del minuano, cuyas obras leía y releía diariamente el huésped. Y cada mañana Espínola repetía: *“Todavía no tengo ni siquiera una idea de lo que voy a escribir. Pero el prólogo saldrá”*. Al regresar a Montevideo, no había escrito una palabra. Pasó un mes. Pasaron dos. Y el prologuista espontáneo no daba señales

de vida. Hasta que finalmente le llegó a Morosoli el juicio prometido. En él no se decía absolutamente nada de su “*manera cotidiana de ser y de vivir*”. “*Sin embargo —me dijo el autor de “Hombres” (y creo recordar textualmente sus palabras)— nadie había escrito nunca sobre mí nada así, donde yo me sintiera retratado hasta los caracuses*”.

Creo que esta anécdota sirve para reflejar fielmente la manera de ser de dos de los mejores cuentistas uruguayos. Y por eso la traje a colación, aunque mi propósito sólo hubiera sido evocar el inicial encuentro que tuve con uno de ellos.

CON VICTOR PEREZ PETIT

Su nombre me era familiar desde mis veinte años, tan distantes ya, cuando yo vivía aún en Vergara. Hasta allá solían llegar noticias de las actividades literarias y periodísticas de aquel hombre, escritor y crítico (de gran reputación en este último género), autor teatral, profesor prestigioso, un verdadero polígrafo, en resumen, que además de sus otras muchas actividades intelectuales había sido co-fundador de la Revista Nacional y director de “*El Tiempo*”, y que también había mantenido una íntima amistad con su ilustre contemporáneo José Enrique Rodó, de quien fuera compañero en múltiples empresas vinculadas a nuestra cultura.

De todo eso estaba enterado yo. Por eso leí con tanto interés su novela de ambiente campero “*Entre los pastos*”, apenas llegó a mis manos. Y por eso también, durante las mateadas nocturnas en “*La Totorá*” (aquel inolvidable rancho evocado en “*Tacuruses*”, donde “*aprendí a creer en el hombre*”), escuché con total atención las anécdotas suyas que me contaba Francisco Zito (“*Chichila*”), uno de mis amigos de entonces que fuera su discípulo cuando estudiaba en Montevideo.

Muy lejos por cierto estaba de imaginar, en aquella etapa juvenil de mi vida, que un día lejano aún habría de conocer a ese hombre, y que un prólogo suyo acompañaría todas las ediciones de “*Tacuruses*”, a partir de la quinta inclusive.

Recuerdo con entera claridad la época, la ocasión y el lugar en que ocurrió mi primer contacto personal con el Dr. Víctor Pérez Petit. Fue en “*La Bolsa de los Libros*”, la vieja librería y editorial de don Claudio García, un sitio que bien puede considerarse histórico en el Uruguay desde el punto de vista de la cultura nacional. Yo acababa de publi-

car allí mi libro de cuentos “*Barro y Sol*”, en la memorable “*Biblioteca Rodó*”, obra a la que seguiría la segunda edición de “*Burbujas*”. Y como finalizaba el mes de diciembre, había ido a saludar a don Claudio y a mi ya querido amigo Andrés Castellano, su brazo derecho, para expresarlo en términos comunes. Además, aspiraba a que mi gruñón editor me adelantara algunos pesitos (de aquellos que valían más que un dólar), para ayudarme a solventar mis siempre modestísimos gastos correspondientes a las fiestas tradicionales. (Me parece verlo llevar la mano al bolsillo derecho del pantalón, sacar el fajo de billetes que siempre guardaba allí, y con un gesto como de quien está padeciendo sin anestesia una extracción dental, extenderme algunos de ellos, luego de hecho lo cual recobraba la tranquilidad y me invitaba a tomar un cafecito en el bar de la esquina).

Pérez Petit, que mantenía una amistad de antigua data con don Claudio, llegó a la librería con iguales propósitos que yo. Y Castellano hizo la presentación de rigor, porque su primeramente patrón y luego socio no acostumbraba a practicar esa costumbre social. Conversamos durante un largo rato. Le conté cómo su nombre y sus obras habían llegado varios lustros atrás a mi distante pueblo treintay-tresino y se mostró sorprendido. “*Nunca me imaginé que se me conociera por aquellos lugares —dijo—. Y mucho menos que se me leyera. Pensaba que mis obras no iban más allá de San José o Canelones. Y eso mismo en muy reducida escala*”. Se advertía que sus palabras eran sinceras, sin esa convencional envoltura de modestia que generalmente usamos todos los mortales en circunstancias análogas. Por otra parte, sus conocimientos geográficos y humanos del interior del país eran casi nulos. Apenas si sobrepasaban los aledaños de Montevideo, ciudad a la que permanecía sujeto de continuo por sus numerosas actividades. Me atreví a preguntarle entonces por qué solía escribir obras de ambiente criollista, y me respondió que le apasionaban los temas campesinos, y que sus escritores predilectos en América eran los

que cultivaban ese género de literatura, pero que toda su información acerca del campo y sus hombres era de origen libresco, y que en ningún caso procedía de experiencias personalmente vividas.

Mientras lo escuchaba hablar, yo intentaba vanamente rehacer la imagen que de él me había trazado en el aspecto físico. Porque esa imagen que representaba a un hombre alto, de voz enérgica y ademán resuelto, habíase esfumado por completo ante la presencia real de aquel hombrecillo de pequeña estatura, grandes ojos tranquilos y acento grave pero un tanto mortecino, que hablaba con lentitud, como midiendo o sopesando el sentido de cada una de sus palabras. Oyéndolo, recordé algo que me dijera allá en Vergara, con el graficismo y la forma pintoresca de expresarse que lo caracterizaban, aquel mi amigo “*Chichila*” ya aludido: “*Lo que él enseña no se olvida nunca. Porque aunque habla despacio y en voz muy baja, sus palabras se meten en la cabeza como martillazos*”.

Hacia unos meses que Pérez Petit había publicado en la Revista Nacional, dirigida por don Raúl Montero Bustamante, un extenso artículo titulado “*Tres poetas gauchescos*” (Guillermo Cuadri, Serafín J. García y Romildo Risso), el cual serviría de base, poco tiempo después de nuestro encuentro, al prólogo permanente de “*Tacuruses*” a que ya me referí. Le agradecí los conceptos, excesivamente elogiosos sin duda, que vertiera acerca de mi obra en dicho artículo. Luego derivó la conversación hacia un proyecto mío que pensaba llevar a cabo en el siguiente año. Se trataba de una nueva edición de “*Tacuruses*” a la que daría el carácter de definitiva, agregándole cinco poemas nuevos, retirando de ella el prólogo aclaratorio, pretensioso y un poco beligerante (de mi propia autoría), que acompañara al libro desde su aparición, y que ya consideraba innecesario, y sustituyendo por otro aún no determinado el también inicial de Ledo Arroyo Torres. También comprendía el proyecto la incorporación de un Ex-Libris a cargo de Gisleno Aguirre.

Pérez Petit me preguntó entonces si había pensado ya en el nuevo prologuista. Y antes de que yo le sugiriera la idea de que lo fuera él (lo cual estaba dentro de mi plan desde antes de conocerlo), se adelantó a tal propósito diciéndome: *"Si no tiene otro candidato mejor, cuente conmigo. Puedo adaptar al efecto el artículo de la Revista Nacional de que acabamos de hablar. ¿No le parece?"* Por supuesto que acepté complacidísimo. Y así quedó acordada la inclusión de su estudio como prefacio del libro, al cual se habría de mantener unido desde entonces.

Señalo como dato ilustrativo de una particularidad suya (a la que fuera rigurosamente fiel durante toda su vida de escritor, según me aseguró), que cuando se estaba imprimiendo la obra hubo que enviarle cuatro veces las pruebas del prólogo para que las corrigiera: dos en la etapa de las galeas y otras dos en la de páginas. Como la edición se hizo en Buenos Aires, la impresora protestó por ese exceso que consideraba abusivo. Y como es natural, dio también muestras de desagrado el editor. Pero yo me mantuve inflexible. Y don Víctor pudo corregir las pruebas de conformidad con sus normas habituales. *"Salió todo perfecto. No falta ni una coma —me dijo satisfecho cuando el libro vio la luz—. Así es como tendría que ser siempre"*.

El prólogo nuevo fue muy bien recibido en general. Aunque por supuesto no faltó algún crítico —¡ah, los colegas!— que se escandalizara por algunos de los conceptos emitidos en él, a su entender hiperbólicos. ¿Cómo era posible comparar los improperios del criollo de "Hombrada" con los del mismísimo "Rey Lear"? ¿Cómo se iba a codear nada menos que con Shakeaspeare un mozalbete uruguayo autor de versos gauchescos? Tal vez tuviera razón aquel comentarista. Pero lo cierto es que el Dr. Pérez Petit, con su indiscutible prestigio literario, ayudó de verdad a "Tacuruses" a ensanchar y afirmar su itinerario. Así lo entiendo yo al menos. Y así quiero hacerlo constar aquí, en esta agradecida evocación de un hombre que fue conmigo generoso en extremo.

CON JULIO E. SUAREZ ("PELODURO")

Entre todos los hombres que incluyo en este libro, fue de los pocos que no tuvieron a las letras, sino a la plástica, como forma específica de comunicación, aunque justo es señalar que también solía expresarse escribiendo, y que lo hacía muy bien, habiendo dejado páginas memorables en el periodismo humorístico de nuestro país.

Suárez cuenta entre los mejores amigos que he tenido en mi vida. Nos conocimos en los comienzos de 1936, cuando yo acababa recién de radicarme en Montevideo. El era en aquellos tiempos Secretario de Redacción de "*Mundo Uruguayo*", y a la vez publicaba en "*El País*" las tiras cómicas de su ya popular y más tarde famoso "*Peloduro*", del cual él mismo recibió el apodo que acabó por desplazar su propio nombre de pila.

Nuestro primer encuentro —motivo principal de esta nota— tuvo lugar en la redacción de la antedicha revista, a la que estuve vinculado como colaborador permanente durante treinta años a partir de entonces, y hasta su desaparición definitiva. Su director, don Orestes Baroffio, me había solicitado un cuento para el semanario y fui una tarde a llevárselo. Como quiso la casualidad que Baroffio se hubiera tenido que ausentar antes de mi llegada, fue Suárez quien me atendió. Y lo hizo como si me conociera desde siempre, con aquella cordialidad y aquella simpatía que le eran características. Cuando yo supe de quién se trataba —me lo dijo Carlos María Perelló que era el diagramador de la revista, y se encontraba presente—, no pude contenerme y lo estreché en fuerte abrazo. Porque aquel descubrimiento me produjo una alegría muy grande. El destino acababa de colocarme, de un modo inesperado, ante la presencia física de quien ya era desde algunos años antes mi amigo a la distancia. Un amigo espiritual al que de-

bía gratísimos momentos, y en el que veía insinuarse a uno de los mayores humoristas nacionales (para mí el preferido), a través de las historietas leídas diariamente en Treinta y Tres.

Entre "Peloduro" y yo hubo aquella lejana tarde no un encuentro accidental, sino el comienzo de una intercomunicación humana que habría de prolongarse hasta su muerte, y de continuar viviendo intacta en mi recuerdo. Yo no soy determinista ni creo en predestinaciones de ninguna clase. Sin embargo, pensé entonces que aquel encuentro "tenía" que suceder. Y a lo largo de los años subsiguientes, cuando mi amistad con Suárez se fue tornando en un hondo sentimiento fraternal, tal pensamiento se hizo raigal convicción.

Aquel muchachón alto y un tanto desgarbado, que por sus rasgos faciales estaba seguramente más cerca de Picio que de Adonis (el "Mono" Suárez se le llamó también, y él mismo solía autodenominarse así), aquel salteño ya montevideanizado, pero desbordante de un sentido de pueblo y de un amor a los humildes que constituyen el sostén medular de toda su labor artística, había venido al mundo para ser —entre otras cosas mucho más importantes— uno de los amigos que mejor me revelaron y clarificaron el noble sentido de esa palabra. Y también yo había traído a la tierra igual destino ante él, entre las demás misiones que la vida me había señalado.

Me contó aquella tarde cómo había concebido a sus muñecos, entre los cuales, como después fue notorio, prefirió siempre al "Pulga". Según sus palabras, que recuerdo con total claridad, "Peloduro", en su carácter de jugador de campito donde ya se insinuaba el futuro "crack" de fútbol, siendo en apariencia el principal personaje de la historieta, no lo era en realidad. Constituía, sí, una especie de anzuelo para atrapar el interés de los lectores. Pero quien vertebraba de arriba hasta abajo el tema, quien le servía de horcón —para expresarlo en términos campesinos— era aquel gordo de la boina y la infaltable bufanda, "reo" como el que más, in-

genioso y "cachador" como buen hijo del arrabal montevideano, "hincha" por antonomasia, pero por sobre todas esas cosas amigo consecuente y fiel, noble, solidario y generoso, cabal representante, en fin, del pueblo, de donde procedía, y al que tan bien representaba hasta en su propio oficio de "canillita".

Con tal graficismo y tal exactitud me "dibujó" oralmente Suárez su historieta, los propósitos esencialmente humanos que la habían inspirado, la orientación y el sentido de la misma, que ya desde aquella vez primera que nos vimos presentí al excelente periodista que más adelante habría de manifestarse en él, y que unido al dibujante complementaría una de las personalidades más singulares y atractivas dentro del humorismo plástico, oral y escrito de nuestro Uruguay.

"Yo vengo de la clase media —me dijo entre otras muchas cosas interesantes que resultaría demasiado largo reproducir aquí—. Pero quiero a la gente de abajo, al verdadero pueblo, como si hubiera nacido en un rancho de suburbio. La quiero y sufro como en carne propia las injusticias y las subestimaciones que la aquejan. Creo que en eso nos asemejamos, puesto que usted en "Tacuruses" demuestra idéntica posición humana ante los pobres del campo".

A partir de aquel día de 1936 continué viéndome con Suárez muy frecuentemente, pues me hice colaborador al firme de la revista. Al cabo de un mes o dos ya nos tutéabamos, cosa que entonces requería cierto tiempo de trato, lo que no ocurre ahora en que el tuteo surge a primera vista. A mí, personalmente, siempre me ha costado mucho utilizarlo, y sólo lo he practicado y lo sigo practicando con mis amigos más íntimos. Y aquí el recuerdo de un mal chiste que le hice una vez a Julio, sin sospechar siquiera las consecuencias derivadas del mismo. Además de la historieta del diario "El País", él publicaba otra para niños en "Mundo Uruguayo". Se llamaba "Cocona", como la protagonista, siendo éste también el apodo familiar de la pequeña —y única— hija del dibujante. Un día, mientras tomábamos café

en la redacción de la revista, Suárez me preguntó si los caranchos podían levantar en sus garras un corderito y llevárselo hasta el nido, cosa que evidenciaba su total desconocimiento de las cosas del campo. Yo, que estaba muy lejos de imaginar el motivo de la pregunta, le dije que sí, que eso era posible cuando el carancho era joven y el corderito muy pequeño o muy flaco. Y cuál sería mi estupefacción cuando a la semana siguiente, al ojear *"Mundo Uruguayo"* y detenerme en la historieta *"Cocona"*, ví a un gigantesco carancho que había alzado en vilo y elevaba por el espacio a un minúsculo cordero. Por supuesto que mi inocente travesura le valió a Julio muchas chanzas de sus amigos entendidos en el asunto. *"Esto no te lo perdonaré nunca, Serafo"* (así solía llamarme él) —me dijo en tono de reproche cuando volvimos a vernos. Pero estoy seguro que a los quince días ya ni se acordaba del caso, porque era uno de esos seres bonachones y sin rencores que nosotros en campaña llamamos *"un alma'e Dios"*.

Cuando se empezó a publicar la revista *"Peloduro"* en su primera época (creo que fue en 1943), Suárez me invitó a colaborar en ella. Yo nunca había escrito nada con pretensiones humorísticas. Sólo había practicado ese género oralmente, en las ruedas de amigos. Pero en tales ocasiones él tal vez haya creído advertir en mí alguna veta positiva. Y cuando yo me mostré perplejo y dubitativo ante la invitación, logró vencer mis vacilaciones diciéndome que intentara probar suerte con los relatos de campo y de pueblo que en repetidas oportunidades me oyera, pues a su entender tenían sabor y gracia. Y así nacieron los *"Cuentitos Fogoneiros"*, llevados más tarde al libro con carátula suya, como otras dos obras mías anteriores. Cuando la cantera se empezó a agotar, se me ocurrieron *"Los Partes de Don Menchaca"*, basados en algunos auténticos —y sabrosísimos— que había leído en los viejos archivos de la Jefatura de Treinta y Tres. Ese material resultó mucho más exitoso que el anterior. Y cuando años después lo reuní también en un volumen,

éste se convirtió en *"best-seller"* nacional, por decirlo de algún modo, pues nunca me ha gustado esa palabra.

Volviendo a la revista de Suárez, diré que me mantuve vinculado a ella a lo largo de sus varios períodos de aparición. Desde el inicial que acabo de recordar hasta el último, el *"pituco"* que apuntalara económicamente un conocido industrial. Más o menos veinte años en conjunto, con varias interrupciones. Para mí, el haber integrado el *"cuerpo humano de redacción"* de aquel máximo representante de nuestra prensa reidera —¡pero qué sería en el fondo!—, fue y continúa siendo un orgullo, tal vez el más legítimo timbre de honor que me ha deparado mi paraliteraria actividad periodística. Allí alterné con los mejores humoristas vernáculos. Allí conocí a Ferreiro, a Wimpi (aquel petiso de apagada voz que cuando estrechaba la mano hacía crujir las falanges), a Puppo (*"El Hachero"*), a Rappalini, etc., etc., varios de los cuales contaron además entre mis más consecuentes amigos.

Con Suárez compartí, además de la revista, muchas horas de alegría. Y muchas también de angustia. Juntos lamentamos la derrota de la España Republicana, por ejemplo, cuya causa con tanto fervor y amor habíamos abrazado. Ignoro si él militó en algún partido político. Nunca me lo dijo ni se lo pregunté. Yo estuve libre siempre de ese tipo de ataduras, aunque la ligereza o la mala fe me las hayan atribuido en ocasiones, y me las sigan atribuyendo aún, de una manera tan ruin como descolocada en el tiempo. Siempre he sido orejano, como el criollo de mi poema más notorio. Y me place destacarlo una vez más aquí.

Ahora, para terminar, recordaré un viaje que hice con Julio a mis pagos treintaytresinos y vergarenses. Fue en diciembre de 1941. Ambos coincidíamos en la fecha de nuestras vacaciones. Lo invité y aceptó, diciéndome que le interesaba mucho conocer aquella zona del país y sus gentes. Creo que no se cansó de arrepentirse hasta el resto de su vida. Mis viejos amigos de allá casi no lo dejaron ni dormir

durante una semana larga, entre guitarreos y cantos, serenatas y asados, todo ello regado con damajuanas de mala caña blanca. El era un hombre urbano y no podía entender ni acompañar aquel tipo de juergas casi primitivas. Conservo de aquel *"viaje de placer"* unas fotos que nos sacaron en el establecimiento de campo de un tío de mi esposa, donde pasamos dos días. En ellas aparecemos pescando, curando ovejas, manejando un arado, etc. *"Haciendo teatro"*, como suele decirse. De regreso en Treinta y Tres, realizamos un acto en el Liceo. Yo hablé sobre *"El Mundo es Ancho y Ajeno"*, de Ciro Alegría, y él dio una notable charla sobre sus muñecos, ilustrándola con dibujos a tiza hechos en el pizarrón. Aún quedan en mi querida ciudad olimareña, amigos de entonces que recuerdan y elogian entusiasmados la magnífica disertación de mi compañero, quien me repetía a menudo que lo había conmovido profundamente la acogida que le dispensó la gente treintaytresina, y la forma en que lo aplaudió, poniéndose de pie, durante varios minutos.

Suárez y yo continuamos vinculados estrechamente hasta el final de su vida. Para el Uruguay, tan aciago suceso resultó una pérdida insustituible. Para mí, una cruel desgracia espiritual aún no cicatrizada.-

CON ALBERTO ZUM FELDE

Cuando yo no tenía todavía ni la más remota idea de lo que eran los derechos de autor, ni de la necesidad de defenderlos amparándolos en la ley respectiva, un amigo precavido y bien intencionado me advirtió: *"Mire, Serafín, que los piratas no existen únicamente en los mares, y en los negocios, y en los mercados negros, sino que también los hay hasta en el propio campo de la literatura. Le conviene ir en seguida a registrar la propiedad de su "Tacuruses" en la Biblioteca Nacional."*

Aquellas palabras me dejaron tan sorprendido como preocupado. ¿Sería posible que pudieran suceder tales cosas en un paísito tan pequeño como el nuestro? ¿Podría alguien ser capaz de birlarle la legítima pertenencia de un libro a uno de sus connacionales, aún cuando éste estuviera *"vivito y coleando"* aquí en Montevideo? Aunque me resistía a creerlo, la duda comenzó a roerme poco a poco, lo mismo que el *"caruncho"* a la madera. Y a fin de librarme de ella concurrí a la Biblioteca una mañana. Al entrar me encontré con don Arturo Scarone, a quien había conocido unos días antes en la librería Monteverde, y que era por entonces el Director. Me atendió con su habitual deferencia, y al enterarse del motivo que me llevaba hasta allí, me condujo personalmente al despacho del Sub-Director, que era según manifestó el que expedía ese tipo de constancias. Yo no sabía quien ocupaba dicho cargo. Vi que se levantaba de su asiento para recibirnos un hombre alto y muy delgado, de aire solemne y voz grave y calmosa. *"Le presento a don Alberto Zum Felde —díjome Scarone—. Supongo que muchas veces habrá oído hablar de él"*. Confieso que me quedé pasmado, pues ni remotamente había imaginado encontrarme frente a frente con el eminente crítico literario, el primero entre cuantos

practicaban ese género en el Uruguay. Y antes de que saliera de mi asombro escuché lo que a continuación añadió don Arturo, encarándose con su compañero de Dirección: *"Aquí le traigo a este mozo de Treinta y Tres, que viene a registrar los derechos de propiedad de su libro "Tacuruses"*. Luego de pronunciar estas palabras se marchó de prisa, arguyendo que lo esperaban en el Ministerio de Instrucción Pública, pero no sin antes asegurarme, con la manida expresión usual en esas circunstancias, que me dejaba en muy buena compañía. Cuando quedé a solas con Zum Felde hubo un instante de silencio bastante embarazoso. Porque yo no sabía realmente cómo empezar el diálogo con aquel hombre cuya labor de crítico literario admiraba y respetaba desde hacía mucho tiempo. Y tampoco él se decidía a iniciarlo. Por fortuna, el lapso de turbación fue interrumpido por la presencia de un funcionario, golpe de timbre mediante, que acudiera a requerimiento de su superior. Zum Felde le dijo que procediera a la inscripción, en el registro respectivo, de la obra cuya propiedad había ido yo a registrar. El empleado me solicitó los datos personales, como así también los ejemplares del libro de que iba provisto por indicación de mi amigo. Mientras aguardábamos el certificado correspondiente, el propio Zum Felde, no obstante su parquedad habitual, inició la conversación, diciéndome que acababa de leer *"Tacuruses"*, y entendía que esa obra había abierto un camino nuevo a la poesía gauchesca, tan necesitada de renovación, no solo en el aspecto temático sino también en el estilístico, pues ya estábamos todos hartos de vanas exaltaciones patriotas, de añoranzas tradicionalistas, y en especial de décimas hinchadas de retórica. A continuación me formuló algunos reparos con respecto al lenguaje dialectal por mí utilizado, que consideró excesivamente regionalista, lo cual dificultaba el acceso a muchos de los poemas, por parte de los lectores ajenos a aquella zona del país en la que estaban insertos. Recuerdo que sobre el particular me dijo textual-

mente: *"Es una verdadera lástima que usted no haya evitado esos desbordes lingüísticos"*. Me aconsejó que en el futuro procurara contenerlos. Y también controlar algunos impulsos emocionales, porque eso en materia de poesía suele dar resultados contraproducentes. Yo le agradecí muy conmovido tanto los elogios como las observaciones, prometiéndole que a estas últimas las tendría muy en cuenta a fin de no reincidir (creo que por lo menos en parte conseguí más adelante enmendarme). A esa altura del diálogo retornó el funcionario con el certificado de propiedad literaria, que Zum Felde firmó y me entregó personalmente, y que aunque considero que ya sin necesidad alguna, conservo todavía en mi poder. Tal vez porque él significa para mí, más que una obsoleta e inútil constancia de aquel lejano trámite administrativo, un testimonio de mi primer contacto personal con don Alberto.

Platicamos aún dos o tres minutos más, hasta que otro funcionario fue a anunciarle la presencia del Dr. Eduardo J. Couture, que quería entrevistarse con él. Yo aproveché la coyuntura para despedirme. Y cuando ambos, ya de pie, nos estrechamos la mano, experimenté la enorme satisfacción de oírle pronunciar estas palabras, que mientras viva habré de recordar: *"Siga escribiendo. No será tiempo perdido. Pero si no lo hace, lo mismo tendrá un lugar en nuestras letras. Porque "Tacuruses" va a quedar"*.

Así, rotundas y firmes como todas las suyas, fueron las palabras con que nuestro mayor crítico vaticinó el porvenir de mi libro primigenio, aquella distante mañana de hace más de nueve lustros.

Algunos años después, cuando la Editorial Claridad de Buenos Aires reeditó su famoso *"Proceso Intelectual del Uruguay"*, incluyó en él un breve pero expresivo juicio sobre mi obra, acaso el que más se ha mencionado o reproducido a lo largo del tiempo, entre cuantos motivó la misma, sobre todo aquel párrafo que afirma: *"Es el más popular y a la vez el más artista de los poetas nativistas de la nue-*

va generación". En ese comentario reiteraba Zum Felde su opinión favorable al libro, aunque sin incluir las objeciones que me hiciera personalmente en nuestra primera charla, y que acabo de recordar líneas atrás.

A lo sumo fueron cinco o seis las veces que volví a hablar con don Alberto, desde aquella entrevista inolvidable hasta su muerte. En ellas se repitieron las palabras de aprobación y los reparos, hechos siempre éstos con la delicadeza y la sinceridad tan propias de él. Cuando le envié "*Las Aventuras de Juan el Zorro*" me escribió una carta muy significativa, aunque breve, con originales conceptos sobre el libro, al cual habría de referirse en el "*Índice Crítico de la Literatura Hispanoamericana*", que por entonces estaba en preparación. Ignoro si lo hizo, pues esa obra no llegó nunca a mis manos. Presumo que no, sin embargo, basándome en que si así hubiera ocurrido, alguien se hubiera encargado de hacérmelo saber.

La última visión física que conservo de Zum Felde, data del tiempo en que ambos cobrábamos nuestras respectivas pensiones graciables en el viejo edificio de la Caja Nacional de Ahorros y Descuentos, allá en la calle Florida. Llegaba siempre después que yo, me saludaba al flanquear la larga fila de pasivos pobrísimos, que se extendía muchas veces hasta la esquina de Uruguay, e iba a ocupar su puesto "*sin prisa y sin pausas*", siempre respetuoso del derecho prioritario de los demás, de los que se le adelantaran en la espera de una mesada mínima, que no habría de cubrir ni una quincena.

Aún me parece verlo inmóvil allí, bajo la glacial humedad de junio o los taladrantes rayos del sol de enero, aguardando su turno sin impaciencia aparente, con su escualida figura de Quijote ya derrotado y cuerdo, su sombrero de alas cortas un poco inclinado hacia la izquierda, y su bigotillo rubio encanecido, decorando la cenicienta cara de quien fuera y continúa siendo el más grande de los críticos literarios del país. Seguramente los escasos transeúntes ni lo re-

conocían ni se fijaban en él. Acaso alguna viejecita vecina de "*cola*" le preguntaba si habría un aumento ese mes. Pero lo cierto, lo triste, es que él estaba allí solitario, con la mirada ausente, tal vez pensando en la próxima llegada de una muerte que no lo habría de matar.-

CON ALVARO YUNQUE

Cuando llegaron a mis manos aquellas famosas obras antibélicas de Barbusse y Remarque —“*El Fuego*” y “*Sin novedad en el frente*”—, surgidas a raíz de la primera guerra mundial, me interesó enormemente el prólogo de la segunda de ellas. Se trataba de una edición popular de la Editorial Claridad, de Buenos Aires, a la que años después habría de estar yo tan vinculado. Firmaba dicho prólogo Alvaro Yunque. Y a partir de entonces ese nombre —mejor dicho ese seudónimo— no se me olvidó ya más. Pese a no ser todavía sino un aprendiz de lector, cosa explicable dados mis escasos veinte años, y la carencia de buenos libros en Vergara, mi pueblo, donde a la sazón residía, tuve desde el primer momento la certeza de que el prefacio de “*Sin novedad en el frente*” era obra de un escritor auténtico, que además de talento demostraba poseer una agudeza crítica admirable.

Más tarde, ya en Treinta y Tres, tuve oportunidad de leer sus cuentos para niños, especialmente los celebrados “*Barcos de Papel*”, que durante tanto tiempo utilizaron, con justicia y acierto pedagógico, los buenos maestros de escuela primaria en la Argentina, y también en el Uruguay.

Pero mi primer encuentro personal con Yunque acaeció en Buenos Aires en 1940. Y fue precisamente en la ya mencionada Editorial Claridad. Yo había ido hasta allí a formalizar un compromiso con su director, Antonio Zamora, para la publicación de los panoramas de la poesía y del cuento nativista uruguayos, que habrían de aparecer poco después. Zamora se hallaba en compañía de Samuel Eichelbaum, Elías Castelnuovo, y un hombre alto y muy delgado, de gruesos anteojos negros y aspecto quijotesco, que resultó ser nada menos que mi tan recordado Alvaro Yunque (creo que sus verdaderos apellidos eran Gandolfi Herrero, aunque no estoy plenamente seguro de ello).

Muy poco antes de aquella casual “*topada*”, como decimos los criollos, él había escrito un generoso artículo sobre mi romancero “*Tierra Amarga*” en la revista “*Claridad*”, que publicaba la misma editorial en que nos conocimos, y de la que tanto él como yo éramos asiduos colaboradores. Tal vez la recuerden algunos uruguayos sobrevivientes de mi generación. Mensual en sus apariciones y voluminosa como un libro, aquella revista enfocaba con valentía y dignidad periodística los más candentes temas de la época. No eludía ningún asunto por espinoso que fuera. Opinaba con firmeza y con absoluta claridad, haciendo honor a su nombre, y manteniéndose al margen de toda bandería política. Su única meta era la lucha en pro del derecho y la libertad de los pueblos oprimidos por los totalitarismos. Y en ella colaboraban relevantes personalidades de las letras y la sociología, tanto argentinos como sudamericanos en general. Yo, que por entonces había comenzado recién mi carrera literaria, me sentía realmente orgulloso de figurar entre sus colaboradores. De ahí que la recuerde de esta manera tan apologética, lo que atribuyo a la agradecida memoria que de ella conservo.

Volviendo a Yunque, debo expresar que en esa primera entrevista conversamos muy poco. Porque Eichelbaum, que era un infatigable verborreico —lo había conocido aquí, en la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, donde ambos fuimos editados—, no dejaba prácticamente hablar a nadie. Y mucho menos a quien, como Alvaro Yunque, era por naturaleza una de esas personas reflexivas y parcas, que sopean sus palabras antes de pronunciarlas, y que a la cháchara demasiado nutrida prefieren el silencio atento y respetuoso.

Cuando le relaté, con mi aún no superada ingenuidad pueblerina, la forma en que había tomado contacto literario con él, y la grata impresión que me produjera su prólogo para “*Sin novedad en el frente*”, se sonrió ligeramente, dejando de lado por un instante su inveterada seriedad, y me respondió utilizando un inesperado juego de palabras, cosa

también extraña a su carácter, adusto más que jovial: *“Me fue muy fácil hacerlo, puesto que aquellos eran mis tiempos de prefacista. Más tarde, cuando comprendí mi error, me torné antifascista.”* No pude menos que reírme ante aquella ocurrencia insólita, y ciertamente ingeniosa, con la que además soslayaba un pronunciamiento acerca de mis elogios, que seguramente consideró intempestivos.

Recuerdo que entre otras cosas me dijo aquella vez: *“Tengo un amigo, Liborio Justo, que cada vez que nos encontramos me habla de un cuento suyo titulado “Fraternidad”. Se ha enloquecido con ese relato y dice que ningún otro lo ha impresionado tanto. Demás está decirle que quiere conocerlo. Si logro ubicarlo en Buenos Aires se lo presentaré. Va a ser difícil, pues se pasa la mayor parte del tiempo viviendo a lo indio, en una isla del Paraná o el Uruguay, no lo recuerdo bien.”* Me alegraron mucho sus palabras, porque tenía un gran concepto de Liborio Justo como hombre. Y lo basaba en que cuando el padre era presidente de facto en la Argentina, él combatió su gobierno desde el llano, despreciando los altos cargos públicos que aquél le ofreciera. Y un buen día, harto de la vigilancia y del control policial a que estaba continuamente sometido se marchó al Paraguay, donde para subsistir tuvo que trabajar de sol a sol, como jornalero, en los obrajes del Chaco. Tiempo después mantuvimos una esporádica correspondencia. Pero jamás nos vimos. En aquella oportunidad de que acabo de hablar, Yunque no lo halló en su casa. Y años después, estando él de paso por Montevideo, fue en mi busca hasta una librería de la que yo era *“habitué”*. Pero entonces tampoco quiso el destino que nos encontráramos, pues su visita coincidió con una gira mía por el interior del país.

Con Yunque sí, habría de tener en el futuro varios encuentros más. Algunos en su domicilio de Cangallo al 1920, cuando yo iba a Buenos Aires. Y otros aquí, en el

viejo hotel Juncal de la calle Rincón, donde acostumbraba a alojarse. También nos escribíamos de tiempo en tiempo. Cuando en 1952 él publicó su excelente obra antológica *“Poesía gauchesca y nativista rioplatense”*, incluyó varias páginas mías escogidas con un criterio que mucho me satisfizo.

Siempre que me escribía o publicaba algo sobre mí me llamaba simplemente Serafín García. Nunca utilizó la jota para nada. Al contrario de Wimpi, no le daba ninguna importancia.

Y para dar término a esta remembranza, considero de estricta justicia señalar lo mucho que debo, en mi vida de escritor, a los consejos, objeciones y sugerencias de un hombre a quien nunca interesó brindar ni recibir halagos, y sí la coherencia de su obra de creación y el mantenimiento de una conducta humana que lo llevó, desde los comienzos de su actividad literaria, a situarse del lado del pueblo, razón de ser de todo cuanto ha escrito.

Muchos de los mejores representantes de las letras argentinas han reconocido públicamente su importancia dentro de las mismas. Entre ellos puede citarse a Roberto Arlt, Raúl González Tuñón, Ricardo Rojas, Benito Lynch, Ezequiel Martínez Estrada, y otros que resultaría demasiado extenso enumerar.

Y creo, finalmente, que por su valioso aporte a la literatura y la dignidad y nobleza de su conducta humana, Alvaro Yunque merece perdurar en la historia, y sobre todo en el recuerdo de los pueblos sudamericanos, a los que dedicó su obra entera y los mejores afanes de su vida.-

CON FELISBERTO HERNANDEZ

Ya he dicho en otra de estas notas evocativas que lo conocí en Treinta y Tres, allá por junio de 1932, y conjuntamente con Yamandú Rodríguez, cuando ambos realizaban giras artísticas por el interior del país. Incluso destacó al pasar, en la referida página, algunas de las singulares características inherentes a su personalidad, tan original y tan llena de atractivos matices. Pero por supuesto que no bastaba con eso. Aquel hombre, músico entonces y después excepcional escritor (ya comenzaba a perfilarse como tal), requería ser tratado en nota aparte, que me permitiera subrayar sus principales facetas humanas e intelectuales, o por lo menos las que a mí me parecieron más interesantes. Y eso es lo que pretendo realizar ahora.

Felisberto contaba treinta años en aquella época. Su actividad era la de pianista, pero su vocación irreprimible lo empujaba en una forma apasionada y vehemente hacia la literatura. O, para ser más concreto, hacia la narrativa. Su quehacer musical respondía por sobre todo a motivos económicos. Felisberto era pobre y para ganarse el pan no poseía otras aptitudes que las artísticas. De ahí que las circunstancias lo hubieran llevado a actuar como pianista profesional. Era un buen ejecutante, enemigo de los efectismos y de las actitudes enfáticas, dueño además de una digitación magnífica y de una vasta cultura musical. Pero nada de eso colmaba sus aspiraciones. Sabía que nunca llegaría a ser un Rubinstein ni un Paderewski, cosa que no lo preocupaba en absoluto. Tal vez intuyera, en cambio, que iba a convertirse, con el andar del tiempo, en un escritor de real categoría.

Durante su estadía en Treinta y Tres sostuve con él a solas una prolongada charla. Mientras otros de mis amigos olimareños habían llevado a Yamandú Rodríguez hasta la

casa de Gabrielito Guerra, para que conociera a aquel hombre tan talentoso como pintoresco, en cuya personalidad coexistían en armoniosa simbiosis el poeta y el gaucho, Hernández permaneció en el hotel, arguyendo un cansancio físico que no le haría muy placentera la larga caminata a realizar. Lo dejaron prácticamente "a mi cargo", encomendándome la tarea de "entretenerlo". Y yo, contento ante la perspectiva de poder dialogar un rato a mis anchas con el grato huésped, lo llevé hasta un cafetín silencioso del cual era "habitué", y donde se podía conversar a gusto, sin interferencias de ninguna clase. Por supuesto que el entretenido en esa ocasión resulté yo. Porque Felisberto se apoderó virtualmente de la palabra y apenas si me dejó lugar para formularle de tanto en tanto alguna que otra pregunta.

Durante casi dos horas me deleité escuchándolo aquella mañana dominical de junio, nebulosa y fría. Porque Hernández era un conversador admirable, que sabía manejar y dosificar con exactitud todos los ingredientes requeridos por lo que podría llamarse la perfecta comunicación oral.

Mientras bebía a sorbitos muy espaciados un cóctel hecho a base de limón y gin, iba vaciando uno tras otro, con ritmo mucho más acelerado por cierto, los platillos de papas fritas, maníes y rodajas de salame que el mozo reponía de continuo. Considero oportuno señalar este detalle, que revela uno de los rasgos salientes de su manera de ser en cuanto individuo, en cuanto persona física. Felisberto era un comilón insaciable, lo que se dice un tragaldabas cabal. "Como canallescamente", le oí decir en rueda de amigos, muchos años más tarde, mientras repetía la proeza gastronómica que tantas veces lo vimos realizar en Treinta y Tres, y que comenzando en el aperitivo terminaba recién a los postres del almuerzo o de la cena. Y en otra oportunidad, a propósito del mismo asunto, hizo esta jocosa aclaración, burlándose de sí mismo, como acostumbraba a hacerlo, y de su concepto en cierto modo hedonístico de la vida: "¿Saben por qué me gusta tanto Rabelais y tan poco Racine? Porque Rabelais

fue un epicúreo como yo, pero genial, capaz de crear a Gargantúa y Pantagruel, y Racine en cambio, sólo creó la incitación al ayuno por medio de la tristeza." Así era Felisberto Hernández: no un refinado "gourmet" sino un hombre de excelente estómago, que autosatirizaba de manera ingeniosa su voraz apetito, como lo hacía con muchos otros aspectos de su rica personalidad.

Mientras el cóctel descendía lentamente y los bocadillos desaparecían a gran velocidad, repito, Felisberto me embelesaba con su verba chispeante y llena de colorido y gracia. Supe así que era a la sazón un discípulo apasionado y casi incondicional de Vaz Ferreira, cuya concepción de la filosofía no se cansó de elogiar. Supe asimismo que era muy aficionado al cine —al casi heroico cine mudo de aquellos tiempos—, y que en el mágico mundo del celuloide no existía para él una estrella tan rutilante como Greta Garbo. Lamento no poder reproducir aquí, con la necesaria fidelidad, la imagen artística y humana que me brindó de su ídolo, y pienso en la que habrá plasmado más tarde, al ver a la mítica sueca en el papel de Margarita Gauthier. Entonces era Ana Karenina el personaje de Greta que más lo entusiasmaba. Al punto de que fue la heroína tolstoiana la que le inspiró el a mi juicio mejor de sus mínimos libritos de bolsillo —frutos primigenios de la creación literaria del futuro gran escritor—, y que se llamó precisamente "La cara de Ana".

Otros dos rasgos curiosos del hombre Felisberto descubrí en la inolvidable entrevista que aquí estoy procurando revivir. Se trata de dos "hobbies" —entonces les llamábamos lunfardescamente "berretines"— que luego abandonó, según me lo dijo años después, cuando intenté recordárselos. Uno de ellos era el de detectar gazapos literarios, sobre todo en los autores nacionales, y solazarse exponiéndoselos a sus amigos. Algunos de los que me citó, y que entiendo que no debo reproducir aquí, me parecieron divertidísimos. El otro "hobby" era el de hacer humorismo a costa de

los humoristas. Su víctima favorita era a la sazón Enrique Jardiel Poncela, aquel español frenético y excesivo que tuvo su cuarto de hora por estas latitudes, y lo malogró a causa de ciertos vaivenes políticos (o mejor dicho ideológicos) que vale más "no meneallos". Y se entretenía de veras realizando habilísimos juegos de palabras a expensas de los ídem de "Amor se escribe sin hache", mucho menos felices que los del ocasional parodista.

Con respecto al amor y a las mujeres, se quejó de frustraciones que atribuyó a su timidez natural. La profusa historia sentimental de Hernández, pródiga en casamientos y romances, encargóse de desvirtuar esta aseveración. Una de sus esposas, la escritora Paulina Medeiros (creo que fue la última de la serie), dio a publicidad hace algunos años un valioso libro testimonial acerca del autor de "Nadie encendía las lámparas".

Lo evocado es, a grandes rasgos, lo que me pareció más interesante y revelador de aquella extensa charla, la primera que mantuve "tête a tête" con Felisberto, y que jamás he olvidado. Agregaré a continuación otro detalle que estimo coadyuvante en este intento de bucear en la original personalidad del escritor. Cuando me dedicó al marcharse de Treinta y Tres dos de sus libritos casi liliputienses, hecho al cual aludí en nota anterior, en uno de ellos lo hizo de este modo: "Fulano D. Tal, a Mengano ("Machurita"), acusándolo de ser tan buen amigo como..." (y aquí unos adjetivos que no reproduzco por suponer que tal vez fueran frutos de su cortesía). Debo aclarar que "Machurita" era mi apodo familiar, y que por él me conocían todas las gentes del pago. Creo que es éste otro rasgo confirmante de que Hernández, hasta en el terreno de las pequeñas cosas personales, era un hombre fuera de serie.

Lo reencontré en Montevideo al finalizar el año 1942, cuando ya había publicado las dos primeras de sus obras mayores: "Por los tiempos de Clemente Colling" y "El caballo perdido". A partir de esa época continuamos vién-

donos esporádicamente, pero nuestras relaciones fueron siempre las de dos buenos amigos, aunque nunca estuve en su casa y él visitó la mía una sola vez. Fue en esa misma década del cuarenta, cuando yo vivía en un apartamentito de la calle Cerro Largo. Felisberto, que era funcionario de la Agadu (Asociación General de Autores del Uruguay), o que por lo menos estaba vinculado de algún modo con ella, dedicó buena parte de su tiempo a trabajar —hecho insólito en él— por la candidatura del pintor Radaelli para Presidente de dicha Institución. Y como yo era socio de la misma, fue hasta mi domicilio a solicitarme, respaldándose en su calidad de amigo, que apoyara y votara esa candidatura. No pude complacerlo, porque me había comprometido ya con los miembros de otra lista, que a la postre resultó la triunfadora.

Cuando yo trabajaba en la Biblioteca Nacional, Hernández solía ir a verme para pedirme que le consiguiera algunos libros difíciles de obtener, o por agotados o por caros en exceso. Recuerdo que, entre otras, pude proporcionarle varias de las obras de Borges.

En diciembre de 1960, cuando fui homenajeado en el Paraninfo de la Universidad con motivo de los veinticinco años de la publicación de *"Tacuruses"*, me llamó por teléfono después de la realización del acto (creo que una semana más tarde), y tras pedirme disculpas por no haber asistido al mismo (*"andaba muy ocupado y me olvidé"*, fue su peregrina excusa), me invitó a un encuentro mano a mano en un café de 18 de Julio que acostumbraba a frecuentar. *"Allí podrá tributarle mi homenaje particular"* —dijo. Y añadió muy campante: *"El homenaje corre por mi cuenta, pero la adición por la suya"*. *"Acepto, pero a condición de que usted no consuma rodajas de salchichón como antes"*, le respondí siguiéndole la broma.

Y en efecto, allí sostuvimos nuestro final encuentro. Mejor dicho el penúltimo, ya que muy poco antes de su muerte lo encontré casualmente en un ómnibus, donde cambiamos

algunas pocas palabras. No reproduzco lo hablado en el café porque versó casi todo sobre mi persona. Y yo ya estoy muy viejo para gastar el tiempo en autopromociones. Sólo repetiré unas muy significativas expresiones que vertiera respecto de sí mismo: *"¿Recuerda aquel 'pianista de la legua' (textual) que conoció en Treinta y Tres? Pues si él no hubiera existido yo no habría escrito todo lo que escribí, desde 'Clemente Colling' hasta 'Las Hortensias' (Entonces todavía no se había publicado 'La casa inundada')"*. Y creo que dijo una absoluta verdad. Porque aquel pianista, presente o pretendido, determina y tutela todas las grandes obras de Felisberto Hernández, fluctuantes en un mágico clima de evocación, humor y fantasía.-

CON ALFREDO MARIO FERREIRO

La inteligencia humana suele acusar distintas características. Puede ser profunda pero lenta en sus manifestaciones. Puede tener solidez pero carecer de elasticidad. Y puede en otros casos —más raros—, ostentar supersónica velocidad expresiva. Este último aspecto de esa maravillosa facultad del ser pensante tuvo un exponente cabal en Alfredo Mario Ferreiro. No creo haber conocido otro hombre de reacciones intelectivas más rápidas y precisas. Respondía al segundo y con pasmosa exactitud cualquier pregunta. Y todavía le sobraba tiempo para sazonar la respuesta con una buena dosis de su fecundo y original ingenio. Tenía razón Zum Felde cuando lo comparaba con el argentino Oliverio Girondo, único escritor tal vez que podía competir con él en el terreno de la agudeza mental. Se hubieran sacado chispas sin duda en un duelo repentista de humorismo, de ironía y de gracia, donde acaso hubiera merecido terciar el incorregible Macedonio Fernández.

Pues con este personaje que me era tan disímil, con este Ferreiro ácido y burlón, de réplicas inesperadas, de retruécanos desconcertantes, yo llegué a cultivar por largos años una estrecha amistad. No sé como pudimos entendernos dos individuos de intelecciones dispares en extremo. Un rumiador tranquilo y lerdo de pensamientos e ideas, como siempre he sido yo, y un torbellinesco deglutidor y asimilador de esas nutrientes básicas del cerebro humano, como lo era Alfredo Mario. Se lo señalé una vez con extrañeza, y me respondió al instante, como de costumbre: "*Si los platicos no existieran, uno a cada extremo, el fiel de la balanza no tendría razón de ser*".

Pero veamos cómo conocí a Ferreiro. Allá por el comienzo de los años treinta, cuando yo vivía aún en mi querida ciudad olimareña, la "*peña literaria*" (así la catalogaban

con cierto retintín irónico otros amigos menos "*intelectualizados*") que integraba junto al Dr. Nilo Goyoaga, a Valentín Macedo, al "*Coco*" Magallanes, a Camilo Urueña, al maestro Adémar Gómez, etc., etc., solía comentar con respeto, pero sin entusiasmo, los revolucionarios libros de mi futuro amigo, tan despampanantes para nosotros en sus títulos como en su contenido: "*El hombre que se comió un autobús*" y "*Se ruega no dar la mano*". A fuer de sincero, debo manifestar que a través de ellos —más tarde rectificué ese juicio, claro está—, Ferreiro me pareció un "*posseur*", como gustábamos decir allá. Eran los tiempos de auge de aquellos movimientos literarios que habían venido a desplazar el modernismo —cubismo, futurismo, surrealismo, vale decir el mismo perro con distinto collar, y que se me dispense la tan pedestre y vulgar comparación—, y Alfredo Mario, por muy Ferreiro y original que fuera, no podía naturalmente sustraerse a esas influencias. Creo que felizmente ellas no le llegaron al meollo, sino que se detuvieron en la periferia. Y que por tanto el notable humorista logró mantener a salvo su originalidad esencial, a la que es inútil intentar rastrearle parentescos.

Y llegó el año 1936, en que "*Tacuruses*" me arrastró de un tirón hasta Montevideo. Y aquí fue donde conocí, otro par de años más tarde, al protagonista de esta rememoración.

Yo acababa de publicar mi romancero "*Tierra Amarga*", al que muchos críticos inteligentes —y de los otros— se empeñaron en calificar de lorquiano. A mucha honra para mí, claro está. Porque parecerse a García Lorca aunque sólo sea en "*el aire y la cadencia de los versos*" —por más que todos los romances habidos y por haber posean esa semejanza, basada en el simple hecho de ser tales— es un altísimo honor para cualquier poeta u hombre iluso que pretenda serlo. Repito que acababa de publicar "*Tierra Amarga*". Y Radio Carve, emisora a la que estaba muy vinculado en aquella época, le encomendó a Ferreiro, "*factótum*" de todas sus

actividades de tipo cultural, la tarea de reportearme ante el micrófono. Y así fue como acaeció mi primer contacto personal con aquel hombre, bastante miope ya a despecho de su juventud, con lentes de grueso cristal caídos sobre la nariz y un trato que parecía por momentos zumbón y otros momentos solemne.

He disfrutado y padecido muchos reportajes a lo largo de mi carrera literaria. Pero ninguno me resultó tan difícil de enfrentar como aquél. Porque Ferreiro era un preguntador "*sui generis*", que se salía del tema a cada instante para hurgar inquisitivamente en el caletre del entrevistado, cual si se tratara de un saco en el que dudara que hubiese chicharrones, valga esta expresión tan criolla. Yo creo que lo que realmente hacía era divertirse ante mi azoro de pueblerino tímido, no asimilado aún por la urbe a la que ansiaba integrarse. Lástima que en aquella época no se grababan los reportajes, pues considero que hubiera valido la pena exhumar ahora el tan fuera de serie a que me sometió Ferreiro.

Concluida la "*entreviú*" nos fuimos a tomar unas cañitas al bar de Carve. Por espacio de una hora larga me deleité escuchándolo. Fue uno de los mayores placeres auditivos de que conservo memoria. Porque su talento y su espontánea gracia, entonces en plenitud, centelleaban de continuo como en una maravillosa pirotecnia. Le conté lo que había pensado de él en Treinta y Tres (que era un "*posseur*") y sonrió al oírme, cosa que no hacía nunca, ya que era serio como todos los humoristas auténticos. "*Y tal vez lo sea —me contestó—. Ustedes los paisanos suelen acertar a menudo, porque son muy intuitivos.*"

Otra cosa que no olvido me dijo aquella vez primera en que nos vimos: "*A usted lo van a vapulear los críticos por ese libro nuevo. Y Federico no va a tener la culpa. Ni usted tampoco. Todos los que escriben romances se parecen aunque no se imiten. No haga caso y aguante el chaparrón. A mí también me vapulearon por mis libros. Y tampoco tuvo culpa alguna de ello Gómez de la Serna.*"

Años después fui compañero de Alfredo Mario en "*Mundo Uruguayo*", donde él era redactor y yo colaboraba. Muchas veces, al mediodía, tomábamos algún aperitivo juntos en el viejo y siempre recordado café "*Los Inmortales*", que presidía la inconfundible imagen de Florencio Sánchez. Después transitamos juntos —Marius y Simplicio Bobadilla— las sucesivas épocas de la revista que he querido más: "*Peloduro*". Con Suárez y "*El Hachero*", con Frangella y "*Wimpi*", con Etchepare y Canobra, a veces también con Rappalini, y hasta con el gran dibujante Toño Salazar— todos miembros del "*cuerpo humano de redacción*", o muy estrechamente vinculados al mismo—, solíamos realizar la recorrida de boliches que comenzaba en la ochava de Juncal y la Rambla, proseguía por los alrededores del Mercado del Puerto, y terminaba indefectiblemente en "*Las Telitas*". Aquel "*periplo cañero*", como le llamaba "*Wimpi*", se cumplía con la solemnidad de un rito cada quince días, al aparecer la revista. Y al grupo de oficiantes mencionado solían agregarse además el Pintor Fayol y Jesús Bentancourt Díaz. Por tácito acuerdo presidía la caravana Ferreiro. Toda la pléyade de humoristas estupendos que la integraban —no me incluyo, por supuesto— le reconocía ese derecho, por el poderoso ascendiente que ejercía sobre los demás. En cada boliche frecuentado, Alfredo Mario bebía su minúscula cañita sin aditamentos. Pero su tranquilidad y su sorna manteníanse inmutables. Jamás lo ví borracho. Ni siquiera "*pintón*". Su invulnerabilidad física ante el alcohol era realmente asombrosa.

Al cumplirse veinte años de la aparición de "*Tacuruses*", el Club Deportivo Unión Atlética, de Malvín (con la complacencia del "*gaucho*" Astiazarán, por supuesto), organizó un homenaje popular destinado a conmemorar aquella fecha. Y el orador escogido fue Alfredo Mario Ferreiro. Acaso muchos recuerden todavía su disertación, muy elogiosa sin duda, pero llena de peregrinas ocurrencias, de imprevistas banterillas (hablo en términos taurinos), y hasta de amicales y

muy ingeniosas “*tomaduras de pelo*”. Más que Alfredo Mario hablando de “*Tacuruses*”, parecía Marius refiriéndose a Simplicio Bobadilla.

Ya diez años antes, y por iguales razones conmemorativas, se había ocupado del libro antedicho en “*Los Martes Literarios*” del diario “*La Razón*”, donde dejara impresas tantas huellas de su enorme talento y de su temible ironía, de la que él mismo solía muy a menudo convertirse en blanco. Y en realidad fue aquel sabroso artículo, de una página entera, el que sirvió de base a la conferencia pronunciada después, en el Club Unión Atlética.

La mayoría de sus amigos aseguraba que Ferreiro era un hombre de espíritu alegre y optimista, una expresión regocijada y regocijante de la vida. Pero yo siempre he creído lo contrario. Tras la apariencia burlesca subyacía un escurridizo fondo de tristeza. Algo así como el desengaño producido por alguna íntima frustración. Tal vez me equivoque. Pero no me parece. Las intuiciones muy rara vez fallan. Y yo la tuve a ese respecto desde el primer momento en que nos encontramos. Me remito a sus propias palabras: “*Ustedes los paisanos suelen acertar a menudo*”.

Cuando Ferreiro murió, asistí a su velatorio, cosa que no acostumbro a hacer aunque se trate de familiares o de amigos muy íntimos. Siempre he pensado que el ser que uno ha perdido nada tiene ya en común con sus despojos materiales. Sin embargo esa vez transgredí la regla expuesta. Y nunca olvidaré mientras viva la cara de mi antiguo compañero. Tenía la boca entreabierta como para iniciar alguna de sus sabrosas humoradas. Pero detrás de ese gesto volví a intuir la amargura de un fracaso indefinible. Y conste que no estoy dramatizando.

CON CARLOS GONZALEZ

Hacia ya un par de años que yo andaba con ganas de conocerlo. Había visto una exposición de sus notables xilografías, todas ellas realizadas sobre temas genuinamente gauchescos. Y me sentí atraído poderosamente por el vigor y la rotunda expresividad de sus grabados, tan primitivos en apariencia, pero frutos sin embargo de una paciente elaboración y de una sabiduría artística nada común por cierto. Partiendo de lo elemental de aquella antiquísima disciplina plástica, escogida por él para la trasmisión de su mensaje, este original maderista (para mí el principal del país), tras someter cada obra al proceso establecido por las más modernas y refinadas técnicas, lograba unir en una simbiosis perfecta y armoniosa todas las etapas del arte que practicaba. Los tipos humanos, y las figuras de animales de la fauna autóctona que sus grabados lucían, acusaban sólida autenticidad, no obstante la apariencia grotesca de que el autor los imbuía en lo físico. Y por encima de las imágenes caricaturizadas ex profeso, surgía rotunda, hasta calar muy hondo en el espectador, la realidad individual y colectiva del lugar y del tiempo que estaban destinados a representar.

Un día de mayo de 1941, en charla callejera sostenida con Adolfo Pastor, le comuniqué mi deseo de conocer a González. “*Pero qué casualidad —me respondió éste, que además de colega era íntimo amigo de Carlos—. El también tiene mucho interés en conocerlo a usted. Me lo ha manifestado en varias oportunidades. Déme su dirección, así se la trasmite y se ponen en contacto*”. Accedí a lo solicitado, y dos semanas más tarde, ya casi al caer la noche, se presentó en mi apartamentito de la calle Santiago Gadea un hombre bajo y retacón, vistiendo impermeable y calzando gruesos zapatos de goma, para defenderse de la lluvia pertinaz y helada que caía en esos momentos sobre Montevideo. Lo

miré de arriba abajo, sorprendido ante aquella visita intempestiva. Era un típico representante del paisano ciudadanizado, del individuo de tierra adentro al cual la urbe no ha conseguido borrar los rasgos físicos y el aire personal característicos. Su tez estaba curtida por la larga y continua acción de soles y de intemperies. Su voz de bajo era lenta, tranquila y de escasas inflexiones, con cierto dejo vagamente fronterizo en la pronunciación de las palabras. Y sus movimientos y ademanes no diferían mayormente de los de un paisano venido por primera vez a la metrópoli.

Ante mi “¿Qué desea?” de rigor, contestó un tanto turbado: *“Perdone que venga a molestarlo a esta hora y con semejante tiempo. Soy el grabador Carlos González. Pastor me dijo que usted deseaba conocerme. Y como yo también quería lo mismo y hoy disponía de unas horas libres”...*

Creo que ambos intuimos en ese momento, de un modo simultáneo, que habríamos de entendernos bien y que pronto estaríamos unidos por una estrecha amistad. Porque lo abracé como si lo conociera desde la infancia y él retribuyó mi abrazo con idéntica efusividad. Un cuarto de hora más tarde estábamos mateando con mi esposa en la cocina, olvidados en absoluto de todas esas rutinarias fórmulas que indica el trato social. Blanca, cebadora habilísima, preparó el cimarrón en el más grande de los porongos que había en casa, pues calculó por su aspecto, según me dijo después, que el visitante tenía que ser *“amargueador de ley”*. Y lo era, sin duda. Creo que nunca he conocido otro hombre capaz de superarlo en el disfrute del tradicional vicio criollo. Sorbía la bombilla lentamente y a largos intervalos, alterando cada trago de la verde infusión con chupadas al cigarro de *“amarelinho”* armado a mano. Tabaquera y mate iban y venían entre nosotros sin prisa pero sin treguas, mientras la lluvia glacial seguía cayendo con su monótono ritmo inalterable, y la yerba parecía no querer lavarse nunca. *“¿Qué mano, señora!”*, fue su parco comentario al respecto, que después repetiría muchas veces a lo largo del

tiempo, con la única variante de emplear el nombre de pila en vez del estado civil de mi mujer, lo cual surgía como re-sultancia lógica de una mayor intimidad.

Aquel encuentro se prolongó hasta las once de la noche. Lo terminamos compartiendo mi modestísimo aperitivo de entonces —una no muy blanca pero sí muy tufienta caña brasilera, de origen pernambucano—, y los churrasquitos de cuadril que constituían nuestra invariable cena. Estos últimos acompañados, claro está, por el par de huevos caseros de *“yema ¡yema!”*, vale decir bien amarilla, que por algo mi esposa alimentaba sólo a maíz y verdeo sus gallinas, consecuente con una costumbre familiar de la que siempre se sintió orgullosa.

Supe en aquella ocasión que Carlos González era oriundo de Melo, y que procedía de un hogar humilde como nosotros, cosa que por supuesto facilitó el entendimiento entre los tres. De sus grabados y de mis versos no hablamos casi nada. *“Eso lo dejamos mejor para otra oportunidad”* —me dijo—. *“Porque me parece que seguiremos viéndonos”*.

Y así fue, efectivamente. Por aquella época, él trabajaba como viajante de comercio, en representación de una casa productora de artículos veterinarios. Y cada vez que regresa de sus giras por el interior del país, iba a matear conmigo, quedándose muchas veces a compartir los churrasquitos caseros.

A González no le gustaba referirse a su obra, y menos aún le interesaban los elogios ni las críticas con respecto a ella. Había elegido a plena conciencia su camino artístico, y andaba por él de una manera firme e imperturbable. Como hombre de tierra adentro que era, evitaba cazurramente hablar de sí mismo. Pero no obstante ello dejaba traslucir a veces el orgullo que le producía el considerarse artesano más que artista, el disfrute que experimentaba ante el hecho de poseer una destreza manual extraordinaria, capaz de sortear exitosamente cualquier dificultad realizativa. Diríase que no tenía idea cabal de sus aptitudes como creador, mucho más

valiosas que la habilidad constructiva de sus manos.

Cuando yo me trasladé al viejo apartamento de la calle Cerro Largo 786, —donde espiritual y culturalmente hablando viví los once mejores años de mi vida—, González prosiguió visitándome con asiduidad. Y fue además excelente y desinteresado colaborador de algunas ediciones de mis obras. Me ilustró dos ediciones de "*Tacuruses*" —la quinta y la sexta—, enriqueciéndolas con carátulas magníficas —y deliciosas viñetas también a la primera de ambas—, y además realizó las portadas de "*Tierra Amarga*" y "*Burbujas*", en sus entregas segunda y tercera, respectivamente. Pero estuvo asimismo vinculado —y este hecho es sumamente importante para mí— a la concepción de "*Las Aventuras de Juan el Zorro*", obra que conjuntamente con "*Tacuruses*" y "*Los Partes de Don Menchaca*" integra, entre todas las mías, la terna de mayor acogida popular.

Creo que vale la pena relatar el hecho. Por los años 43 o 44 —no le recuerdo con precisión—, se inauguró en la avenida 18 de Julio una empresa —Noli Hnos.— a la que se incorporó Carlos González como corredor comercial, pues la misma explotaba el ramo de su especialización. Esa empresa publicaba un Boletín destinado a la campaña, y quería incluir en él literatura criolla. Entonces mi amigo le propuso mi colaboración, que fue aceptada, a condición de que tuviera continuidad. Cambiando ideas al respecto con Carlos, se me ocurrió como tema el de los cuentos populares del zorro y el tigre, que tanto gustaban a la gente del campo. El prometió ilustrármelos y lo hizo, en efecto, con espléndidos dibujos que todavía conservo, y que llevan el sello inconfundible de su personalidad artística. Alrededor de doce de los relatos que integran la obra aludida —en la que entonces no había pensado con carácter de libro—, fueron publicados en el boletín hasta la desaparición de éste y de la firma editora. Y como la aceptación de dichos relatos por parte del pueblo había sido muy grande, me pareció conveniente continuar escribiendo sobre aquel

tema, que a mí también ya me empezaba a entusiasmar, y que veía como una expresión representativa y válida de la idiosincrasia criolla. Se sucedieron las aventuras de Juan y su "*padrino*", y al final nació ese libro que tantas satisfacciones me ha dado, y en cuyo origen tuvo una indirecta pero decisiva participación, como se puede advertir a través de estas palabras, mi amigo el grabador Carlos González.

Por el comienzo de los años cincuenta, más o menos, perdí contacto con él. Un día me dijo que se iba a trabajar en el campo, pues la época que estábamos viviendo no era nada propicia para el arte. Y así lo hizo en Tacuarembó, dedicándose a la ganadería, creo que en sociedad con nuestro común amigo "*Perico*" Brizzolara.

Retornó a Montevideo, sin embargo, algunos años después. Y hasta fue vecino mío por largo tiempo, en el Prado, sin que ambos lo supiéramos. Yo vivía en la calle Eusebio Valdenegro, detrás del actual Parque Posadas, y él en Patriotas, a tres o cuatro cuadras de allí. Alrededor de 1970 nos reencontramos, aunque fugazmente. Y desde entonces ya no lo he vuelto a ver. Aunque conservo un imborrable recuerdo de ese hombre tan chúcaro y tan independiente, de ese gran artista solitario al que por extenso lapso estuve tan vinculado.-

CON EMILIO ORIBE

Cuando yo estaba todavía radicado en Treinta y Tres, y solía venir esporádicamente a Montevideo, mi mayor placer era visitar las librerías capitalinas. Y fue en una de ellas que tuve ocasión de ver por vez primera al Dr. Emilio Oribe. Ello ocurrió, para ser más preciso, en el viejo "Palacio del Libro", de la calle 25 de Mayo. En compañía de mi amigo Bolívar Ledesma, estudiante de medicina por entonces, y que era quien me servía de "baqueano", entré a echar un vistazo a la mesa de novedades del establecimiento. Y de pronto mi compañero me codeó con discreción mientras me cuchicheaba al oído: "¿Ves ese que está ahí a nuestra izquierda, ojeando un libro de Gide? Es Emilio Oribe, el poeta". Yo, que casualmente hacía pocos días que acababa de leer "La Colina del Pájaro Rojo" y "El Halconero Astral", me puse a observarlo casi con impertinencia, acuciado por la insaciable avidez que en aquel tiempo sentía de conocer gentes de letras, cosa muy explicable en un muchacho pueblerino aficionado a ellas. Se me quedó grabada para siempre en las retinas su figura física. Promediaba el invierno de 1933 cuando tuvo lugar el encuentro fortuito que aquí narro. Oribe tendría a la sazón unos cuarenta años de edad. Pero ya era fácilmente perceptible en él ese aspecto de persona distraída y como ajena a cuanto la circundaba, ese aire sonambúlico que siempre lo caracterizó, y que fue haciéndose cada vez más evidente a medida que transcurrían los años. Contemporáneos suyos de Melo que lo habían conocido adolescente, me aseguraron alguna vez que ya en aquella etapa de su vida le era inherente tal particularidad.

Siguió corriendo el tiempo, inexorable, después de aquella tarde en que mis ojos curiosos recibieron por primera vez la imagen del poeta. Y allá por 1943, encontrán-

dome yo en la Editorial Independencia, ubicada entonces en Rondeau y Colonia, donde hoy está el Cine Central, ví pasar a mi lado la inconfundible envoltura carnal de don Emilio, que por supuesto reconocí en seguida. Instantes después efectuaba la respectiva conexión (a veces me gusta hablar en lenguaje electrotécnico), el director de la empresa, que lo era mi siempre recordado amigo Miguel Livschitz.

Aunque en aquella época todavía no estaban de moda los ovnis ni sus extraterrestres tripulantes, recuerdo que Oribe me miró como si le hubieran puesto por delante a un ser de otro planeta. Y ello se explica a poco que pensemos en las profundas diferencias intelectuales que nos separaban aparentemente. Porque yo era conocido por lo que ahora se mal llama un escritor folklórico, que se ocupaba de los paisanos orientales y procuraba reproducir su incorrecto lenguaje dialectal en cuentos y poemas. Y él estaba situado en las antípodas, creando una poesía refinada y culta, lindera muchas veces con lo abstruso, y que sin olvidar la búsqueda de la perfección estética, el logro de la orfebrería formal, hundía raíces y elevaba antenas tenazmente renovadas en el plano infinito de la metafísica, allí donde aspiraba a descubrir las más esenciales revelaciones cósmicas, lo que me atrevería a denominar el meollo de lo absoluto.

Pero la actitud del noble poeta arachán a mi respecto se modificó luego de un rato de conversación, cuando tras abordar diversos temas comunes, y hasta banales, nos internamos sin proponérselo en la filosofía, y supo que a veces yo solía abandonar mis gauchos fatalistas o rebeldes para interesarme por las ideas de Plotino, o de Aristóteles, y avanzar desde ellos en el tiempo hasta llegar a Nietzsche, el peregrino exégeta de la danza como venero de alegría vital, o al sombrío Shopenhauer, o a Bergson, o a Guyau, sin olvidar por supuesto al existencialista Kierkegaard. Viéndolos a todos ellos, claro está, desde la periferia de sus

teorías o doctrinas, pues otra cosa no me permitía mi indisimulable condición de neófito en aquellas disciplinas tan difíciles y esquivas para el hombre común.

"*Nunca imaginé que esas cosas pudieran interesarle*", me dijo Oribe con su sinceridad acostumbrada. Y a partir de aquel encuentro en la Editorial Independencia fuimos buenos amigos. Recuerdo que le conté cómo lo había visto por primera vez en el Palacio del Libro. "*Capaz que usted se haya apercebido y hasta fastidiado por la indiscreta manera en que yo lo observaba aquella tarde*", acoté. Y él me respondió que sí, que seguramente se habría dado cuenta, y en consecuencia se habría sentido molestado. Máxime considerando que por lo general nadie se fijaba en él, y era muy difícil que en la calle o en los locales públicos alguien lo conociera. "*Tengo muy pocos amigos y tal vez menos lectores*", agregó.

Lo primero no sé si sería cierto. Pero en cuanto a lo segundo, seguramente lo era, pues don Emilio fue siempre un poeta para minorías. Un cincelador de ideas más que un comunicador de emociones y de sentimientos.

Otra cosa que deduje de sus palabras, y corroboré más adelante, fue que poseía cierto vago complejo de timidez que lo obligaba a retraerse, a inhibirse en cuanto individuo en su relación social, en el trato con sus semejantes. Además, me parece que le preocupaba demasiado el hecho de ser un poeta para "*élites*", y que le hubiera gustado encontrar eco en el multitudinario corazón de su pueblo. Pero eso no era posible, pues para conseguirlo habría sido menester que renunciara a su íntima y sustancial manera de ser y de escribir. Alguna vez intentó cristalizar ese deseo mediante poemas de índole popular. Mas siempre le faltó, para la cristalización de esos propósitos, la indispensable dosis de emoción, de sentimiento comunicativo, que tal tipo de creación requiere.

A partir de aquel día, reitero, mis relaciones con Oribe fueron siempre amistosas y cordiales, aunque nos veíamos

muy de tiempo en tiempo. Recuerdo que el azar nos reunió más de una vez en eventos relacionados con nuestra actividad poética. Cuando allá por la década del cuarenta la cancionista Amalia de la Vega grabó la primera de mis páginas musicalizadas ("*Totora*"), en uno de aquellos frágiles e inolvidables discos de setenta y ocho revoluciones, complementó el mismo con una vidalita de don Emilio titulada "*Cerro Largo*" (creo que todavía andan circulando juntas dichas obras en subsiguientes grabaciones de la intérprete aludida). En lo que me es personal, confieso que aquel hecho me produjo una gran satisfacción. Era un camino nuevo que encontraban mis versos —y mucho más accesible y ancho por supuesto del que le es posible recorrer al libro—, para ir al encuentro de la colectividad humana de que yo formaba parte. Y eso, dada mi inmutable condición de poeta popular, tenía forzosamente que alegrarme y —¿por qué no?— hasta enorgullecerme. Pero lo cierto es que también a Oribe —hombre de posición estética tan distinta a la mía—, el suceso mencionado lo llenó de un regocijo que acaso no le hubieran brindado otros logros artísticos de mayor trascendencia. Poco después de aparecido el disco nos encontramos casualmente en la calle. Y con un brillo en los ojos —de ordinario tan tristes y apagados— y una sonrisa desusada en los labios, me expresó a boca de jarro: "*¿Vio en qué empresa tan linda nos reunió el destino? Me gustaría muchísimo que cosas como ésta nos volvieran a ocurrir a los dos*".

Dos o tres años después, el Banco de Seguros del Estado nos llamó a colaborar con su popularísimo almanaque, de tanto arraigo en la campaña de nuestro país. Querían sus directores que él y yo, conjuntamente con Juana de Ibarbourou, Fernán Silva Valdés, Carlos Sabat Ercasty, y algún otro poeta nacional que ahora no recuerdo, escribiéramos cada uno una breve página acerca de aves o de plantas autóctonas. Las ilustrarían destacados plásticos. Con motivo de esa infrecuente convocatoria, volvimos a encontrarnos en el despacho del gerente encargado de la publicación, y

que era además quien proponía los temas. Oribe se me aproximó con su habitual paso lento y silencioso y me dijo casi al oído: *"Esta es una nueva prueba de que el destino existe. ¿Se da cuenta? Y para qué otra tarea tan grata nos ha juntado ahora"*. *"Indiscutiblemente* —le respondí en el mismo tono confidencial—. *Además, en excelente compañía"*. Luego de una pausa muy breve él inquirió: *"¿Qué tema le ofrecieron a usted?"* Y tras contestarle yo que el chingolo, y que pensaba intentar un soneto sobre aquel mi tan querido pajarito criollo, se adelantó a mi previsible pregunta diciendo: *"Pues a mí la flor del guayabo, que es preciosa. Como para lucirse, ¿verdad?"* Y luego estas sus palabras finales, que entonces me sorprendieron por proceder de él, pero que ahora confirman mi definitiva impresión de que en Oribe, más allá de la grave y solemne máscara facial que lo encubría, alentaba un niño ingenuo que ni la búsqueda tenaz de la perfección poética, ni el vano intento de desentrañar una verdad metafísica absoluta, pudieron destruir jamás: *"¿Y qué bien pagan!"*

Para terminar, otro recuerdo que creo reafirma lo expuesto en anteriores párrafos acerca del poeta. Como los anteriores, data de los años cuarenta. Yo había publicado algunos libros en la ya referida Editorial Independencia, que por entonces se había trasladado a Rondeau 1440. Y él acababa de hacer lo mismo con una obra suya (creo que *"La Teoría del Nous"*). Con ese motivo solíamos encontrarnos en las oficinas de la empresa. Una vez entramos al depósito donde se guardaban los ejemplares de las obras publicadas. La suya, prácticamente no se vendía. Dos o tres ejemplares por mes, a lo sumo, según me había dicho uno de los propietarios, Alfredo Morosoli. Y Oribe no ocultaba su desazón a causa de aquella ingrata circunstancia. Por eso fue sin duda que me dijo en aquella ocasión, con tono compungido: *"Parece que cada vez hay más ejemplares. Como si se reprodujeran solos, por generación espontánea"*.

La última vez que ví a Oribe fue en un ómnibus, cuando él se alojaba en el viejo Hotel Cervantes, que habría de ser antesala de la morada definitiva. Era un espectro ya, más bien que un hombre. Cometí la torpeza de manifestarle que lo encontraba de excelente aspecto. Y me respondió con una voz que parecía de ultratumba: *"Sí. Satanás se va a extrañar de verme así"*. Capté la ironía de la frase y tuve ganas de pedirle perdón. Pero me limité a estrecharle fuertemente la mano cuando nos despedimos. Su muerte —que no habría de sorprenderlo ni de sorprendernos— sobrevino muy pocos días después. Yo sólo he querido expresar aquí la forma en que lo recuerdo.-

CON ARTHUR N. GARCIA (WIMPI)

Antes de enfrentarme a su presencia física de petiso un tanto cabezón, de andar patuno como todos los hombres de su tipo, de dientes separados —rasgo inequívoco de los mentirosos, al decir del paisano—, de voz venida a menos a causa de la ronquera, y sobre todo de diestra trituradora de falanges desprevenidas—, ya había conocido su nobleza humana y su sentido del compañerismo, a raíz de una campaña radial emprendida a mi favor desde la Radio Carve, donde realizaba diariamente charlas sobre temas de actualidad.

El asunto que motivó la solidaria y espontánea defensoría de Wimpi fue el siguiente: yo trabajaba por aquella época (1938) en el Ministerio del Interior, pero en carácter de funcionario en comisión, ya que aún no se me había otorgado el traslado definitivo desde la Jefatura de Treinta y Tres, de la que procedía. Y he aquí que un Ministro *“de cuyo nombre no quisiera acordarme”* (tal vez no se acuerde nadie), accediendo a solicitudes reiteradas de la antedicha Jefatura, resolvió enviarme a ocupar el cargo de Sub-Comisario en la sexta sección de aquel Departamento. Por supuesto que yo no hubiera ido de ninguna manera a desempeñar tal función, para la que me consideraba totalmente inservible. Me imagino aprehendiendo a algún mísero paisano por robar una oveja a un hacendado rico. Lo más probable era que lo ayudara a fugarse y procurara ocultar todo rastro del abigeato. Modos de entender la justicia y aplicar la ley, claro está. Mas lo cierto es que aquella situación me abocaba al riesgo de quedar sin empleo. El caso trascendió y llegó a la prensa, quizás por infidencia de alguno de mis amigos. Y así fue como a Wimpi se le ocurrió la quijotada de emprender mi defensa por intermedio de la radio. Todos los días esgrimía algún argumento nuevo en mi ayuda. *“¿Cómo es posible, amigo* —reiteraba porfiada y firmemente cada

apurarse nunca para beber —me dijo una ocasión, en un *“mano a mano”* que tuvimos en *“Las Telitas”*—. *Al tranco se va mucho más lejos que al galope*”. Otra vez que hablábamos acerca de la influencia —favorable o negativa— que ejercían en el destino de los escritores sus nombres y apellidos, me aseguró muy campante: *“A nosotros los García, como tales, esa circunstancia nos ha resultado siempre adversa. A usted le ha valido más la jota que el Serafín, por celestial que sea el origen de éste. Y a mí me ha salvado el Wimpi, tal vez ayudado en parte por la ene del nombre. Las iniciales y los seudónimos raros suelen ser buenos anzuelos para atrapar lectores.”*

Complaciase a veces en burlarse de sí mismo. Y en eso se parecía mucho a Ferreiro. Recuerdo que en otra oportunidad me dijo entre sonriente y serio: *“Si yo hubiera nacido caballo —petiso, mejor dicho—, con esta facha que me tocó en el reparto mi dueño no me hubiera tenido en cuenta, estoy seguro, ni para acarrear el agua en el barril”*.

La partida física de Wimpi dejó un desgarrón profundo en el corazón de nuestro pueblo. Y más hondo todavía en quienes fuimos sus compañeros de la revista *“Peloduro”*. Creo que nuestro sentimiento de pesar estuvo fielmente reflejado en las emocionadas frases con que lo despidió el propio Julio E. Suárez, por el micrófono de *“El Espectador”*. Recuerdo textualmente las últimas palabras de esa despedida, dichas luego de enumerar las virtudes humanas y las cualidades intelectuales del notable humorista: *“Un día que tal vez ya esté cercano (y lo estaba, acoto yo), me volveré a encontrar con Wimpi. Pero ya no me causará dolor al estrechar mi mano, porque las suyas se habrán vuelto dulces de eternidad”*.

Y si desde el limbo pudo Wimpi escuchar aquel réquiem tan sentido, tal vez haya contestado con una voz aún más dulce y más inmaterial, ya para siempre libre de afonías perturbadoras: *“Gracias, amigo. Y que todo sea para bien”*.-

CON JOSE BELLONI

Una tardecita de mil novecientos cincuenta (creo que promediaba octubre), me encontré en 18 de Julio y Andes con mi gran amigo Alcides Astiazarán, el mejor intérprete a mi juicio de los poemas de "*Tacuruses*", y compañero de innumerables "*patriadas*" culturales, tanto aquí en Montevideo como en el interior de la República. Estaba esperando un ómnibus para ir hasta el taller del escultor Belloni, donde lo aguardaba otro amigo común: el escritor minuano Juan José Morosoli, al que también evoco en uno de los artículos que integran este libro. Me invitó a acompañarlo y accedí gustoso. Belloni había organizado por esos días allí, en su propio lugar de trabajo, una exposición restringida, y en cierta manera íntima, de sus obras de pequeño volumen más recientes. Y Astiazarán, que contaba entre los amigos más allegados del artista, recibió directamente de éste, por teléfono, la invitación respectiva. "*Te va a gustar el viejo* —me dijo durante el trayecto—. *Es macanudo*".

Cuando llegamos, salió a recibirnos el propio don José, flanqueado por Morosoli y Dossetti, el otro integrante de la inseparable "*yunta de petisos minuano*", como él solía decir frecuentemente refiriéndose a ambos escritores.

Adelantándose a Astiazarán, y con su infaltable sonrisa maliciosa entreabriéndole los labios e iluminándole los rasgados ojillos, fue Morosoli quien me presentó al escultor. "*Me arrego ese derecho* —dijo a modo de excusa a mi otro— y su otro— amigo—, *porque conozco a Belloni y a Serafín desde hace mucho más tiempo que vos*".

No obstante el antedicho carácter de íntima y limitada de la exposición que allí nos congregaba, era muy numeroso el público que visitaba el taller. "*Les juro que no ha existido ni un ápice de autopromoción* —nos aseguró en son de broma don José—. *Lo que ocurre es que la gente se entera y se*

vez— que ocurra semejante disparate? Por mil razones culturales obvias, Serafín J. García tiene que vivir aquí, en Montevideo. Por algo quiso venirse. Además su misión principal en la vida es la de escribir versos y cuentos, y no la de perseguir garitos y contrabandos. ¿No le parece, amigo?'" Y continuaba enumerando razones y repitiendo a cada instante la palabra amigo, que tanto le gustaba, y que al pronunciarla revestía de cierto énfasis visiblemente intencional.

Yo no sé si la campaña de Wimpi tuvo éxito —lo escuchaba mucho el pueblo, y eso pudo influir desde un punto de vista electorero—, o si el Ministro se arrepintió simplemente de sus propósitos. Lo cierto es que el traslado fue dejado sin efecto, que se regularizó definitivamente mi situación funcional, y que a partir de entonces pude seguir escribiendo relatos y poemas en mi oficina de Montevideo.

A raíz de aquella espontánea "*gauchada*" que me hiciera sin conocerme, Wimpi adquirió para mí un muy especial significado humano. En el primer momento pensé ir hasta la radio para agradecerse. Pero frustró mis buenas intenciones esa congénita desidia de que todos los criollos padecemos. "*Iré cualquier día de éstos*" —me decía. Pero el "*cualquier día*" no llegó jamás, pese a que el agradecimiento figura entre mis no muchas condiciones individuales positivas.

Y así fue como mi primer encuentro con Wimpi vino a producirse siete u ocho años más tarde. Fue en la Editorial Independencia, tantas veces mencionada por mí en estas evocaciones. Yo entonces confiaba a aquella empresa casi todas las ediciones de mis libros. Y él, a su vez, acababa de publicar allí los "*Cuentos de Claudio Machin*". Era pues muy explicable la concurrencia de ambos a aquel sitio. Cuando Alfredo Morosoli me lo presentó sentí impulsos de propinarle un puñetazo, o por lo menos de maltratarlo "*con palabra villana*", como gustaban decir los antiguos españoles. Me contuvieron los antecedentes que existían entre nosotros. Y soporté sin protestas el dolor de los dedos estrujados, como lo soportaría muchísimas veces

más en el futuro, aunque atenuado por el oportuno anticipo de un *"no apriete mucho, compañero"*. Wimpi era un sabrosísimo conversador, y yo siempre me he preciado de mi capacidad auditiva. Por esto, aunque corta, esa primera entrevista me resultó muy jugosa. En otras posteriores fuimos intimando y conociéndonos cada vez más a fondo. Hasta que llegué a redondear mi concepto definitivo acerca de la personalidad de aquel humorista, asombrosamente informado de cuanto acontecía en el mundo de las letras universales, poseedor de una memoria ante la que se tornaba minúscula la mía, que muchos han creído excepcional, y que tras el fino velo de ironía en que arrojaba sus elucubraciones, así escritas como orales, dejaba entrever una profunda ternura hacia los inocentes, hacia los desvalidos, víctimas de una sociedad que ya aquí, y en aquel tiempo, comenzaba a asemejarse bastante a una jungla de cemento, dura y cruel como la descrita posteriormente en la película homónima. Creo que hasta *"El Hermano Lobo"*, para decirlo con palabras del *"poveretto"* de Asís, solía ser destinatario de la piedad hacia todos los congéneres descarriados que rezumaba su alma generosa.

Poco después de haberlo conocido, empezamos a encontrarnos con alguna frecuencia en la redacción de *"Peloduro"*, cita obligada de ambos y también en los *"periplos cañeros"*, como él les llamaba, que se producían al aparecer —quinzenalmente— cada número de la inolvidable revista que comandaba Julio Suárez.

Era creencia bastante divulgada entre los montevideanos la de que Wimpi bebía en exceso y únicamente whisky (*"confusión derivada de un parecido fonético entre el nombre de esa bebida y su seudónimo"*, acotó una vez Freireiro). Pero yo puedo asegurar que entre nosotros compartía sin ningún remilgo *"la asquerosa vieja"*, léase caña, y que como al recién citado Alfredo Mario no lo ví jamás pasarse de la línea. Por el contrario, ingiriéndola parecía más dueño de sí y más tranquilo que de ordinario. *"No hay que*

no nos veíamos con mucha frecuencia (alguna que otra vez en una exposición, o casualmente en la calle, o en una *"churrasqueada"* en casa de Astiazarán, conjuntamente con Tacconi y otros dilectos compañeros de letras), siempre me dispensó un trato muy deferente y cordial.

Cuando en diciembre de mil novecientos sesenta, se realizó en el Paraninfo de la Universidad un homenaje a *"Tacuruses"*, con motivo de cumplirse veinticinco años de su publicación, él presidió el comité organizador del acto, y me acompañó en el estrado con Ledo Arroyo Torres (el *"cuarteador"* del libro), Adolfo Rodríguez Mallarini (principal orador en la ocasión), Ernesto Pinto (que también hizo uso de la palabra), Alcides Astiazarán (gestor de la idea del homenaje), y otros muchos amigos entrañables, entre ellos Emilio Carlos Tacconi y José Pampín (impresor y a veces editor de cincuenta ediciones de mis libros), los cuales no se dieron tregua en la lucha por conseguir que el acto tuviera éxito.

Recuerdo con agradecimiento, y con sincera emoción, que en esa oportunidad Belloni me obsequió una preciosa réplica en miniatura del Monumento a Rodó, con la que rivalizaba en primor el estuche que la contenía.

Y ahora, para finalizar esta nota, la mención de un para mí hermosísimo y honroso proyecto del gran escultor, que lamentablemente no pudo realizarse a causa de su muerte. *"Como "Matrero"* —era el poema de *"Tacuruses"* que él prefería— *"es el que mejor representa la idiosincrasia del gaucho, y su congénito sentido de la libertad"*, me había dicho en aquella nuestra primera entrevista—, concibió la idea de plasmar en el bronce la imagen del personaje descrito en la aludida página. Sería una obra de pequeñas proporciones (a lo sumo cincuenta centímetros de altura), erguida sobre un zócalo de ríspida vegetación, que representaría en pequeña escala un trozo virgen de los montes autóctonos. *"Si logro hacerlo bien —me dijo— será una verdadera "trovata"*. Pero no pudo ser. Belloni había vivido

más de ochenta años y Atropos cortó el hilo de su vida antes de que aquel propósito pudiera cristalizar.-



va pasando el dato, como en las carreras del Hipódromo". Y luego, mientras su hijo Stelio se encargaba de atender y asesorar a las personas que observaban la muestra, formulando acerca de ella la más variada gama de preguntas, él nos invitó a nosotros a trasladarnos a una habitación contigua, en la que mantuve mi primera y más extensa conversación con Belloni.

Yo, influido quizás por las pluviales barbas tordillas y la expresión un tanto adusta y esquiva del artista, que viera infinidad de veces en fotografías, me lo había imaginado poco menos que inabordable. Pero entonces pude comprobar que tenía razón Astiazarán. Porque don José, con el cual no tardaron en dejarme solo nuestros acompañantes, requeridos desde el taller por Stelio, a instancias de otras personas de su relación, era realmente *"macanudo"*. Me sorprendió desde el primer instante su ingeniosidad verbal, como asimismo la agudeza de sus conceptos, siempre sintéticos y a menudo originales, acerca de personas y acontecimientos de nuestro mundo artístico. Le pregunté cuál de sus obras escultóricas era la que prefería y repuso al instante, sin la más mínima vacilación: *"Soy muy buen padre y quiero de igual manera a todos mis hijos, ya que por algo los engendré, ¿no es cierto?"* Y luego de haber acotado yo que aquella posición afectiva me parecía muy acertada y justa, él prosiguió diciendo: *"Respeto sin embargo el juicio de la mayoría, como demócrata integral que soy. Y puesto que en lo que atañe a mi obra el pueblo uruguayo se ha pronunciado, de una forma casi unánime, en favor de "La Carreta", acato sin chistar el veredicto y pienso que tal vez sea ella la mejor. Porque el pueblo posee un instinto especial que rara vez se equivoca. A mi me ocurre con "La Carreta" lo mismo que debe ocurrirle a usted con "Tacuruses". Los lectores lo han elegido como el más representativo de todos sus libros, y usted, aunque personalmente piense de otra manera, tiene que someterse a ese fallo"*.

La charla viró entonces hacia el terreno de la literatura gauchesca. Y así pude enterarme de que Belloni la conocía al dedillo desde sus orígenes, tanto en esta como en la otra banda del Plata. Lo apasionaba ese género, y sus juicios sobre autores y libros me parecieron muy acertados. A Hernández, sin desconocer ni mucho menos la fundamental importancia del *"Martín Fierro"*, le reprochaba el tratamiento dado al indio y al negro, por entender que había sido injusto, en términos generales, con esos dos elementos, de insoslayable gravitación étnica dentro del híbrido conglomerado criollo. Sus narradores preferidos eran Eduardo Acevedo Díaz y Benito Lynch. Al primero debíale, según afirmó, el fortalecimiento de su admiración por el gaucho, punto de partida del interés personal que tuvo siempre, en el campo de la creación artística, por la temática concerniente a éste.

Discrepaba en una forma rotunda con *"El Viejo Panchito"*, al que coincidiendo con Risso consideraba un "llorón" incorregible, que se había pasado toda la vida añorando amores perdidos y reconstruyendo masoquísticamente traiciones femeninas. Tampoco le gustaba Yamandú Rodríguez porque (textual) *"pretendía convertir en estrellas a las luciérnagas"*. Conmigo se sentía de acuerdo porque yo *"no tenía pelos en la lengua y le cantaba las cuarenta al más pintado"* (creo que textual también). Otro de sus poetas criollos preferidos era Romildo Risso, sobre todo porque nadie había interpretado y descrito como él al carrero, que era precisamente su tipo preferido de gaucho.

Estos que acabo de rememorar, y otros diversos temas que se han ido desleyendo en mi memoria, como consecuencia de la acción inexorable del tiempo, integraron mi extensa conversación con Belloni, durante aquel lejano anochecer de mil novecientos cincuenta. Cuando volvió Astiazarán, invitándome para el regreso, eran ya casi las nueve. Recuerdo que el barbado escultor me abrazó al despedirnos, de una manera efusiva y fraternal.

Yo me consideré su amigo desde entonces. Y aunque

INDICE

	Pág.
Al lector	5
Con Jorge Amado	7
Con Nicolás Guillén	12
Con Rafael Alberti	17
Con José Bergamín	22
Con Graciliano Ramos	26
Con Jorge de Lima	31
Con Erico Veríssimo	36
Con Pablo Neruda	41
Con Fernán Silva Valdés	46
Con Pedro Leandro Ipuche	51
Con Yamandú Rodríguez	56
Con Romildo Risso	62
Con Juan José Morosoli	68
Con Víctor Pérez Petit	73
Con Julio E. Suárez (<i>"Peloduro"</i>)	77
Con Alberto Zum Felde	83
Con Alvaro Yunque	88
Con Felisberto Hernández	92
Con Alfredo Mario Ferreiro	98
Con Carlos González	103
Con Emilio Oribe	108
Con Arthur N. García (Wimpi)	114
Con José Belloni	118

Serafín J. García es autor de numerosos libros pero uno solo
"Tacuruses" hubiera sido suficiente para que su
nombre quedara definitivamente registrado en los anales
de la literatura uruguaya. Lo cierto es que ese libro
-uno de los más leídos en el país durante las últimas décadas-
le confirió una fama, entre nosotros, que pocos más
han alcanzado de una manera tan contundente.
Desde su actual retiro, el autor de "Tacuruses" ha preparado
un nuevo volumen pero no de poemas ni de cuentos
ni de textos de humor, como los anteriores,
sino de crónicas en las que relata sus "primeros encuentros"
con escritores y artistas uruguayos, latinoamericanos
y españoles. Jorge Amado, Nicolás Guillén, Rafael Alberti,
José Bergamín, Graciliano Ramos, Pablo Neruda y
también Fernán Silva Valdés, Pedro Ipuche,
Juan José Morosoli, Julio E. Suárez (Peloduro),
Alberto Zum Felde y Felisberto Hernández, entre las dos
decenas de personajes que desfilan por estas páginas,
son recreados por la memoria de quien a la vez ha sido
protagonista y testigo de nuestra vida cultural
durante un largo período que ya forma parte de la historia.